

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXII

Nº9

OCTUBRE 2009



NUESTRA PORTADA:

TESOROS DEL MUSEO DE LA CATEDRAL DE OURENSE

Santa Lucía Virgen y Mártir, abogada contra los males de la vista. Talla en madera policromada.
Cornelis de Holanda, siglo XVI. *Procede de la Catedral.*

Director: MANUEL EMILIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXII

Octubre 2009

Nº 9

SUMARIO

LA VOZ DEL PRELADO

- Carta del Sr. Obispo a los Sacerdotes Diocesanos con ocasión del Año Sacerdotal..... 1297
Saludo a la Sociedad Filatélica y Vitofílica “Miño” con motivo de la fiesta de San Martín de Tours ... 1299
Actividades del Sr. Obispo 1301

IGLESIA DIOCESANA

- Secretaría General
Nombramientos y Defunciones..... 1307

IGLESIA EN ESPAÑA

- Conferencia Episcopal Española
Nota de prensa final de la CCXIV Reunión de la Comisión Permanente de la CEE..... 1311

IGLESIA UNIVERSAL

- Santo Padre Benedicto XVI
Ángelus 1317
Audiencias..... 1320
Discursos..... 1326
Homilías 1335
Mensajes 1343
Viaje Apostólico - Viaje Apostólico a la República Checa (26-28 de septiembre de 2009) 1347

Santa Sede

- Mensaje del Card. Secretario de Estado, Tarcisio Bertone, en nombre del Santo Padre, Benedicto XVI, con ocasión de la 30ª edición del Meeting para la amistad entre los pueblos... 1376
Entrevista concedida por el Card. Secretario de Estado, Tarcisio Bertone, a L'Osservatore Romano en vísperas del “Perdón Celestiniano” 1378

CRÓNICA DIOCESANA

- Octubre..... 1387



LA VOZ DEL PRELADO

A los Sacerdotes Diocesanos con ocasión del Año Sacerdotal

Querido hermano:

Al comienzo del curso Pastoral 2009/2010, y dentro del Año Santo Sacerdotal convocado por el, Papa Benedicto XVI, con motivo del 150 aniversario de la muerte del Sto. Cura de Ars, S. Juan María Vianney, con el lema “Fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote”, quiero dirigirme a todos y cada uno de los sacerdotes de la Diócesis con un deseo ardiente y una llamada a todos vosotros para que, en el presente año, hagáis Ejercicios Espirituales.

Te invito a leer con atención la hermosa carta del Santo Padre con ocasión de la convocatoria del Año Sacerdotal, que puedes encontrar en el *Boletín del Obispado* del pasado mes de junio. En ella, el Papa dice expresamente que “este año desea contribuir a promover el compromiso de renovación interior de todos los sacerdotes, para que su testimonio evangélico en el mundo de hoy sea más intenso e incisivo”.

En el curso pasado, con fecha del 29 de diciembre del 2008, hemos dedicado una sesión del Consejo Presbiteral al tema de “Los Ejercicios espirituales en la vida del sacerdote diocesano”. En aquella ocasión, D. Saturnino Gamarra nos habló ampliamente de los medios de la espiritualidad sacerdotal, centrándose especialmente en la decisiva importancia de la práctica de los Ejercicios Espirituales para la vida del sacerdote.

También en la “XVII Semana de Formación dos Cregos de Galicia”, que se celebró en Poio -Pontevedra- el mes pasado, una conclusión unánime de todas la Delegaciones del Clero de Galicia fue la de invitar y buscar por todos los medios que los sacerdotes hagan anualmente los Ejercicios Espirituales.

Creo que es el momento adecuado para que todos los sacerdotes de la Diócesis hagamos un esfuerzo extraordinario para recuperar entre nosotros la práctica habitual de los Ejercicios Espirituales. Por todo ello, te pido que busques la tanda que más se acomode a tus circunstancias y, si es posible, te anotes para una adecuada organización.

Pido también a la Vicaría del Clero que anime personalmente a cada uno de los sacerdotes diocesanos a responder a esta llamada que os hago y que os ayude a resolver en lo posible las dificultades que se os puedan presentar a este respecto.

Contando con la segura intercesión de la Santísima Virgen y del Santo Cura de Ars, pedimos al Señor que nos ilumine en la realización de este importante objetivo pastoral.

Tuyo afmo. en Jesucristo

+ Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Ourense

Ós Sacerdotes Diocesanos con ocasión do Ano Sacerdotal

Querido irmán:

Ó comezo do curso Pastoral 2009/2010, e dentro do Ano Santo Sacerdotal convocado polo Papa, Bieito XVI, con motivo do 150 aniversario da morte do Sto. Cura de Ars, S. Xoán María Vianney, co lema “Fidelidade de Cristo, fidelidade do sacerdote”, quero dirixirme a todos e cada un dos sacerdotes da Diocese cun desexo ardente e unha chamada a todos vós para que, no presente ano, fagades Exercicios Espirituais.

Convídate a ler con atención a fermosa carta do Santo Pai con ocasión da convocatoria do Ano Sacerdotal, que podes atopar no Boletín do Bispado do pasado mes de xuño. Nela o Papa di expresamente que “este ano desexa contribuír a promove-lo compromiso de renovación interior de tódolos sacerdotes, para que o seu testemuño evanxélico no mundo de hoxe sexa máis intenso e incisivo”.

No curso pasado, con data do 29 de decembro do 2008, dedicamos unha sesión do Consello Presbiteral ó tema de “Os Exercicios espirituais na vida do sacerdote diocesano”. Naquela ocasión, D. Saturnino Gamarra, falounos amplamente dos medios da espiritualidade sacerdotal, centrándose especialmente na decisiva importancia da práctica dos Exercicios Espirituais para a vida do sacerdote.

Tamén na “XVII Semana de Formación dos Cregos de Galicia”, que se celebrou en Poio- Pontevedra o mes pasado, unha conclusión unánime de todas a Delegacións do Clero de Galicia foi a de convidar e procurar por tódolos medios que os sacerdotes fagan anualmente os Exercicios Espirituais.

Creo que é o momento adecuado para que tódolos sacerdotes da Diocese fagamos un esforzo extraordinario para recuperar entre nós a práctica habitual dos Exercicios Espirituais. Por todo elo, pídoche que búsque-la tanda que máis se acomode ás túas circunstancias e, se é posible, te anotes para unha adecuada organización.

Pido tamén á Vigairía do Clero que anime persoalmente a cada un dos sacerdotes diocesanos a responder a esta chamada que vos fago e que vos axude a resolver no posible as dificultades que se vos poidan presentar a este respecto.

Contando coa segura intercesión da Santísima Virxe e do Santo Cura de Ars, pedimos ó Señor que nos ilumine na realización deste importante obxectivo pastoral.

Teu afmo. en Xesus Cristo

+ Luís Quinteiro Fiuza
Bispo de Ourense

Saludo a la Sociedad Filatélica y Vitolfílica “Miño” con motivo de la fiesta de San Martín de Tours

Con perseverancia ejemplar, tiene cita en el calendario vuestra exposición, que busca en la geografía de Ourense como reclamo cada año, una parroquia donde nuestro patrón San Martín de Tours es querido y venerado. Es hermosa esta compañía que nos hacen los santos con su valimiento cercano y su ejemplo. San Martín goza de esa simpatía que se concede a quienes descubrimos generosos y solidarios con los demás.

Este año es la parroquia de San Martín de Cornoces, en las hermosas tierras de Amoeiro la que trae la belleza de su románico y el barroco de su imaginería para recordarnos al mismo tiempo la fe que, desde el siglo V, ha dado sentido a nuestras vidas y el patrimonio nacido de ella que es un regalo de fiesta que estamos gozosos de tener y obligación de conservar.

El mundo de la filatelia es una ventana abierta a descubrir tantas cosas hermosas y tantos personajes generosos que han merecido figurar en los sellos y, con ellos, llevar en un sobre el recuerdo y el afecto que es el primer don de una carta. Es verdad que las nuevas técnicas han hecho casi desaparecer la correspondencia postal pero, al menos, quedan los sellos para seguir siendo pequeñas ventanas de belleza y lecciones de vida.

Me alegro de compartir con vosotros y con tantas personas interesadas en este coleccionismo tan positivo, el interés y el gozo que se convierte en amistad y en afecto.

Os saluda y bendice

+Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Ourense

Saúdo á Sociedade Filatélica e Vitolfílica “Miño” con motivo da festa de San Martiño de Tours

Con perseveranza exemplar ten cita no calendario a vosa exposición, que busca na xeografía de Ourense como reclamo cada ano, unha parroquia onde o noso padroeiro San Martiño de Tours é querido e venerado. É fermosa esta compañía que nos fan os santos co

seu valemto próximo e o seu exemplo. San Martiño goza desa simpatía que se concede a quen descubrimos xenerosos e solidarios cos demais.

Este ano é a parroquia de San Martiño de Cornoces, nas fermosas terras

de Amoeiro, a que trae a beleza do seu románico e o barroco da súa imaxinería para nos lembrar ó mesmo tempo a fe que, dende o século V, deu sentido ás nosas vidas e o patrimonio nado dela que é un regalo de festa que estamos gozosos de ter e obriga de conservar.

O mundo da filatelia é unha xanela aberta a descubrir tantas cousas fermosas e tantos personaxes xenerosos que mereceron figurar nos selos e, con eles, levar nun sobre a lembranza e o afecto que é o primeiro don dunha carta. É verdade que as novas técnicas fixeron

case desaparece-la correspondencia postal pero, ó menos, fican os selos para seguir sendo pequenas xanelas de beleza e leccións de vida.

Alégrome de compartir con vós e con tantas persoas interesadas neste collecciónismo tan positivo, o interese e o gozo que se converte en amizade e en afecto.

Vos saúda e bendí

+Luís Quinteiro Fiuza
Bispo de Ourense

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

SEPTIEMBRE

- Día 1: Preside la Celebración Eucarística en El Centro penitenciario de Peireiro de Aguiar con motivo de la fiesta de la Virgen de la Merced, Patrona de las Instituciones Penitenciarias.
- Día 25: Preside la Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. del P. Gregorio Crespo Manjón, SDB, en la iglesia parroquial de María Auxiliadora de Ourense.
- Día 26: Santa Visita Pastoral a las parroquias de Santa Cristina de Tintores y Santa María de Ábedes en el Arciprestazgo de Verín-Laza.
- Día 27: Santa Visita Pastoral a las parroquias de Santa María de Tamagos, San Martín de Mourazos y Santa María de Tamaguelos en el Arciprestazgo de Verín-Laza.
- Día 29: Preside la Celebración Eucarística de Apertura de Curso en la Escuela Profesional de Santo Cristo.
Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 30: Preside la Reunión de Apertura de curso de la Delegación de Apostolado Seglar.

OCTUBRE

- Día 1: Preside la Reunión con el equipo de la Delegación del Clero.
Preside la Celebración Eucarística de Envío de Catequistas en la iglesia de Santa María Madre.
- Día 2: Preside la Celebración Eucarística en la S. I. Catedral con motivo de la fiesta de la Policía Nacional que celebra a sus Patronos, los Santos Ángeles Custodios.
Asiste a la Conferencia “Actualidad de la mision ad gentes en España” pronunciada por el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Francisco Pérez González, Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela y Director de OMP en España en el Centro de Desenvolvemento de Caixanova.
- Día 3: Asiste a la Conferencia de Clausura del IV Congreso Internacional del Císter en Oseira pronunciada por el ERxcmo. Y Rvdmo. Sr. D.

Juan Antonio Martínez Camino, Obispo Auxiliar de Madrid y Secretario General de la Conferencia Episcopal Española.

Solemne Concelebración Eucarística de Clausura del IV Congreso Internacional del Císter en Oseira presidida por el Excmo. Y Rvdmo. Sr. D. Julián Barrio Barrio, Arzobispo de Santiago.

Día 4: Santa Visita Pastoral a la parroquia de Santa María la Mayor de Verín en el Arciprestazgo de Verín-Laza.

Día 5: Apertura del Curso Académico 2008-2009 del Seminario Mayor y Menor y del Instituto Teológico “Divino Maestro”.

Días 7-11: Asiste en Roma a la Canonización de cinco nuevos santos para nuestra Iglesia.

Día 12: Preside la Celebración Eucarística en el Acuartelamiento de Santa Mariña con motivo de la fiesta de la Virgen del Pilar, Patrona de la Benemérita Guardia Civil.

Día 13: Reunión del Consejo Episcopal.

Día 14: Presentación de la Programación Diocesana de Pastoral en Carballiño para los Arciprestazgos de la zona.

Presentación de la Programación Diocesana de Pastoral en Ribadavia para los Arciprestazgos de la zona.

Día 15: Preside la Celebración Eucarística en el convento de las Carmelitas Descalzas en la fiesta de Santa Teresa de Jesús, fundadora del Carmelo.

Día 17: Santa Visita Pastoral a las parroquias de Santa María de A Rasela y San Mamed de Estevesiños en el Arciprestazgo de Verín-Laza.

Preside la Vigilia del DOMUND en la Parroquia de la Asunción de Nuestra Señora.

Día 18: Santa Visita Pastoral a las parroquias de San Pedro de Queizás y San Salvador de Cabreiroá en el Arciprestazgo de Verín-Laza.

Preside la Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. de Sor María Novoa Bernárdez, Religiosa Hermanita de los Ancianos Desamparados, en iglesia del Asilo de O Carballiño.

Día 21: Presentación de la Programación Diocesana de Pastoral en los Milagros para los Arciprestazgos de la zona.

Presentación de la Programación Diocesana de Pastoral en el Cristal para los Arciprestazgos de la zona.

Asiste a la presentación del libro *Déjame nacer* de Magdalena del Amo en el Salón del Liceo de Ourense.

- Día 22: Preside la Apertura de Curso de la Escuela de Teología en el Salón Mundo Novo.
- Día 23: Encuentro con los sacerdotes jóvenes en el Seminario Mayor.
Preside la Celebración Eucarística de Acción de Gracias con motivo del aniversario de la Ordenación Sacerdotal y Primera Misa del Rvdo. Antonio Amundarai Garmendia, Fundador del Instituto Secular Alianza en Jesús por María en la Parroquia de Santa Eufemia la Real del Centro.
- Día 27: Reunión del Consejo Episcopal.



IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

Con fecha **29 de septiembre de 2009**, el Sr. Obispo de la Diócesis de Ourense, Monseñor D. Luis Quinteiro Fiuza, ha tenido a bien realizar el nombramiento del Rvdo. Sr. D. **José Mario Crespo Fernández** como Párroco de Santo Domingo de Ribadavia por 6 años.

Con fecha **5 de octubre de 2009**, los nombramientos del Rvdo. Sr. D. **José Seijo González** como Administrador parroquial de Santiago de Cadós; de los Rvdos. Srs. D. **Jorge Juan Pérez Gallego** y D. **José Ramón Villar Méndez** como Párrocos “in solidum” de la parroquia de San Pedro de Bande, por 6 años, D. Jorge Juan Pérez Gallego, moderador de la cura pastoral; del Rvdo. Sr. D. **Jorge Juan Pérez Gallego** como Administrador parroquial de San Juan de Garabelos y Santiago de Nigueiroá; del Rvdo. Sr. D. **José Ramón Villar Méndez** como Administrador parroquial de Santiago de Calvos de Bande y Santa María de Corbelle.

Con fecha **15 de octubre de 2009**, el nombramiento del Rvdo. Sr. D. **Pablo Serafín Espiñeira Domínguez** como Párroco de Santa Mariña de Abelenda de Avión por 6 años.

DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

*(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).*

Oficio de difuntos.

+ Sor **María Nóvoa Bernárdez**, Hermanita de los Ancianos Desamparados. Falleció a los 74 años de edad en el Asilo de O Carballiño (Ourense). Había

nacido en Pouriz – Carballiño en una familia cristiana. A los 16 años ingresó en esta Congregación de las Hermanitas. Su formación fue en Valencia. En 1963 fue destinada a Bottrop (Alemania) donde realizó la labor de atención a los ancianos con gran ilusión y entrega. En 1981 regresó a España destinada a la Casa de Jijona (Alicante) como Superiora, después pasó a Narón (La Coruña), Burgo de Osma, Barbastro y Guerendiain (Navarra). Llegó a la comunidad de Carballiño en el año 2003.



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Nota de prensa final de la CCXIV Reunión de la Comisión Permanente de la CEE *Madrid, 29-30 de septiembre y 1 de octubre de 2009*

La Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española (CEE) ha celebrado su CCXIV reunión los días 29 y 30 de septiembre de 2009.

Año Sacerdotal

La Comisión Episcopal del Clero ha presentado a la Permanente diversas iniciativas con las que se celebrará en nuestro país el Año Sacerdotal. Además, se ha elaborado un borrador de ponencia sobre el ejercicio del Ministerio sacerdotal en España, que servirá a la Asamblea Plenaria de noviembre para un diálogo y estudio de la situación.

El Año Sacerdotal ha sido convocado por el Papa, Benedicto XVI, con motivo del 150 aniversario del nacimiento del Santo cura de Ars. Su celebración comenzó el pasado 19 de junio y se prolongará hasta el 19 de junio de 2010.

Presentación de una ponencia sobre la crisis económica

En el contexto de la encíclica *Cari-tas in veritate*, publicada por el Papa Benedicto XVI el pasado 7 de julio, la

Comisión Permanente había encargado a la Comisión Episcopal de Pastoral Social la elaboración de una ponencia sobre la crisis económica. Ahora, se han presentado los trabajos realizados y han pasado a la próxima Plenaria, en la que podría aprobarse un documento sobre esta cuestión.

50 aniversario de Manos Unidas

La Comisión Permanente ha aprobado un Mensaje de la Conferencia Episcopal Española con motivo del 50 aniversario de Manos Unidas. El texto se presentará en próximas fechas.

En torno al Proyecto de “Ley del Aborto”

Ante el Proyecto de “Ley del aborto” aprobado por el Gobierno la semana pasada, la Declaración *Atentar contra la vida de los que van a nacer, convertido en “derecho”*, publicada por la Comisión Permanente el 17 de junio pasado, mantiene plenamente su valor. Los obispos recomiendan vivamente a todos su lectura y su difusión, en especial, a los sacerdotes y a cuantos comparten la misión de enseñar en la Iglesia.

Además de la información sobre una legislación tan gravemente injusta y de la formación doctrinal al respecto, es también muy necesaria la oración. En previsión de los graves problemas planteados, este año de 2009 ha sido especialmente dedicado a la oración por la vida humana incipiente. Los obispos exhortan a todos los fieles a orar con insistencia, para que el derecho a la vida de los que van a nacer sea adecuadamente protegido por nuestras leyes. La Subcomisión de Familia y Vida ha difundido sugerencias para la oración personal y comunitaria que pueden ayudar para este fin; están accesibles en la página www.conferenciaepiscopal.es y en las diócesis y las parroquias.

Los obispos no han dejado nunca de recordar la doctrina de la Iglesia, según la cual la ley natural y divina exige que toda vida humana debe ser respetada como sagrada desde la concepción a la muerte natural. Por tanto, no pueden menos de compartir el rechazo que la legislación proyectada suscita en diversas y relevantes instituciones así como en una gran parte de la sociedad. Entre las iniciativas para la defensa del derecho a la vida y para la justa promoción de la maternidad, numerosas asociaciones han llamado a los ciudadanos a expresarse en favor de estos fines con una manifestación convocada para el 17 de octubre en Madrid. Los obispos consideran legítima y conveniente tal convocatoria y la participación en la misma. Los fieles laicos responden adecuadamente al desafío planteado -

de gran trascendencia moral y social - haciendo uso de su derecho a manifestarse pacíficamente para expresar su desacuerdo con la ley proyectada, que supone un serio retroceso en la protección del derecho a la vida de los que van a nacer, un mayor abandono de las madres gestantes y un daño irreparable para el bien común.

En favor de un pacto de Estado sobre la educación

Los obispos han dialogado sobre la enseñanza de la Religión y Moral católica en la escuela, solicitada libremente cada año por una gran mayoría de padres y de alumnos. También han hablado del servicio prestado a centenares de miles de niños y jóvenes por los centros de iniciativa social católica en todos los niveles de la enseñanza, tan apreciado por la sociedad. Como ya ha hecho en otras ocasiones, uniéndose a otras voces que ahora lo reclaman, la Iglesia desea que se alcance un gran pacto social sobre la educación en el que, junto con las autoridades del Estado, se hallen presentes todos los sectores sociales implicados: profesores, padres de alumnos, titulares de instituciones educativas y la misma Iglesia. Lo reclama la educación de la juventud, tan esencial para el bien de las personas y para el bien común.

Apoyo a los obispos de Honduras

Los obispos de la Comisión Permanente han dialogado sobre las preocu-

paciones expresadas por los obispos de Honduras acerca de la situación de su país en sus mensajes del 19 de junio y del 4 de julio pasados. Como ya han hecho otras Conferencias Episcopales, los obispos de la Comisión Permanente expresan públicamente su apoyo a la Conferencia Episcopal de Honduras, en particular, a su Presidente, el Cardenal **Óscar Rodríguez Maradiaga**, en su esfuerzo por obtener la reconciliación del pueblo hondureño, mediante una salida justa, pacífica y sin presiones a la crisis que atraviesa el país hermano.

Iluminación de catedrales y otros templos

La Comisión Permanente, conforme al Convenio que la CEE firmó en 2006 con la Fundación Endesa, ha aprobado la adjudicación de 231.500,00 euros en concepto de ayudas para la iluminación de Catedrales y otros templos. Cada uno de los beneficiados deberá aportar el 50 % restante del importe total del proyecto.

Este convenio tiene una vigencia de cinco años (2007-2011) y un presupuesto total de 2.250.000 euros. Ésta ha sido la última adjudicación de la Comisión Permanente, pues los dos últimos años de vigencia se dedicarán a la realización de las obras (Se adjunta la relación de las Catedrales y templos que se beneficiarán de la partida presupuestaria que ha aprobado en esta ocasión la Comisión Permanente).

Otros temas de seguimiento

Los obispos han aprobado también el orden del día de la XCIV Asamblea Plenaria, que se celebrará del 23 al 27 de noviembre de 2009, los criterios de constitución y distribución del Fondo Común Interdiocesano y los presupuestos de la CEE y de sus instituciones y organismos para el año 2010, que pasarán para su estudio y aprobación a dicha Plenaria.

Como es habitual, las Comisiones Episcopales han informado sobre el cumplimiento del Plan Pastoral y se han revisado distintos asuntos de seguimiento.

Nombramientos

La Comisión Permanente ha aprobado los siguientes nombramientos:

D^a María del Pino Jiménez García, laica de la Diócesis de Canarias, como Presidenta General de "*Hermanidad Obrera de Acción Católica (HOAC)*".

D. Higinio Junquera Cimadevilla, laico de la Archidiócesis de Oviedo, como Presidente General del Movimiento "*Acción Católica General (ACG)*".

Rvdo. D. José Manuel Marhuenda Salazar, sacerdote de la Archidiócesis de Valencia, como Consiliario General del Movimiento "*Acción Católica General (ACG)*".

D. Saúl Pérez Martínez, laico de la Archidiócesis de Zaragoza, como Presidente General del Movimiento de Acción Católica "*Juventud Obrera Cristiana (JOC)*".

Rvdo. D. Alfonso Gil Montalbo, sacerdote de la Diócesis de Mondoñedo-Ferrol, como Viceconsiliario de la "*Federación de Movimientos de Acción Católica de España (ACE)*".

Rvdo. D. José Moreno Losada, sacerdote de la Archidiócesis de Mérida-

Badajoz, como Consiliario General de "*Juventud Estudiante Católica (JEC)*".

D^a Rosa María Vela Gómez, laica de la Archidiócesis de Madrid, como Presidenta de la "*Federación Católica de Maestros Españoles (FECAME)*".

D. Ramón Bernácer Roig y D^a María Rosa María y Rubio, laicos de la Archidiócesis de Toledo, como Presidentes Nacionales del "*Movimiento Familiar Cristiano (MFC)*".

Concesión de ayudas para la iluminación de Catedrales y otros templos con cargo al convenio firmado con la Fundación Endesa

Relación de catedrales y otros templos que se beneficiarán de la partida de presupuestaria aprobada por la CCXIV reunión de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española (Madrid, 29-30 septiembre y 1 de octubre)

- 1.- Catedral de Gerona, fases 4.1. y 6.1. 24.000,00 €
- 2.- Catedral de Huelva 40.000,00 €
- 3.- Catedral de Orihuela 6.000,00 €
- 4.- Concatedral de Guadalajara 62.000,00 €
- 5.- Catedral de Coria 50.000,00 €
- 6.- Basílica de Sta. María de la Seu de Manresa (Dioc. Vic) 41.000,00 €
- 7.- Iglesia de S. Juan Bautista de Matamorisca (Palencia) 8.500,00 €

Total
231.500,00 €



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSAL**SANTO PADRE, BENEDICTO XVI****ÁNGELUS**

Plaza de San Pedro. Domingo, 4 de octubre de 2009.

Queridos hermanos y hermanas:

Esta mañana, en la basílica de San Pedro, ha tenido lugar la celebración eucarística de apertura de la II Asamblea especial para África del Sínodo de los obispos, durante la cual se ha orado también en distintas lenguas africanas. Mi venerado predecesor, Juan Pablo II, convocó el primer “Sínodo africano” en 1994, en la perspectiva del año 2000 y del tercer milenio cristiano. Él, cuyo celo misionero le llevó a ser tantas veces peregrino en tierra africana, recogió los contenidos fruto de aquella asamblea en la exhortación apostólica *Ecclesia in Africa*, relanzando la evangelización del continente. Quince años después, esta nueva Asamblea se sitúa en continuidad con la primera a fin de verificar el camino realizado, profundizar en algunos aspectos y examinar los desafíos más recientes. El tema elegido es: “La Iglesia en África al servicio de la reconciliación, de la justicia y de la paz”, acompañado de unas palabras que Cristo dirige a sus discípulos: “Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo” (Mt 5, 13.14).

El Sínodo constituye siempre una intensa experiencia eclesial, una experiencia de responsabilidad pastoral colegial ante un aspecto específico de la vida de la Iglesia, o bien, como en este caso, de una parte determinada del pueblo cristiano según el área geográfica. El Papa y sus más estrechos colaboradores se reúnen junto con los miembros designados de la Asamblea, con los expertos y los auditores, para profundizar en la temática preestablecida. Es importante subrayar que no se trata de un congreso de estudio ni de una asamblea programática. Se escuchan relaciones e intervenciones en el aula, se habla en los grupos, pero todos sabemos bien que los protagonistas no somos nosotros: es el Señor, su Espíritu Santo, quien guía a la Iglesia. Lo más importante para todos es escuchar: escucharnos unos a otros, y escuchar todos lo que el Señor quiere decirnos. Por esto, el Sínodo se desarrolla en un clima de fe y de oración, en religiosa obediencia a la Palabra de Dios. Al Sucesor de Pedro le corresponde convocar y guiar las Asambleas sinodales, recoger cuanto surja de los trabajos y ofrecer después las oportunas indicaciones pastorales.

Queridos amigos, África es un continente con una extraordinaria

riqueza humana. Actualmente su población suma cerca de mil millones de habitantes y su tasa de natalidad total es la más elevada del mundo. África es una tierra fecunda en vida humana, pero esta vida está lamentablemente marcada por muchas pobrezas y padece, a veces, graves injusticias. La Iglesia está comprometida en superarlas con la fuerza del Evangelio y la solidaridad concreta de tantas instituciones e iniciativas de caridad. Roguemos a la Virgen María que bendiga la II Asamblea sinodal para África y obtenga paz y desarrollo para ese grande y amado continente.

**Atrio de la Basílica Vaticana.
Domingo, 11 de octubre de 2009.**

Al término de esta solemne celebración, el mediodía nos invita a la oración del Ángelus. Antes de rezarla, deseo dirigir un cordial saludo a cuantos habéis querido, con vuestra devota participación, rendir homenaje a los nuevos santos. Saludo en particular a las autoridades con las delegaciones oficiales llegadas de varios países: os agradezco vuestra presencia.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua francesa llegados para las canonizaciones. Os animo, a ejemplo de santa Juana Jugan, a ser solícitos con los más pobres y los más pequeños, los heridos de la vida y los marginados de nuestras sociedades, especialmente

con ocasión de la Jornada mundial del rechazo de la pobreza, que tendrá lugar dentro de algunos días. Me refiero al santo padre Damián para invitaros también a sostener con vuestra oración y vuestras obras a las personas comprometidas con generosidad en la lucha contra la lepra y contra las demás formas de lepra debidas a la falta de amor por ignorancia y cobardía. Que vuestra oración acompañe los trabajos del segundo Sínodo para África. ¡Que Dios os bendiga a todos!

Saludo cordialmente a todos los peregrinos en lengua inglesa presentes aquí este domingo, en particular a cuantos han venido a Roma en número tan elevado para la canonización de hoy. Que estos nuevos santos os acompañen con su intercesión y os inspiren con el ejemplo de su vida santa. Igualmente saludo al grupo de supervivientes de los ataques atómicos en Hiroshima y Nagasaki, y ruego para que el mundo jamás vuelva a ser testigo de tal destrucción masiva de vidas humanas inocentes. Dios os bendiga a todos, así como a vuestras familias y a vuestros seres queridos.

Dirijo un cordial saludo a los peregrinos de lengua alemana y hoy, en especial, a los nuevos sacerdotes del Colegio Germánico así como a sus invitados. Que el Señor os dé valor y perseverancia en vuestro servicio espiritual. Tomemos a los nuevos santos como modelos para nuestra vida. Entre ellos se cuenta san Damián

de Veuster, muy venerado también en Alemania, quien vivió entre los leprosos en la isla de Molokai, en las islas Hawai, sufriendo al final su enfermedad mortal con ellos y por ellos. Invoquemos además la intercesión del santo obispo Segismundo Felinski, y de los santos religiosos Francisco Coll y Guitart, Rafael Arnáiz Barón y María de la Cruz Jugan, para que Dios envíe también hoy muchas vocaciones religiosas. ¡Que el Señor os acompañe con su gracia!

Dirijo un caluroso saludo a los peregrinos de lengua española, en particular, a los que han participado en esta gozosa ceremonia de canonización, en especial, a los señores cardenales, arzobispos y obispos que han venido con ellos de España, tierra tan fecunda en frutos de santidad. El dominico san Francisco Coll, con su entrega sacerdotal y misionera, y el trapense san Rafael Arnáiz Barón, con su alma enteramente contemplativa, ambos fervientes devotos de la Virgen María, hacen honor a la mejor tradición religiosa y a las profundas raíces cristianas de su pueblo. Que el ejemplo y la intercesión de estos nuevos santos avive en todos, y particularmente en las Dominicas de la Anunciata, en la Orden de Predicadores y en los monjes Trapenses, el compromiso de seguir generosa y desinteresadamente a Cristo, según la propia vocación, dando testimonio de su Evangelio en la sociedad de hoy. Saludo también a los grupos procedentes de Colombia y otros países latinoamericanos.

Saludo a los peregrinos de lengua flamenca, llegados a Roma para unirse a la acción de gracias de la Iglesia por la canonización del padre Damián. Consagrado al Corazón de Jesús y al Corazón de María, este santo sacerdote fue llevado por Dios a que floreciera su vocación en un “sí” total. Que la intercesión de Nuestra Señora y del apóstol de los leprosos libre al mundo de esta enfermedad, nos impulse a acoger el amor de Dios y nos dé entusiasmo y alegría en el servicio de nuestros hermanos y hermanas. Con mi bendición apostólica.

Saludo cordialmente a los fieles que han venido a Roma desde Polonia junto con los cardenales, los arzobispos y los obispos. Saludo a todos los polacos que, celebrando hoy la tradicional Jornada del Papa, pueden alegrarse con el don de un nuevo santo: Segismundo Félix Felinski. Encomiendo a su protección a la Iglesia en Polonia y a toda la nación. ¡Que Dios os bendiga!

Queridos hermanos y hermanas, la Virgen María es la estrella que orienta todo itinerario de santidad. Su “*fiat*” es modelo de perfecta adhesión a la voluntad divina y su “*Magnificat*” expresa el canto de júbilo de la Iglesia, que ya en esta tierra se alegra por las grandes obras de Dios y en el cielo alaba eternamente su gloria. A la Madre de Cristo nos dirigimos con confianza filial, invocando, por su intercesión y la de los nuevos santos, paz y salvación.

AUDIENCIAS

Miércoles, 7 de octubre de 2009

San Juan Leonardi

Queridos hermanos y hermanas:

Pasado mañana, 9 de octubre, se cumplirán 400 años de la muerte de san Juan Leonardi, fundador de la Orden religiosa de los Clérigos Regulares de la Madre de Dios, canonizado el 17 de abril de 1938 y elegido patrono de los farmacéuticos el 8 de agosto de 2006. Se le recuerda también por su gran celo misionero. Junto con monseñor Juan Bautista Vives y el jesuita Martín de Funes proyectó y contribuyó a la institución de una Congregación específica de la Santa Sede para las misiones, la de *Propaganda Fide*, y al futuro nacimiento del *Colegio Urbano de Propaganda Fide*, que en el curso de los siglos ha forjado a miles de sacerdotes, muchos de ellos, mártires, para evangelizar a los pueblos. Se trata, por lo tanto, de una luminosa figura de sacerdote, que me agrada señalar como ejemplo a todos los presbíteros en este Año sacerdotal. Murió en 1609 por una gripe contraída mientras se prodigaba atendiendo a los afectados por la epidemia en el barrio romano de Campitelli.

Juan Leonardi nació en 1541 en Diecimo, en la provincia de Lucca. Era el menor de siete hermanos; su adolescencia se caracterizó por los ritmos de fe que se vivían en un núcleo familiar sano y laborioso, así como por la asi-

dua asistencia a un establecimiento de aromas y medicamentos de su pueblo natal. A los 17 años, su padre lo inscribió en un curso regular de especiería en Lucca, para que llegara a ser farmacéutico, más aún, un especiero, como se decía entonces. Durante cerca de una década, el joven Juan Leonardi fue un alumno atento y diligente, pero, cuando según las normas previstas en la antigua República de Lucca, adquirió el reconocimiento oficial que le autorizaría a abrir su propia especiería, comenzó a pensar que tal vez había llegado el momento de llevar a cabo un proyecto que desde siempre albergaba en su corazón. Tras una madura reflexión, decidió encaminarse al sacerdocio. Y así, dejando la tienda de especiería y habiendo adquirido una formación teológica adecuada, fue ordenado sacerdote y, el día de la Epifanía de 1572, celebró su primera misa. Con todo, no abandonó la pasión por la farmacoepia, pues percibía que la mediación profesional de farmacéutico le permitiría realizar plenamente su vocación de transmitir a los hombres, a través de una vida santa, “la medicina de Dios”, que es Jesucristo crucificado y resucitado, “medida de todas las cosas”.

Animado por la convicción de que todos los seres humanos tienen más necesidad de esa medicina que de cualquier otra cosa, san Juan Leonardi procuró hacer del encuentro personal con Jesucristo la razón fundamental de su

existencia. “Es necesario recomenzar desde Cristo”, amaba repetir con mucha frecuencia. El primado de Cristo sobre todo se convirtió para él en el criterio concreto de juicio y de acción, y en el principio generador de su actividad sacerdotal, que ejerció mientras estaba en marcha un movimiento grande y extenso de renovación espiritual en la Iglesia, gracias al florecimiento de nuevos institutos religiosos y al testimonio luminoso de santos como Carlos Borromeo, Felipe Neri, Ignacio de Loyola, José de Calasanz, Camilo de Lellis y Luis Gonzaga. Se dedicó con entusiasmo al apostolado entre los adolescentes mediante la Compañía de la doctrina cristiana, reuniendo a su alrededor a un grupo de jóvenes con los cuales, el 1 de septiembre de 1574, fundó la Congregación de los Sacerdotes reformados de María Santísima, que sucesivamente tomó el nombre de Orden de los Clérigos Regulares de la Madre de Dios. Recomendaba a sus discípulos que tuvieran “ante los ojos de la mente sólo el honor, el servicio y la gloria de Jesucristo crucificado” y, como buen farmacéutico acostumbrado a dosificar los preparados gracias a una referencia precisa, añadía: “Alzad un poco más vuestros corazones a Dios y medid, según él, las cosas”.

Movido por el celo apostólico, en mayo de 1605 envió al Papa Pablo V, recién elegido, un *Memorial* en el que sugería los criterios de una auténtica renovación en la Iglesia. Observando que es “necesario que quienes aspiran

a la reforma de las costumbres de los hombres busquen especialmente, y en primer lugar, la gloria de Dios”, añadía que deben resplandecer “por la integridad de vida y la excelencia de costumbres; así, más que obligar, atraerán dulcemente a la reforma”. Afirmaba, además, que “quien quiere realizar una seria reforma religiosa y moral debe hacer ante todo, como un buen médico, un diagnóstico atento de los males que atormentan a la Iglesia para tener así la capacidad de prescribir para cada uno de ellos el remedio más apropiado”. E indicaba que “la renovación de la Iglesia debe llevarse a cabo por igual en los jefes y en los subordinados, en lo alto y en lo bajo. Debe comenzar por quien manda y extenderse a los súbditos”. Por ello, mientras pedía al Papa que promoviera una “reforma universal de la Iglesia”, se preocupaba de la formación cristiana del pueblo y especialmente de los niños, a quienes hay que educar “desde los primeros años... en la pureza de la fe cristiana y en las santas costumbres”.

Queridos hermanos y hermanas, la luminosa figura de este santo invita en primer lugar a los sacerdotes, y a todos los cristianos, a tender constantemente a la “medida elevada de la vida cristiana” que es la santidad, naturalmente cada uno según su estado. De hecho sólo de la fidelidad a Cristo puede surgir la auténtica renovación eclesial. En aquellos años, en el paso cultural y social entre los siglos XVI y XVII, empezaron a perfilarse las premisas de la

futura cultura contemporánea, caracterizada por una escisión indebida entre fe y razón, que ha producido entre sus efectos negativos la marginación de Dios, con el espejismo de una posible y total autonomía del hombre que elige vivir “como si Dios no existiera”. Es la crisis del pensamiento moderno, que varias veces he puesto de relieve y que desemboca frecuentemente en formas de relativismo. San Juan Leonardi intuía cuál era la verdadera medicina para estos males espirituales y la sintetizó en la expresión: “Cristo ante todo”, Cristo en el centro del corazón, en el centro de la historia y del cosmos. Y de Cristo -afirmaba con fuerza- la humanidad tiene extrema necesidad, porque él es nuestra “medida”. No hay ambiente que no pueda ser tocado por su fuerza; no hay mal que no encuentre remedio en él; no hay problema que no se resuelva en él. “¡O Cristo o nada!”. Ésa es su receta para todo tipo de reforma espiritual y social.

Hay otro aspecto de la espiritualidad de san Juan Leonardi que quiero subrayar. En diversas circunstancias recalco que el encuentro vivo con Cristo se realiza en su Iglesia, santa pero frágil, enraizada en la historia y en su evolución a veces oscura, donde trigo y cizaña crecen juntos (cf. *Mt* 13, 30), pero que es siempre Sacramento de salvación. Con la lúcida conciencia de que la Iglesia es el campo de Dios (cf. *Mt* 13, 24), no se escandalizó de sus debilidades humanas. Para contrarrestar la cizaña, optó por ser buen trigo:

decidió amar a Cristo en la Iglesia y contribuir a hacerla cada vez más signo transparente de él. Miró a la Iglesia y su fragilidad humana con gran realismo, pero también su ser “campo de Dios”, el instrumento de Dios para la salvación del hombre. No sólo eso. Por amor a Cristo, trabajó con empeño para purificarla, para hacerla más bella y santa. Comprendió que toda reforma hay que hacerla dentro de la Iglesia y jamás contra la Iglesia. En esto, san Juan Leonardi fue verdaderamente extraordinario y su ejemplo sigue siendo siempre actual. Toda reforma afecta ciertamente a las estructuras, pero, en primer lugar, debe incidir en el corazón de los creyentes. Sólo los santos, hombres y mujeres que se dejan guiar por el Espíritu divino, dispuestos a tomar decisiones radicales y valientes a la luz del Evangelio, renuevan la Iglesia y contribuyen, de manera determinante, a construir un mundo mejor.

Queridos hermanos y hermanas, la vida de san Juan Leonardi estuvo siempre iluminada por el esplendor del “Rostro Santo” de Jesús, custodiado y venerado en la iglesia catedral de Lucca, que se convirtió en el símbolo elocuente y en la síntesis indiscutible de la fe que le animaba. Conquistado por Cristo como el apóstol san Pablo, señaló a sus discípulos, y sigue señalándonos a todos, el ideal cristocéntrico según el cual “hay que desnudarse de cualquier interés propio y preocuparse sólo del servicio de Dios”, teniendo “ante los ojos de la mente sólo el ho-

nor, el servicio y la gloria de Jesucristo crucificado”. Además de en el rostro de Cristo, fijó la mirada en el rostro materno de María. La Virgen, a la que eligió patrona de su Orden, fue para él maestra, hermana y madre, y experimentó su constante protección. Que el ejemplo y la intercesión de este “fascinante hombre de Dios” sean, exhorten y alienten, especialmente en este Año sacerdotal, a los sacerdotes y a todos los cristianos a vivir con pasión y entusiasmo su vocación.

Miércoles, 14 de octubre de 2009

San Pedro el Venerable

Queridos hermanos y hermanas:

La figura de Pedro el Venerable, que quiero presentar en la catequesis de hoy, nos lleva otra vez a la célebre abadía de Cluny, a su “decoro” (*decor*) y a su “esplendor” (*nitor*) -por utilizar términos recurrentes en los textos cluniacenses-, decoro y esplendor que se admiran sobre todo en la belleza de la liturgia, camino privilegiado para llegar a Dios. Sin embargo, más que estos aspectos, la personalidad de Pedro recuerda la santidad de los grandes abades cluniacenses: en Cluny “no hubo un solo abad que no fuera santo”, afirmaba en 1080 el Papa Gregorio VII. Entre éstos se sitúa Pedro el Venerable, que recoge en sí un poco todas las virtudes de sus predecesores, aunque ya con él, Cluny, frente a las

nuevas Órdenes como la del Císter, comienza a mostrar algún síntoma de crisis. Pedro es un ejemplo admirable de asceta riguroso consigo mismo y comprensivo con los demás.

Nacido alrededor del año 1094 en la región francesa de Alvernia, entró de niño en el monasterio de Sauxillanges, donde llegó a ser monje profeso y después prior. En 1122 fue elegido abad de Cluny y conservó este cargo hasta su muerte, que ocurrió en el día de Navidad de 1156, como él había deseado. “Amante de la paz -escribe su biógrafo Rodolfo- obtuvo la paz en la gloria de Dios el día de la paz” (*Vita*, i, 17:PL 189, 28).

Cuantos lo conocieron destacan su señorial mansedumbre, su sereno equilibrio, su dominio de sí, su rectitud, su lealtad, su lucidez y su especial aptitud para la meditación. “Mi propia naturaleza -escribía- me lleva a ser indulgente; a ello me incita mi costumbre de perdonar. Estoy acostumbrado a soportar y a perdonar” (*Ep.* 192, en: *The Letters of Peter the Venerable*, Harvard University Press, 1967, p. 446). Decía también: “Con aquéllos que odian la paz quisiéramos, en lo posible, ser siempre pacíficos” (*Ep.* 100: *l.c.*, p. 261). Y escribía de sí mismo: “No soy de aquéllos que no están contentos con su suerte..., cuyo espíritu está siempre en ansia o en duda, y que se lamentan porque todos los demás descansan y ellos son los únicos que trabajan” (*Ep.* 182: *l.c.*, p.

425). De índole sensible y afectuosa, sabía conjugar el amor al Señor con la ternura hacia sus familiares, especialmente hacia su madre y hacia sus amigos. Cultivó la amistad, de modo especial hacia sus monjes, que habitualmente confiaban en él, seguros de ser acogidos y comprendidos. Según el testimonio de su biógrafo, “no despreciaba y no rechazaba a nadie” (*Vita*, i, 3: *PL* 189, 19); “se mostraba amable con todos; en su bondad innata estaba abierto a todos” (*ib.*, i, 1: *PL*, 189, 17).

Podríamos decir que este santo abad constituye un ejemplo también para los monjes y los cristianos de nuestro tiempo, marcado por un ritmo de vida frenético, donde no son raros los episodios de intolerancia y de incomunicación, las divisiones y los conflictos. Su testimonio nos invita a saber unir el amor a Dios con el amor al prójimo, y a no cansarnos de reanudar relaciones de fraternidad y de reconciliación. Así actuaba Pedro el Venerable, que tuvo que dirigir el monasterio de Cluny en años no muy tranquilos por razones externas e internas a la abadía, consiguiendo ser, al mismo tiempo, severo y dotado de profunda humanidad. Solía decir: “De un hombre se podrá obtener más tolerándolo que irritándolo con quejas” (*Ep.* 172: *l.c.*, p. 409). Por razón de su cargo, tuvo que afrontar frecuentes viajes a Italia, Inglaterra, Alemania y España. El abandono forzoso de la quietud contemplativa le costaba.

Confesaba: “Voy de un lugar a otro, me afano, me inquieto, me atormento, arrastrado de un lado a otro; tengo la mente dirigida, a veces, a mis asuntos y, a veces, a los de los demás, no sin gran agitación de mi alma” (*Ep.* 91: *l.c.*, p. 233). Aunque tuvo que actuar con astucia entre los poderes y señoríos del entorno de Cluny, gracias a su sentido de la medida, a su magnanimidad y a su realismo logró conservar una tranquilidad habitual. Una de las personalidades con las que entró en relación fue san Bernardo de Claraval, con el que mantuvo una relación de creciente amistad, a pesar de la diversidad de temperamentos y perspectivas. San Bernardo lo definía “hombre importante, ocupado en asuntos importantes” y lo tenía en gran estima (cf. *Ep.* 147, ed. *Scriptorium Claravallense*, Milán 1986, vi/1, pp. 658-660), mientras que Pedro el Venerable definía a san Bernardo “faro de la Iglesia” (*Ep.* 164: *l.c.*, p. 396), “columna fuerte y espléndida de la Orden monástica y de toda la Iglesia” (*Ep.* 175: *l.c.*, p. 418).

Con gran sentido eclesial, Pedro el Venerable afirmaba que los acontecimientos del pueblo cristiano deben sentirlos “en lo íntimo del corazón” quienes se cuentan entre “los miembros del Cuerpo de Cristo” (*Ep.* 164: *l.c.*, p. 397). Y añadía: “No está alimentado por el espíritu de Cristo quien no siente las heridas del Cuerpo de Cristo”, dondequiera que se produzcan (*ib.*). También mostraba

atención y solicitud por quienes estaban fuera de la Iglesia, en particular por los judíos y musulmanes: para favorecer el conocimiento de estos últimos hizo traducir el Corán. Al respecto, observa un historiador reciente: "En medio de la intransigencia de los hombres medievales -incluso de los más notables- admiramos aquí un ejemplo sublime de la delicadeza a la que conduce la caridad cristiana" (J. Leclercq, *Pietro il Venerabile*, Jaca Book, 1991, p. 189).

Otros aspectos de la vida cristiana que le interesaban eran el amor a la Eucaristía y la devoción a la Virgen María. Sobre el Santísimo Sacramento nos dejó páginas que constituyen "una de las obras maestras de la literatura eucarística de todos los tiempos" (*ib.*, p. 267), y sobre la Madre de Dios escribió reflexiones iluminadoras, contemplándola siempre en estrecha relación con Jesús Redentor y con su obra de salvación. Baste citar estas inspiradas palabras suyas: "Salve, Virgen bendita, que has puesto en fuga la maldición. Salve, madre del Altísimo, esposa del Cordero mansísimo. Tú has vencido a la serpiente, le has aplastado la cabeza, cuando el Dios engendrado por ti la aniquiló... Estrella resplandeciente de oriente, que pones en fuga las sombras de occidente. Aurora que precede al sol, día que ignora la noche... Reza al Dios que nació de ti, para que perdone nuestro pecado y, después del perdón, nos conceda la gracia y la gloria" (*Carmina: PL* 189, 1018-1019).

Pedro el Venerable sentía también predilección por la actividad literaria y tenía talento para ella. Anotaba sus reflexiones, persuadido de la importancia de usar la pluma casi como un arado para "esparcir en el papel la semilla del Verbo" (*Ep.* 20: *l.c.*, p. 38). Aunque no fue un teólogo sistemático, fue un gran investigador del misterio de Dios. Su teología hunde sus raíces en la oración, especialmente en la litúrgica; y entre los misterios de Cristo prefería el de la Transfiguración, en el que ya se prefigura la Resurrección. Fue precisamente él quien introdujo en Cluny esta fiesta, componiendo un oficio especial, en el que se refleja la característica piedad teológica de Pedro y de la Orden cluniacense, dirigida totalmente a la contemplación del rostro glorioso (*gloriosa facies*) de Cristo, encontrando en él las razones de la ardiente alegría que caracterizaba su espíritu y que se irradiaba en la liturgia del monasterio.

Queridos hermanos y hermanos, este santo monje es ciertamente un gran ejemplo de santidad monástica, alimentada en las fuentes de la tradición benedictina. Para él el ideal del monje consiste en "adherirse tenazmente a Cristo" (*Ep.* 53: *l.c.*, p. 161), en una vida claustral caracterizada por la "humildad monástica" (*ib.*) y por la laboriosidad (*Ep.* 77: *l.c.*, p. 211), así como por un clima de contemplación silenciosa y de alabanza constante a Dios. La primera y más importante ocupación del monje, según Pedro de Cluny, es la

celebración solemne del Oficio divino -"obra celestial y la más útil de todas" (*Statuta*, I, 1026)- acompañada con la lectura, la meditación, la oración personal y la penitencia observada con discreción (cf. *Ep.* 20: *l.c.*, p. 40). De esta forma toda la vida queda penetrada de amor profundo a Dios y de amor a los demás, un amor que se manifiesta en la apertura sincera al prójimo, en el perdón y en la búsqueda de la paz. Para

concluir, podríamos decir que aunque este estilo de vida, unido al trabajo cotidiano, constituye para san Benito el ideal del monje, también nos concierne a todos nosotros; puede ser, en gran medida, el estilo de vida del cristiano que quiere ser auténtico discípulo de Cristo, caracterizado precisamente por la adhesión tenaz a él, la humildad, la laboriosidad y la capacidad de perdón y de paz.

DISCURSOS

Discurso del Papa, Benedicto XVI, en el transcurso de la primera Congregación General en la II Asamblea especial para África del Sínodo de los Obispos (4-25 de octubre de 2009)

Aula del Sínodo, Hora Tercia. Lunes, 5 octubre 2009.

Queridos hermanos y hermanas:

Hemos dado comienzo a nuestro encuentro sinodal invocando al Espíritu Santo y sabiendo muy bien que en este momento no podemos llevar a cabo lo que habría que hacer para la Iglesia y para el mundo: sólo con la fuerza del Espíritu Santo podemos percibir lo que es recto y después ponerlo en práctica. Todos los días comenzaremos nuestro trabajo invocando al Espíritu Santo con la oración de la Hora Tercia "*Nunc*

sancte nobis Spiritus". Por eso, ahora querría, junto con vosotros, meditar un poco sobre este himno que abre el trabajo de cada día, aquí en el Sínodo, pero también después en nuestra vida cotidiana.

"*Nunc sancte nobis Spiritus*". Pedimos que Pentecostés no sea sólo un acontecimiento del pasado, el primer inicio de la Iglesia, sino que acontezca hoy, es más, ahora: "*nunc sancte nobis Spiritus*". Pedimos al Señor que realice ahora la efusión de su Espíritu y recree de nuevo a su Iglesia y al mundo. Recordemos que los apóstoles después de la Ascensión no empezaron - como quizás hubiera sido normal - a organizar, a crear la Iglesia futura. Esperaron la acción de Dios, esperaron al Espíritu Santo. Comprendieron que la Iglesia no se puede hacer, no es el producto de nuestra organización: la

Iglesia debe nacer del Espíritu Santo. Al igual que el mismo Señor fue concebido por obra del Espíritu Santo y nació de Él, también la Iglesia debe ser siempre concebida por obra del Espíritu Santo y nacer de Él. Sólo con este acto creativo de Dios, podemos entrar en la actividad de Dios, en la acción divina y colaborar con Él. En este sentido, también todo nuestro trabajo en el Sínodo es un colaborar con el Espíritu Santo, con la fuerza de Dios que nos precede. Tenemos que seguir implorando que se cumpla esta iniciativa divina, en la que nosotros podemos ser colaboradores de Dios y contribuir a que su Iglesia nazca y crezca de nuevo.

La segunda estrofa de este himno - “*Os, lingua, mens, sensus, vigor, / Confessionem personent: / Flammescat igne caritas, / accendat ardor proximos*” - es el corazón de esta oración. Imploramos a Dios tres dones, los dones esenciales de Pentecostés, del Espíritu Santo: *confessio, caritas, proximos*. *Confessio*: existe la lengua de fuego que es “razonable”, da la palabra correcta y hace pensar en el fin de Babilonia en la fiesta de Pentecostés. La confusión que nace del egoísmo y la soberbia del hombre, cuyo efecto es que ya no logren comprenderse unos a otros, se supera con la fuerza del Espíritu, que une sin uniformar, que da unidad en la pluralidad: cada uno puede entender al otro, incluso en las distintas lenguas. *Confessio*: la palabra, la lengua de fuego que el Señor nos da,

la palabra común en la que estamos todos unidos, la ciudad de Dios, la santa Iglesia, en la que está presente toda la riqueza de las diversas culturas. *Flammescat igne caritas*. Esta confesión no es una teoría sino que es vida, es amor. El corazón de la santa Iglesia es el amor, Dios es amor y se comunica comunicándonos el amor. Por último, el prójimo. La Iglesia nunca es un grupo cerrado en sí mismo, que vive para sí mismo como uno de los muchos grupos que existen en el mundo, sino que se caracteriza por la universalidad de la caridad, de la responsabilidad hacia el prójimo.

Consideremos uno por uno estos tres dones. *Confessio*: en el lenguaje de la Biblia y de la Iglesia antigua, esta palabra tiene dos significados esenciales, que parecen opuestos pero en realidad constituyen una única realidad. *Confessio* ante todo es confesión de los pecados: reconocer nuestra culpa y conocer que ante Dios somos insuficientes, somos culpa, no estamos en la justa relación con Él. Éste es el primer punto: conocernos a nosotros mismos en la luz de Dios. Sólo en esta luz podemos conocernos a nosotros mismos, podemos entender también cuánto mal hay en nosotros y, de este modo, ver todo lo que debe ser renovado, transformado. Sólo en la luz de Dios, nos conocemos los unos a los otros y vemos toda la realidad.

Me parece que debemos tener presente todo esto en nuestros análisis

sobre la reconciliación, la justicia y la paz. Los análisis empíricos son importantes, es importante que se conozca exactamente la realidad de este mundo. No obstante, estos análisis horizontales, preparados con tanta exactitud y competencia, son insuficientes. No indican los verdaderos problemas porque no los colocan a la luz de Dios. Si no vemos que en su raíz está el Misterio de Dios, las cosas del mundo van mal porque la relación con Dios no es ordenada. Y si la primera relación, la relación básica, no es correcta, todas las demás relaciones con todo lo que puede haber de bueno, fundamentalmente no funcionan. Por eso, nuestros análisis del mundo son insuficientes si no llegamos hasta este punto, si no consideramos el mundo en la luz de Dios, si no descubrimos que en la raíz de las injusticias, de la corrupción, está un corazón que no es recto, está una cerrazón respecto a Dios y, por lo tanto, una falsificación de la relación esencial que es la base de todas las demás.

Confessio: comprender en la luz de Dios las realidades del mundo, el primado de Dios y, por último, de todo el ser humano y las realidades humanas, que tienden a nuestra relación con Dios. Y si ésta no es correcta, no llega al punto querido por Dios, no entra en su verdad, entonces tampoco se puede corregir todo lo demás porque vuelven a nacer todos los vicios que destruyen la red social y la paz en el mundo.

Confessio: ver la realidad en la luz de Dios, entender que, en el fondo, nuestras realidades dependen de nuestra relación con nuestro Creador y Redentor y, de este modo, llegar a la verdad, a la verdad que salva. San Agustín refiriéndose al capítulo 3 del Evangelio de san Juan, define el acto de la confesión cristiana con “hacer la verdad, ir a la luz”. Sólo viendo en la luz de Dios nuestras culpas, la insuficiencia de nuestra relación con Él, caminamos a la luz de la verdad. Y sólo la verdad salva. Actuemos por fin en la verdad: confesar realmente en esta profundidad de la luz de Dios es hacer la verdad.

Éste es el primer significado de la palabra *confessio*, confesión de los pecados, reconocimiento de la culpabilidad que resulta de nuestra falta de relación con Dios. Pero un segundo significado de confesión es el de dar gracias a Dios, glorificar a Dios, dar testimonio de Dios. Podemos reconocer la verdad de nuestro ser porque existe la respuesta divina. Dios no nos ha dejado solos con nuestros pecados; ni siquiera cuando nuestra relación con Su majestad está obstaculizada, Él no se retira sino que viene y nos toma de la mano. Por eso, *confessio* es testimonio de la bondad de Dios, es evangelización. Podríamos decir que la segunda dimensión de la palabra *confessio* es idéntica a la evangelización. Lo vemos en el día de Pentecostés, cuando san Pedro, en su discurso, por una parte acusa la

culpa de las personas - habéis matado al santo y al justo -, pero, al mismo tiempo, dice: este Santo ha resucitado y os ama, os abraza, os llama a ser suyos en el arrepentimiento y en el bautismo, y en la comunión de su Cuerpo. En la luz de Dios, confesar se convierte necesariamente en anunciar a Dios, evangelizar y, de este modo, renovar el mundo.

La palabra *confessio*, sin embargo, nos recuerda otro elemento más. En el capítulo 10 de la *Carta a los Romanos* san Pablo interpreta la confesión del capítulo 30 del Deuteronomio. En este último texto parece que los judíos, entrando en la forma definitiva de la alianza, en Tierra Santa, tenían miedo y no podían realmente responder a Dios como debían. El Señor les dice: no tengáis miedo, Dios no está lejos. Para llegar a Dios no es necesario atravesar un océano desconocido, no son necesarios viajes espaciales por el cielo, cosas complicadas o imposibles. Dios no está lejos, no está al otro lado del océano o en estos espacios inmensos del universo. Dios está cerca. Está en tu corazón y en tus labios, con la palabra de la Toráh, que entra en tu corazón y se anuncia en tus labios. Dios está en ti y contigo, está cerca.

San Pablo sustituye, en su interpretación, la palabra Toráh por la palabra confesión y fe. Dice: realmente Dios está cerca, no son necesarias expediciones complicadas para llegar a Él, ni aventuras espirituales o

materiales. Dios está cerca con la fe, está en tu corazón, y con la confesión está en tus labios. Está en ti y contigo. Realmente Jesucristo con su presencia nos da la palabra de la vida. Así entra, por la fe, en nuestro corazón. Habita en nuestro corazón y en la confesión llevamos la realidad del Señor al mundo, a nuestro tiempo. Me parece que este es un elemento muy importante: el Dios cercano. La ciencia y la técnica comportan grandes inversiones: las aventuras espirituales y materiales son costosas y difíciles; pero Dios se da gratuitamente. Las cosas más grandes de la vida - Dios, amor, verdad - son gratuitas. Dios se da en nuestro corazón. Diría que deberíamos meditar a menudo sobre esta gratuidad de Dios: no hacen falta grandes dones materiales ni intelectuales para estar cerca de Dios. Dios se da gratuitamente en su amor, está en mí, en mi corazón y mis labios.

Ésta es la valentía, la alegría de nuestra vida. Es también la valentía presente en este Sínodo, porque Dios no está lejos: está con nosotros con la palabra de la fe. Pienso que también esta dualidad es importante: la palabra en el corazón y en los labios. Esta profundidad de la fe personal, que realmente me une íntimamente con Dios, debe ser confesada: fe y confesión, interioridad en la comunión con Dios y testimonio de la fe que se expresa en mis labios y se convierte de ese modo en sensible y presente en el

mundo. Son dos cosas importantes que siempre van juntas.

Más adelante, el himno que estamos comentando indica también los lugares en los que se encuentra la confesión: “*os, lingua, mens, sensus, vigor*”. Todas nuestras capacidades de pensar, hablar, sentir, actuar, deben hacer resonar - el latín usa el verbo “personar” - la palabra de Dios. Nuestro ser, en todas sus dimensiones, debería llenarse de esta palabra, que de ese modo llega a ser realmente sensible en el mundo, que, a través de nuestra existencia, resuena en el mundo: la palabra del Espíritu Santo.

Brevemente, otros dos dones. La caridad: es importante que el cristianismo no sea una suma de ideas, una filosofía, una teología, sino un modo de vivir, el cristianismo es caridad, es amor. Sólo así nos convertimos en cristianos: si la fe se transforma en caridad, si es caridad. Podemos decir que también *logos* y *caritas* van juntos. Nuestro Dios es, por una parte, *logos*, razón eterna; pero esta razón es, a la vez, amor, no es fría matemática que construye el universo, no es un demiurgo; esta razón eterna es fuego, es caridad. En nosotros mismos debería realizarse esta unidad de razón y caridad, de fe y caridad. Y así transformados en la caridad, ser divinizados, como dicen los Padres griegos. Diría que en la evolución del mundo tenemos este recorrido ascendente, desde las

primeras realidades creadas hasta la criatura hombre. Sin embargo, esta escala todavía no está completa. El hombre debería ser divinizado y, de ese modo, realizarse. La unidad de la criatura con el Creador: éste es el verdadero crecimiento, llegar con la gracia de Dios a esta apertura. Nuestra esencia se transforma en la caridad. Si hablamos de este crecimiento también pensamos en esta última meta, a la que Dios quiere llegar con nosotros.

Por último, el prójimo. La caridad no es algo individual, sino universal y concreto. Hoy, en la Misa, hemos proclamado la página evangélica del buen samaritano, en la que vemos la doble realidad de la caridad cristiana, que es universal y concreta. Este samaritano se encuentra con un hebreo, por lo tanto, alguien que está fuera de las fronteras de su tribu y su religión; pero la caridad es universal y, por lo tanto, este extranjero es para él prójimo en todos los sentidos. La universalidad abre los límites que cierran el mundo y crean las diversidades y los conflictos. Al mismo tiempo, el hecho de que se deba hacer algo por la universalidad no es filosofía sino acción concreta. Debemos tender a esta unificación de universalidad y concreción, debemos abrir realmente estas fronteras entre tribus, etnias y religiones a la universalidad del amor de Dios. Y no en teoría, sino en los lugares en los que vivimos, con toda la concreción necesaria. Roguemos al Señor que nos conceda todo esto, con

la fuerza del Espíritu Santo. Al final el himno es glorificación del Dios uno y trino, y petición de conocer y creer. El final, pues, vuelve al comienzo. Oremos para que podamos conocer, para que conocer sea creer, y que creer llegue a ser amar, acción. Roguemos al Señor que nos conceda el Espíritu Santo, suscite un nuevo Pentecostés, nos ayude a ser sus servidores en esta hora del mundo.

Amén.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
al final del concierto por el 70º
Aniversario del inicio de la Segunda
Guerra Mundial***

*Auditorium de la vía de la Conciliación.
Jueves, 8 de octubre de 2009.*

Señor presidente de la República italiana, señores cardenales, venerados padres sinodales, señores embajadores, estimados señores y señoras:

He aceptado con gusto la invitación a asistir al concierto: “*Youth against war concert - 70 años del inicio de la segunda guerra mundial: Jóvenes contra la guerra*”, impulsado conjuntamente por el Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos, por la Comisión para las relaciones religiosas con el judaísmo, por la Embajada de Alemania ante la Santa Sede y por el *Europäisches*

KulturForum Mainau con el patrocinio del *International Jewish Committee for Interreligious Consultations*. A todos los promotores y organizadores dirijo mi saludo y mi sincero agradecimiento; en especial doy las gracias al cardenal Walter Kasper por haberse hecho intérprete de los sentimientos comunes. Dirijo un respetuoso saludo al presidente de la República italiana y a su amable esposa, agradecido por su presencia. Haciendo uso del lenguaje universal de la música, esta iniciativa desea alentar a los jóvenes a construir juntos el futuro del mundo, inspirándose en los valores de la paz y de la fraternidad entre los hombres. Saludo a los señores cardenales, a los padres sinodales, a los distintos miembros del Cuerpo diplomático ante la Santa Sede, a los patrocinadores y a todos los presentes.

De todo corazón, doy las gracias a los jóvenes músicos de quince países que se han reunido en la *Interregionalen Jugendsinfonieorchester*, con su director Jochem Hochstenbach para la excepcional ejecución. De igual modo, agradezco a la solista, señora Michelle Breedt, su canto expresivo y al profesor Klaus Maria Brandauer la vivaz interpretación de los textos. En este agradecimiento incluyo también a cuantos han hecho posible esta velada: al *International Jewish Committee for Interreligious Consultations* (IJCIC) como promotor del concierto y al Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos, a la

Embajada alemana ante la Santa Sede y al *Europäisches KulturForum Mainau* como organizadores.

Queridos amigos, esta tarde vuelve a nuestra memoria la tragedia de la segunda guerra mundial, página dolorosa de la historia impregnada de violencia e inhumanidad, que causó la muerte de millones de personas, dejando a los vencedores divididos y a Europa por reconstruir. La guerra, deseada por el nacionalsocialismo, golpeó a muchas poblaciones inocentes de Europa y de otros continentes, mientras que, con el drama del Holocausto, hirió, sobre todo, al pueblo judío, objeto de un exterminio programado. Sin embargo, no faltaron las invitaciones a la racionalidad y a la paz que se elevaron desde muchas partes. Aquí, en Roma, resonó afligida la voz de mi venerado predecesor, Pío XII. En el radiomensaje del 24 de agosto de 1939 -precisamente en la inminencia del estallido de la guerra- proclamó con decisión: "Nada se pierde con la paz. Todo se puede perder con la guerra" (cf. *AAS*, XXXI, 1939, p. 334). Lamentablemente, nadie logró frenar esa inmensa catástrofe: prevaleció inexorable la lógica del egoísmo y de la violencia. Que el recuerdo de esos tristes sucesos sea advertencia, sobre todo, a las nuevas generaciones, para no volver a ceder jamás a la tentación de la guerra.

Como el cardenal Kasper ha recordado, este año conmemoramos otro

aniversario significativo: dos décadas desde la caída del muro de Berlín, símbolo elocuente del final de los regímenes totalitarios comunistas del Este europeo. "La caída del muro -escribió Juan Pablo II-, así como el derrumbamiento de simulacros peligrosos y de una ideología opresora, han demostrado que las libertades fundamentales que dan significado a la vida humana no pueden ser reprimidas y sofocadas por mucho tiempo" (*Mensaje a los participantes en el 90° aniversario del Katholikentag*, 23 de mayo de 1990: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 24 de junio de 1990, p. 4). ¡Europa y el mundo entero tienen sed de libertad y de paz! Es necesario construir juntos la verdadera civilización, que no se base en la fuerza, sino que sea "fruto de la victoria sobre nosotros mismos, sobre las potencias de la injusticia, del egoísmo y del odio, que pueden llegar a desfigurar al hombre" (*Carta apostólica de Juan Pablo II en el 50° aniversario del comienzo de la segunda guerra mundial*, n. 12: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 3 de septiembre de 1989, p. 12). El movimiento ecuménico, que encontró en la segunda guerra mundial un catalizador -como ha subrayado oportunamente el cardenal Kasper-, puede ayudar a construirla, trabajando juntamente con los judíos y todos los creyentes. Que Dios nos bendiga y conceda a la humanidad el don de su paz. Queridos amigos: gracias de nuevo por vuestra presencia.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la Vigilia Mariana “Con África y para África” organizada por la Secretaría General del Sínodo de los Obispos y la Oficina para la Pastoral Universitaria del Vicariato de Roma

Sala Pablo VI. Sábado, 10 de octubre de 2009.

Venerados padres sinodales; queridos hermanos y hermanas; queridos estudiantes universitarios:

Al término de este encuentro de oración mariana, dirijo a todos mi saludo más cordial, con un sentimiento de especial reconocimiento hacia los padres sinodales presentes. Expreso mi agradecimiento a las autoridades italianas, que han sostenido esta iniciativa y sobre todo a la Secretaría general del Sínodo de los obispos y a la Oficina de pastoral universitaria del Vicariato de Roma, que la han promovido y organizado.

Queridos amigos universitarios de Roma, naturalmente también a vosotros os manifiesto mi más sincero agradecimiento por haber respondido en tan elevado número a mi invitación. Como sabéis, estos días se está celebrando en el Vaticano la segunda Asamblea especial del Sínodo de los obispos para África. El hecho de que nos hayamos reunido, el Sucesor de Pedro y numerosos pastores de la Iglesia en África con otros expertos cualificados constituye un motivo de alegría

y de esperanza, expresa la comunión y la alimenta. Ya los Padres de la Iglesia comparaban a la comunidad cristiana con una orquesta o con un coro, bien ordenados y armónicos, como los que han animado nuestra oración, y a los cuales va nuestro agradecimiento.

Como en anteriores circunstancias, también esta tarde nos hemos servido de la modernas técnicas de telecomunicación para “lanzar una red” -una red de oración- conectando Roma con África. Y así, gracias a la colaboración de Tele-spazio, del Centro Televisivo Vaticano y de Radio Vaticano, han podido participar en el rosario numerosos estudiantes universitarios de distintas ciudades africanas, reunidos con sus pastores. A ellos les envió un afectuoso saludo.

A vosotros, hermanos y hermanas de lengua francesa, en especial a los que habéis llegado para uniros a nosotros desde Burkina Faso, la República democrática del Congo y Egipto, os dirijo mi más cordial saludo. Os invito a que permanezcáis unidos en la oración a los obispos de toda África reunidos en Roma en Sínodo, para que la Iglesia aporte una contribución eficaz a la reconciliación, a la justicia y a la paz, en ese continente tan amado, y que sea un signo auténtico de esperanza para todos los pueblos africanos, “sal de la tierra... y luz del mundo”. Que la Virgen María, Nuestra Señora de África, os mantenga en la paz y os guíe hacia su Hijo Jesús, el Salvador. Que Dios os bendiga.

Queridos amigos de lengua inglesa, saludo con afecto a los numerosos jóvenes estudiantes, especialmente a los que provienen de Kenia, Nigeria, Sudáfrica y Sudán, que se han unido a nosotros en la oración a María, Madre de Jesús. Hemos encomendado a su protección materna el éxito de la II Asamblea especial para África del Sínodo de los obispos. Que su intercesión sostenga a los cristianos de todo el mundo, especialmente a los pueblos de África, y que su ejemplo nos enseñe a dirigirnos al Señor y a perseverar en la oración tanto en las alegrías como en las penas. Extiendo un especial saludo a los jóvenes de África, que llevo en el corazón y tengo presentes en mis oraciones. Sed siempre testigos leales y promotores activos de justicia, reconciliación y paz.

Saludo a los universitarios reunidos en Maputo con el rosario en la mano y el nombre de María en sus labios, rezando con África y por África, a fin de que los fieles cristianos, llenos del Espíritu Santo, cumplan la misión que recibieron de Jesús: ser la sal de una tierra justa y la luz que guía al mundo hacia la reconciliación y la paz. ¡Gracias, amigos míos, por vuestra oración y vuestro testimonio cristiano! Que la Virgen Madre vele sobre vosotros; a ella encomiendo toda la juventud de Mozambique y de los demás países africanos de lengua oficial portuguesa.

Como preparación para el encuentro de hoy, se celebró en Roma un congreso, organizado por la Dirección gene-

ral para la cooperación al desarrollo del Ministerio de Asuntos exteriores y por el Vicariato de Roma, sobre el tema: "Por una nueva cultura del desarrollo en África: el papel de la cooperación universitaria". Quiero expresar mi estima por esta iniciativa y os animo a proseguir en este proyecto. Deseo subrayar lo importantes que son la formación de los jóvenes intelectuales y la colaboración científica y cultural entre los ateneos para proponer y alentar un desarrollo humano integral en África y en los demás continentes. En este contexto, a vosotros, queridos jóvenes, os he entregado idealmente la encíclica *Caritas in veritate*, en la que recuerdo la urgencia de elaborar una nueva síntesis humanística (cf. n. 21) que reanude los lazos entre la antropología y la teología.

Al meditar sobre los misterios del rosario, hemos encontrado una vez más el verdadero rostro de Dios, que, en Jesucristo, nos revela su presencia en la vida de todo pueblo. El Dios de Jesucristo camina con el hombre; y gracias a él es posible construir la civilización del amor (cf. *ib.*, 39). Queridos universitarios de Roma y de África, os pido que seáis, en la Iglesia y en la sociedad, agentes de la caridad intelectual, necesaria para afrontar los grandes desafíos de la historia contemporánea. En las universidades sed buscadores sinceros y apasionados de la verdad, construyendo comunidades académicas de alto nivel intelectual, en las que sea posible ejercer y gozar de la racionalidad

abierta y amplia que abre el camino al encuentro con Dios. Cread puentes de colaboración científica y cultural entre los distintos ateneos, sobre todo con los africanos. A vosotros, queridos estudiantes africanos, os dirijo una invitación especial a vivir el tiempo del estudio como preparación a desempeñar un servicio de animación cultural en vuestros países. La nueva evangelización en África cuenta también con vuestro generoso esfuerzo.

Queridos hermanos y hermanas, con el rezo del rosario hemos encomendado el II Sínodo para África a la intercesión materna de la santísima Virgen. Pongamos en sus manos las esperanzas, las expectativas, los proyectos de los pueblos africanos, así como sus dificultades y sufrimientos. A cuantos están conectados con nosotros desde varias partes de África, y a todos los presentes, imparto de corazón la bendición apostólica.

HOMILÍAS

Homilía del Papa, Benedicto XVI, en la apertura del Sínodo de los Obispos para África

Basilica de San Pedro. Domingo, 4 de octubre de 2009.

Venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; ilustres señores y señoras; queridos hermanos y hermanas:

Pax vobis! - ¡Paz a vosotros! Con este saludo litúrgico me dirijo a todos vosotros, reunidos en la basílica vaticana, donde hace quince años, el 10 de abril de 1994, el siervo de Dios Juan Pablo II, abrió la primera Asamblea especial para África del Sínodo de los obispos. El hecho de que hoy nos encontremos aquí para inaugurar la segunda significa que aquel fue un acontecimiento ciertamente histórico, pero no aislado.

Fue el punto de llegada de un camino, que a continuación prosiguió, y que ahora llega a una nueva y significativa etapa de verificación y de relanzamiento. Alabemos al Señor por ello.

Doy mi más cordial bienvenida a los miembros de la Asamblea sinodal, que concelebran conmigo esta santa Eucaristía, a los expertos y a los oyentes, en particular a cuantos provienen de la tierra africana. Saludo, con especial reconocimiento, al secretario general del Sínodo y a sus colaboradores. Me alegra mucho la presencia entre nosotros de Su Santidad Abuna Paulos, patriarca de la Iglesia ortodoxa Tewahedo de Etiopía, a quien doy las gracias cordialmente, y de los delegados fraternos de las demás Iglesias y de las comunidades eclesiales. Me complace también acoger a las autoridades civiles y a los señores embajadores.

dores que han querido participar en este momento; saludo con afecto a los sacerdotes, a las religiosas y los religiosos, a los representantes de organismos, movimientos y asociaciones, y al coro congolés que, junto con la Capilla Sixtina, anima nuestra celebración eucarística.

Las lecturas bíblicas de este domingo hablan del matrimonio. Pero, más estrictamente, hablan del proyecto de la creación, del origen y, por lo tanto, de Dios. En este plano converge también la segunda lectura, tomada de la *Carta a los Hebreos*, donde dice: “Tanto el santificador -es decir, Jesucristo- como los santificados -es decir, los hombres- tienen todos el mismo origen. Por eso no se avergüenza de llamarles hermanos” (*Hb 2, 11*). Así pues, del conjunto de las lecturas destaca, de manera evidente, el primado de Dios Creador, con la perenne validez de su impronta originaria y la precedencia absoluta de su señorío, ese señorío que los niños saben acoger mejor que los adultos, por lo que Jesús los indica como modelo para entrar en el reino de los cielos (cf. *Mc 10, 13-15*). Ahora bien, el reconocimiento del señorío absoluto de Dios es ciertamente uno de los rasgos relevantes y unificadores de la cultura africana. Naturalmente, en África, existen múltiples y diversas culturas, pero todas parecen concordar en este punto: Dios es el Creador y la fuente de la vida. Pero la vida, como sabemos bien, se manifiesta primariamente en la unión entre el hombre y la mujer y en el nacimiento de los hijos; por tanto, la ley divina, inscrita en la naturaleza, es

más fuerte y preeminente que cualquier ley humana, según la afirmación clara y concisa de Jesús: “Lo que Dios unió, que no lo separe el hombre” (*Mc 10, 9*). La perspectiva no es ante todo moral: antes que al deber, se refiere al ser, al orden inscrito en la creación.

Queridos hermanos y hermanas, en este sentido, la liturgia de la Palabra de hoy -más allá de la primera impresión- se revela especialmente adecuada para acompañar la apertura de una Asamblea sinodal dedicada a África. Quiero subrayar, en particular, algunos aspectos que emergen con fuerza y que interpelan el trabajo que nos espera. El primero, ya mencionado: el primado de Dios, Creador y Señor. El segundo: el matrimonio. El tercero: los niños. Sobre el primer aspecto, África es depositaria de un tesoro inestimable para el mundo entero: su profundo sentido de Dios, que he podido percibir directamente en los encuentros con los obispos africanos en visita *ad limina* y más todavía en el reciente viaje apostólico a Camerún y Angola, del que conservo un grato y emocionante recuerdo. Es precisamente a esta peregrinación en tierra africana a la que desearía remitirme, porque en aquellos días abrí idealmente esta Asamblea sinodal, entregando el *Instrumentum laboris* a los presidentes de las Conferencias episcopales y a los máximos responsables de los Sínodos de los obispos de las Iglesias orientales católicas.

Cuando se habla de tesoros de África, enseguida se piensa en los recursos en

los que su territorio es rico y que desgraciadamente se han convertido y, a veces, siguen siendo motivo de explotación, de conflictos y de corrupción. En cambio la Palabra de Dios nos hace contemplar otro patrimonio: el espiritual y cultural, que la humanidad necesita más todavía que las materias primas. “Pues -diría Jesús -¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida?” (Mc 8, 36). Desde este punto de vista, África representa un inmenso “pulmón” espiritual para una humanidad que se halla en crisis de fe y esperanza. Pero este “pulmón” puede enfermar. Y por el momento, al menos, dos peligrosas patologías están haciendo mella en él: ante todo, una enfermedad ya extendida en el mundo occidental, es decir, el materialismo práctico, combinado con el pensamiento relativista y nihilista. Sin entrar en el análisis de la génesis de estos males del espíritu, es indiscutible que, a veces, el llamado “primer” mundo ha exportado, y sigue exportando, residuos espirituales tóxicos que contagian a las poblaciones de otros continentes, en especial las africanas. En este sentido, el colonialismo, ya concluido en el plano político, jamás ha acabado del todo. Pero, precisamente, en esta misma perspectiva, hay que señalar un segundo “virus” que podría afectar también a África, o sea, el fundamentalismo religioso, mezclado con intereses políticos y económicos. Grupos que se remiten a diferentes pertenencias religiosas se están difundiendo en el continente africano; lo hacen en nombre de Dios, pero según una lógica opuesta a la di-

vina, es decir, enseñando y practicando no el amor y el respeto a la libertad, sino la intolerancia y la violencia.

En cuanto al tema del matrimonio, el texto del capítulo 2 del *Libro del Génesis* ha recordado el perenne fundamento, que Jesús mismo ha confirmado: “Por ello dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne” (Gn 2, 24). ¿Cómo no recordar el admirable ciclo de catequesis que el siervo de Dios Juan Pablo II dedicó a este tema, a partir de una exégesis muy profunda de este texto bíblico? Hoy, proponiéndonoslo precisamente en la apertura del Sínodo, la liturgia nos ofrece la luz sobrealabundante de la verdad revelada y encarnada de Cristo, con la cual se puede considerar la compleja temática del matrimonio en el contexto africano eclesial y social. Pero también con respecto a este punto deseo recordar brevemente una idea que precede a toda reflexión e indicación de tipo moral, y que enlaza de nuevo con el primado del sentido de lo sagrado y de Dios. El matrimonio, como la Biblia lo presenta, no existe fuera de la relación con Dios. La vida conyugal entre el hombre y la mujer, y por lo tanto, de la familia que de ella se genera, está inscrita en la comunión con Dios y, a la luz del Nuevo Testamento, se transforma en imagen del Amor trinitario y sacramento de la unión de Cristo con la Iglesia. En la medida en que custodia y desarrolla su fe, África hallará inmensos recursos para dar en beneficio de la familia fundada en el matrimonio.

Incluyendo en el pasaje evangélico también el texto sobre Jesús y los niños (*Mc* 10, 13-15), la liturgia nos invita a tener presente desde ahora, en nuestra solicitud pastoral, la realidad de la infancia, que constituye una parte grande y, por desgracia, doliente de la población africana. En la escena de Jesús que acoge a los niños, oponiéndose con desdén a los discípulos mismos que querían alejarlos, vemos la imagen de la Iglesia que en África, y en cualquier otra parte de la tierra, manifiesta su maternidad sobre todo hacia los más pequeños, también cuando no han nacido aún. Como el Señor Jesús, la Iglesia no ve en ellos principalmente destinatarios de asistencia, y todavía menos de pietismo o de instrumentalización, sino a personas de pleno derecho, cuyo modo de ser indica el camino real para entrar en el reino de Dios, es decir, el de abandonarse sin condiciones a su amor.

Queridos hermanos, estas indicaciones provenientes de la Palabra de Dios se insertan en el amplio horizonte de la Asamblea sinodal que hoy comienza, y que se enlaza con la dedicada anteriormente al continente africano, cuyos frutos fueron presentados por el Papa, Juan Pablo II, de venerada memoria, en la exhortación apostólica *Ecclesia in Africa*. Sigue siendo naturalmente válida y actual la tarea primaria de la evangelización, es más, de una nueva evangelización que tenga en cuenta los rápidos cambios sociales de nuestra época y el fenómeno de la globalización mundial. Lo mismo se debe decir de la decisión pastoral de

edificar la Iglesia como familia de Dios (cf. *ib.*, 63). En esta gran estela se sitúa la segunda Asamblea, cuyo tema es: “La Iglesia en África al servicio de la reconciliación, de la justicia y de la paz. “Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo” (*Mt* 5, 13.14)”. En los últimos años la Iglesia católica en África, ha conocido un gran dinamismo, y la Asamblea sinodal es ocasión para dar gracias al Señor por ello. Y puesto que el crecimiento de la comunidad eclesial en todos los campos implica también desafíos *ad intra* y *ad extra*, el Sínodo es un momento propicio para replantearse la actividad pastoral y renovar el impulso de evangelización. Para ser luz del mundo y sal de la tierra hay que aspirar siempre a la “medida elevada” de la vida cristiana, es decir, a la santidad. Los pastores y todos los miembros de la comunidad eclesial están llamados a ser santos; los fieles laicos están llamados a difundir el buen olor de la santidad en la familia, en los lugares de trabajo, en la escuela y en cualquier otro ámbito social y político. Que la Iglesia en África sea siempre una familia de auténticos discípulos de Cristo, donde la diferencia entre etnias se convierta en motivo y estímulo para un recíproco enriquecimiento humano y espiritual.

Con su obra de evangelización y promoción humana, la Iglesia puede ciertamente aportar en África una gran contribución para toda la sociedad, que lamentablemente conoce en varios países pobreza, injusticias, violencias y guerras. La Iglesia, comunidad de

personas reconciliadas con Dios y entre sí, tiene la vocación de ser profecía y fermento de reconciliación entre los distintos grupos étnicos, lingüísticos y también religiosos, dentro de cada una de las naciones y en todo el continente. La reconciliación, don de Dios que los hombres deben implorar y acoger, es fundamento estable para construir la paz, condición indispensable del auténtico progreso de los hombres y de la sociedad, según el proyecto de justicia querido por Dios. Así, África, abierta a la gracia redentora del Señor resucitado, será iluminada cada vez más por su luz y, dejándose guiar por el Espíritu Santo, se convertirá en una bendición para la Iglesia universal, aportando su propia y cualificada contribución a la edificación de un mundo más justo y fraterno.

Queridos padres sinodales, gracias por la aportación que cada uno de vosotros dará a los trabajos de las próximas semanas, que serán para nosotros una renovada experiencia de comunión fraterna que redundará en beneficio de toda la Iglesia, especialmente en el contexto de este Año sacerdotal. Y a vosotros, queridos hermanos y hermanas, os ruego que nos acompañéis con vuestra oración. Lo pido a los presentes; lo pido a los monasterios de clausura y a las comunidades religiosas extendidas en África y en todas las partes del mundo, a las parroquias y a los movimientos, a los enfermos y a los que sufren: pido a todos que recéis para que el Señor haga fructífera esta segunda Asamblea especial para África del Sínodo de los obispos. Invocamos

sobre ella la protección de san Francisco de Asís, a quien hoy recordamos, de todos los santos y santas africanos y, de manera especial, de la santísima Virgen María, Madre de la Iglesia y Nuestra Señora de África. Amén.

*Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la Capilla Papal para la
Canonización de Beatos*

SEGISMUNDO FÉLIX FELIŃSKI
(1822 – 1895)

FRANCISCO COLL Y GUITART
(1812 – 1875)

JOSÉ DAMIÁN DE VEUSTER
(1840 – 1889)

RAFAEL ARNÁIZ BARÓN
(1911 – 1938)

**MARÍA DE LA CRUZ (JUANA)
JUGAN (1792 – 1879)**

*Basilica de San Pedro. Domingo, 11
de octubre de 2009*

Queridos hermanos y hermanas:

“¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?”. Con esta pregunta comienza el breve diálogo, que hemos oído en la página evangélica, entre una persona, identificada en otro pasaje como el joven rico, y Jesús (cf. *Mc* 10, 17-30). No conocemos muchos deta-

lles sobre este anónimo personaje; sin embargo, con los pocos rasgos logramos percibir su deseo sincero de alcanzar la vida eterna llevando una existencia terrena honesta y virtuosa. De hecho, conoce los mandamientos y los cumple fielmente desde su juventud. Pero todo esto, que ciertamente es importante, no basta -dice Jesús-; falta sólo una cosa, pero es algo esencial. Viendo entonces que tenía buena disposición, el divino Maestro lo mira con amor y le propone el salto de calidad, lo llama al heroísmo de la santidad, le pide que lo deje todo para seguirlo: “Vende todo lo que tienes y dalo a los pobres... ¡y ven y sígueme!” (v. 21).

“¡Ven y sígueme!”. He aquí la vocación cristiana que surge de una propuesta de amor del Señor, y que sólo puede realizarse gracias a una respuesta nuestra de amor. Jesús invita a sus discípulos a la entrega total de su vida, sin cálculo ni interés humano, con una confianza sin reservas en Dios. Los santos aceptan esta exigente invitación y emprenden, con humilde docilidad, el seguimiento de Cristo crucificado y resucitado. Su perfección, en la lógica de la fe, a veces humanamente incomprendible, consiste en no ponerse ya ellos mismos en el centro, sino en optar por ir a contracorriente viviendo según el Evangelio. Así hicieron los cinco santos que hoy, con gran alegría, se presentan a la veneración de la Iglesia universal: *Segismundo Félix Felinski, Francisco Coll y Guitart, José Damían de Veuster, Rafael Arnáiz Barón y Ma-*

ría de la Cruz (Juana) Jugan. En ellos, contemplamos realizadas las palabras del apóstol san Pedro: “Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido” (v. 28) y la consoladora confirmación de Jesús: “Nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o hacienda por mí y por el Evangelio, quedará sin recibir el ciento por uno: ahora al presente..., con persecuciones, y en el mundo venidero, vida eterna” (vv. 29-30).

Segismundo Félix Felinski, arzobispo de Varsovia, fundador de la congregación de las Franciscanas de la Familia de María, fue un gran testigo de la fe y de la caridad pastoral en tiempos muy difíciles para la nación y para la Iglesia en Polonia. Se preocupó con celo del crecimiento espiritual de los fieles; ayudaba a los pobres y a los huérfanos. En la Academia eclesiástica de San Petersburgo, cuidó una sólida formación de los sacerdotes. Como arzobispo de Varsovia impulsó a todos hacia una renovación interior. Antes de la insurrección de enero de 1863 contra la anexión rusa, alertó al pueblo del inútil derramamiento de sangre. Pero cuando estalló la sublevación y se desencadenaron las represiones, defendió valientemente a los oprimidos. Por orden del zar ruso pasó veinte años de destierro en Jaroslavl, junto al Volga, sin poder regresar jamás a su diócesis. En toda situación, conservó una confianza inquebrantable en la Divina Providencia, y oraba así: “Oh Dios, protégenos no de las tribulaciones y de las preocupa-

ciones de este mundo... Sólo multiplica el amor en nuestro corazón y haz que, con la humildad más profunda, mantengamos la infinita confianza en tu ayuda y en tu misericordia”. Hoy, su entrega a Dios y a los hombres, llena de confianza y de amor, se convierte en un luminoso ejemplo para toda la Iglesia.

San Pablo nos recuerda en la segunda lectura que “la Palabra de Dios es viva y eficaz” (*Hb* 4, 12). En ella, el Padre, que está en el cielo, conversa amorosamente con sus hijos de todos los tiempos (cf. *Dei Verbum*, 21), dándoles a conocer su infinito amor y, de este modo, alentarlos, consolarlos y ofrecerles su designio de salvación para la humanidad y para cada persona. Consciente de ello, san Francisco Coll se dedicó con ahínco a propagarla, cumpliendo así fielmente su vocación en la Orden de Predicadores, en la que profesó. Su pasión fue predicar, en gran parte, de manera itinerante y siguiendo la forma de “misiones populares”, con el fin de anunciar y reavivar por pueblos y ciudades de Cataluña la Palabra de Dios, ayudando así a las gentes al encuentro profundo con él. Un encuentro que lleva a la conversión del corazón, a recibir con gozo la gracia divina y a mantener un diálogo constante con nuestro Señor mediante la oración. Por eso, su actividad evangelizadora incluía una gran entrega al sacramento de la Reconciliación, un énfasis destacado en la Eucaristía y una insistencia constante en la oración. Francisco Coll llegaba al

corazón de los demás porque transmitía lo que él mismo vivía con pasión en su interior, lo que ardía en su corazón: el amor de Cristo, su entrega a él. Para que la semilla de la Palabra de Dios encontrara buena tierra, Francisco fundó la congregación de las Hermanas Dominicas de la Anunciata, con el fin de dar una educación integral a niños y jóvenes, de modo que pudieran ir descubriendo la riqueza insondable que es Cristo, ese amigo fiel que nunca nos abandona ni se cansa de estar a nuestro lado, animando nuestra esperanza con su Palabra de vida.

José De Veuster, que en la congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María recibió el nombre de Damián, a la edad de 23 años, en 1863 dejó su tierra natal, Flandes, para anunciar el Evangelio en el otro lado del mundo, en las islas Hawai. Su actividad misionera, que le dio tanta alegría, llegó a su cima en la caridad. No sin miedo ni repugnancia, eligió ir a la isla de Molokai al servicio de los leprosos que allí se encontraban, abandonados de todos; así se expuso a la enfermedad que padecían. Con ellos, se sintió en casa. El servidor de la Palabra se convirtió de esta forma en un servidor sufriente, leproso con los leprosos, durante los últimos cuatro años de su vida. Por seguir a Cristo, el padre Damián no sólo dejó su patria, sino que también arriesgó la salud: por ello -como dice la palabra de Jesús que se nos ha proclamado en el Evangelio de hoy- recibió la vida eterna (cf. *Mc* 10, 30).

En este vigésimo aniversario de la canonización de otro santo belga, el hermano Muciano María, la Iglesia en Bélgica se ha reunido una vez más para dar gracias a Dios por uno de sus hijos, reconocido como un auténtico servidor de Dios. Ante esta noble figura, recordamos que la caridad es la que realiza la unidad: la genera y la hace deseable. Siguiendo a san Pablo, san Damián nos lleva a elegir los buenos combates (cf. *1 Tm* 1, 18), no los que conducen a la división, sino los que reúnen. Nos invita a abrir los ojos a las lepras que desfiguran la humanidad de nuestros hermanos y piden, todavía hoy, más que nuestra generosidad, la caridad de nuestra presencia de servidores.

A la figura del joven que presenta a Jesús sus deseos de ser algo más que un buen cumplidor de los deberes que impone la ley, volviendo al Evangelio de hoy, hace de contraluz el hermano Rafael, hoy canonizado, fallecido a los veintisiete años como Oblato en la trapa de San Isidro de Dueñas. También él era de familia acomodada y, como él mismo dice, de “alma un poco soñadora”, pero cuyos sueños no se desvanecen ante el apego a los bienes materiales y a otras metas que la vida del mundo propone a veces con gran insistencia. Él dijo sí a la propuesta de seguir a Jesús, de manera inmediata y decidida, sin límites ni condiciones. De este modo, inició un camino que, desde aquel momento en que se dio cuenta en el monasterio de que “no sabía rezar”, le llevó en pocos años a

las cumbres de la vida espiritual, que él relata con gran llaneza y naturalidad en numerosos escritos. El hermano Rafael, aún cercano a nosotros, nos sigue ofreciendo con su ejemplo y sus obras un recorrido atractivo, especialmente para los jóvenes que no se conforman con poco, sino que aspiran a la plena verdad, a la más indecible alegría, que se alcanzan por el amor de Dios. “Vida de amor... He aquí la única razón de vivir”, dice el nuevo santo. E insiste: “Del amor de Dios sale todo”. Que el Señor escuche benigno una de las últimas plegarias de san Rafael Arnáiz, cuando le entregaba toda su vida, suplicando: “Tómame a mí y date tú al mundo”. Que se dé para reanimar la vida interior de los cristianos de hoy. Que se dé para que sus hermanos de la trapa y los centros monásticos sigan siendo ese faro que hace descubrir el íntimo anhelo de Dios que él ha puesto en cada corazón humano.

Con su admirable obra al servicio de las personas ancianas más necesitadas, santa María de la Cruz es, a su vez, un faro para guiar nuestras sociedades, que deben redescubrir siempre el lugar y la contribución única de este período de la vida. Nacida en 1792 en Cancale, en Bretaña, Juana Jugan se preocupó de la dignidad de sus hermanos y hermanas en la humanidad que la edad hacía vulnerables, reconociendo en ellos la persona misma de Cristo. “Mirad al pobre con compasión -decía- y Jesús os mirará con bondad en vuestro último día”. Esta mirada compasiva a las personas ancianas,

que procedía de su profunda comunión con Dios, Juana Jugan la mostró en su servicio alegre y desinteresado, ejercido con dulzura y humildad de corazón, deseando ser ella misma pobre entre los pobres. Juana vivió el misterio de amor aceptando, con paz, la oscuridad y el expolio hasta su muerte. Su carisma es siempre actual, pues muchas personas ancianas sufren múltiples pobreza y soledad, a veces, incluso abandonadas por sus familias. El espíritu de hospitalidad y de amor fraterno, fundado en una confianza ilimitada en la Providencia, cuya fuente Juana Jugan encontraba en las Bienaventuranzas, iluminó toda su existencia. Este impulso evangelizador prosigue hoy en todo el mundo en la congregación de las Hermanitas de los Pobres, que fundó y que, siguiendo su ejemplo, da testimonio de la misericordia de Dios y del amor compasivo del Corazón de Jesús por los más pequeños. Que santa Juana Jugan sea para las per-

sonas ancianas una fuente viva de esperanza y para cuantos se ponen generosamente a su servicio un fuerte estímulo para proseguir y desarrollar su obra.

Queridos hermanos y hermanas, demos gracias al Señor por el don de la santidad que hoy resplandece en la Iglesia con singular belleza. A la vez que os saludo con afecto a cada uno -cardenales, obispos, autoridades civiles y militares, sacerdotes, religiosos y religiosas, fieles laicos de diversas nacionalidades que participáis en esta solemne celebración eucarística-, deseo dirigir a todos la invitación a dejarse atraer por los ejemplos luminosos de estos santos, a dejarse guiar por sus enseñanzas a fin de que toda nuestra vida se convierta en un canto de alabanza al amor de Dios. Que nos obtenga esta gracia su celestial intercesión y, sobre todo, la protección maternal de María, Reina de los santos y Madre de la humanidad. Amén.

MENSAJES

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
al Card. Walter Kasper, Presidente
del Consejo Pontificio para la
Promoción de la Unidad de los
Cristianos, con ocasión de un
simposio intercristiano***

Al venerado hermano cardenal, Walter Kasper, presidente del Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos

A través de usted, venerado hermano, en calidad de presidente del Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos, tengo el placer y la alegría de enviar un saludo afectuoso, con mis mejores deseos, a los organizadores y a los participantes en el XI simposio intercristiano, promovido por el Instituto franciscano de espiritualidad de la Pontificia Universidad

Antonianum y por la Facultad teológica ortodoxa de la Universidad *Aristóteles* de Tesalónica, que tendrá lugar en Roma del 3 al 5 de septiembre.

Me alegro ante todo por esta iniciativa de encuentro fraterno y confrontación sobre los aspectos comunes de la espiritualidad, que es linfa benéfica para una relación más amplia entre católicos y ortodoxos. Efectivamente, estos simposios, iniciados en 1992, afrontan temas importantes y constructivos para la comprensión recíproca y la unidad de propósitos. El hecho de que los encuentros se celebren alternativamente en un territorio de mayoría católica u ortodoxa permite además un contacto real con la vida concreta, histórica, cultural y religiosa de nuestras Iglesias.

Este año, en particular, habéis querido organizar el simposio en Roma, ciudad que ofrece a todos los cristianos testimonios indelebles de historia, arqueología, iconografía, hagiografía y espiritualidad. Fuerte estímulo a avanzar hacia la plena comunión es sobre todo la memoria de los Apóstoles Pedro y Pablo, *Protòthroni*, y de tantos mártires, testigos antiquísimos de la fe. San Clemente Romano escribe de ellos que “sufriendo (...) muchos ultrajes y tormentos, fueron un ejemplo bellissimo para nosotros” (cf. *Carta a los Corintios*, VI, 1).

El tema elegido para el próximo encuentro: “San Agustín en la tradición occidental y oriental” -tema que

se pretende desarrollar en colaboración con el Instituto patrístico *Augustinianum*- resulta muy interesante para profundizar la teología y la espiritualidad cristiana en Occidente y en Oriente, y su desarrollo. El santo de Hipona, un gran Padre de la Iglesia latina, reviste en efecto una importancia fundamental para la teología y para la misma cultura de Occidente, mientras que la recepción de su pensamiento en la teología ortodoxa se ha revelado más bien problemática. Por eso, conocer con objetividad histórica y cordialidad fraterna las riquezas doctrinales y espirituales que constituyen el patrimonio del Oriente y del Occidente cristiano, resulta indispensable no sólo para valorarlas, sino también para promover un aprecio recíproco mayor entre todos los cristianos. Así pues, manifiesto el cordial deseo de que vuestro simposio sea fructuoso y muy provechoso para descubrir convergencias doctrinales y espirituales útiles para construir juntos la ciudad de Dios, en la que sus hijos puedan vivir en paz y en caridad fraterna, fundadas en la verdad de la fe común. Para tal fin aseguro mi oración, pidiendo al Señor que bendiga a los organizadores y a las instituciones que representan, a los relatores católicos y ortodoxos, y a todos los participantes.

Que la gracia y la paz del Señor estén en vuestro corazón y en vuestra mente.

Castelgandolfo, 28 de agosto de 2009

Mensaje del Papa, Benedicto XVI, a través de videomensaje, al retiro sacerdotal internacional que se celebró en Ars (27 de septiembre - 3 de octubre)

Lunes 28 de septiembre de 2009

Queridos hermanos en el sacerdocio:

Como podéis imaginar fácilmente, me habría sentido muy feliz de poder estar con vosotros en este retiro sacerdotal internacional sobre el tema: “La alegría del sacerdote consagrado para la salvación del mundo”. Estáis participando en gran número y os beneficiáis de las enseñanzas del cardenal Christoph Schönborn. Lo saludo cordialmente, así como a los demás predicadores y al obispo de Belley-Ars, monseñor Guy-Marie Bagnard. Debo contentarme con dirigiros este mensaje grabado, pero -creedme- con estas pocas palabras, os hablo a cada uno de vosotros de la manera más personal posible, pues, como dice san Pablo: “Os llevo en el corazón, partícipes como sois de mi gracia” (*Flp* 1, 7).

San Juan María Vianney subrayaba el papel indispensable del sacerdote, cuando decía: “Un buen pastor, un pastor según el Corazón de Dios, es el tesoro más grande que el buen Dios puede conceder a una parroquia, y uno de los dones más preciosos de la misericordia divina” (*Le curé d’Ars. Pensées*, presentados por el abad Bernard Nodet, ed. Desclée de Brouwer, Foi

Vivante 2000, p. 101). En este *Año sacerdotal*, todos estamos llamados a explorar y redescubrir la grandeza del sacramento que nos ha configurado para siempre a Cristo sumo Sacerdote y nos ha “santificado en la verdad” (*Jn* 17, 19) a todos.

Elegido de entre los hombres, el sacerdote sigue siendo uno de ellos y está llamado a servirles entregándoles la vida de Dios. Es él quien “continúa la obra de la redención en la tierra” (Nodet, p. 98). Nuestra vocación sacerdotal es un tesoro que llevamos en vasijas de barro (cf. *2 Co* 4, 7). San Pablo expresó felizmente la infinita distancia que existe entre nuestra vocación y la pobreza de las respuestas que podemos dar a Dios. Desde este punto de vista existe un vínculo secreto que une el Año paulino y el Año sacerdotal. Todavía conservamos en lo más íntimo de nuestro corazón la exclamación conmovedora y confiada del Apóstol, que dice: “Cuando soy débil, entonces es cuando soy fuerte” (*2 Co* 12, 10). La conciencia de esta debilidad abre a la intimidad de Dios, que da fuerza y alegría. Cuanto más persevera el sacerdote en la amistad de Dios, tanto más continuará la obra del Redentor en la tierra (cf. Nodet, p. 98). El sacerdote ya no vive para sí mismo, sino para todos (cf. Nodet, p. 100).

Éste es precisamente uno de los mayores desafíos de nuestro tiempo. El sacerdote, ciertamente hombre de la Palabra divina y de lo sagrado, debe ser

hoy más que nunca hombre de alegría y de esperanza. A los hombres que ya no pueden concebir que Dios sea Amor puro, él dirá siempre que la vida vale la pena vivirla, y que Cristo le da todo su sentido porque ama a los hombres, a todos los hombres. La religión del cura de Ars es una religión de la felicidad, no una búsqueda morbosa de la mortificación, como a veces se ha creído: “Nuestra felicidad es demasiado grande; no, no, nunca podremos comprenderlo” (Nodet, p. 110), decía, y también: “Cuando estamos en camino y divisamos un campanario, esta vista debe hacer latir nuestro corazón como la vista de la casa donde habita su amado hace latir el corazón de la esposa” (*ib.*).

Aquí quiero saludar con un afecto particular a aquéllos de vosotros que tienen el encargo pastoral de varias iglesias y que se prodigan sin escatimar esfuerzos para mantener la vida sacramental en sus diferentes comunidades. El reconocimiento de la Iglesia hacia todos vosotros es inmenso. No os desalentéis, sino seguid rezando y haciendo rezar para que numerosos jóvenes acepten responder a la llamada de Cristo, que no deja de querer que aumente el número de sus apóstoles para segar sus campos.

Queridos sacerdotes, pensad también en la gran diversidad de los ministerios que ejercéis al servicio de la Iglesia. Pensad en el gran número de misas que habéis celebrado o celebráis, haciendo cada vez realmente pre-

sente a Cristo sobre el altar. Pensad en las innumerables absoluciones que habéis dado y que daréis, permitiendo a un pecador dejarse redimir. Entonces percibís la fecundidad infinita del sacramento del Orden. Vuestras manos, vuestros labios, se han convertido, por un instante, en las manos y los labios de Dios. Lleváis a Cristo en vosotros; por gracia habéis entrado en la Santísima Trinidad. Como decía el santo cura: “Si se tuviera fe, se vería a Dios escondido en el sacerdote como una luz detrás de un cristal, como un vino mezclado con agua” (Nodet, p. 97). Esta consideración debe llevar a armonizar las relaciones entre los sacerdotes con el fin de realizar la comunidad sacerdotal a la que exhortaba san Pedro (cf. *1 P 2, 9*) para construir el cuerpo de Cristo y edificaros en el amor (cf. *Ef 4, 11-16*).

El sacerdote es el hombre del futuro: es aquél que se ha tomado en serio las palabras de san Pablo: “Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba” (*Col 3, 1*). Lo que hace en la tierra forma parte de los medios ordenados al Fin último. La misa es el único punto de unión entre los medios y el Fin, pues nos permite contemplar ya, bajo las humildes especies del pan y del vino, el Cuerpo y la Sangre de Aquél a quien adoraremos en la eternidad. Las frases sencillas y densas del santo cura sobre la Eucaristía nos ayudan a percibir mejor la riqueza de este momento único de la jornada en el que vivimos un cara a cara vivificante para

nosotros mismos y para cada uno de los fieles. “La felicidad que hay en decir la misa -escribió- sólo se comprenderá en el cielo” (Nodet, p. 104). Por eso, os animo a reforzar vuestra fe y la de los fieles en el Sacramento que celebráis y que es la fuente de la verdadera alegría. El santo de Ars escribió: “El sacerdote debe sentir la misma alegría (de los Apóstoles) al ver a nuestro Señor, al que tiene entre las manos” (*ib.*).

Agradeciéndoos lo que sois y lo que hacéis, os repito: “Nada sustituirá jamás el ministerio de los sacerdotes en la vida de la Iglesia” (*Homilía* durante la misa del 13 de septiembre de 2008 en la Explanada de los Inválidos, en París: *L’Osservatore Romano*, edición en

lengua española, 19 de septiembre de 2008, p. 11). Testigos vivos del poder de Dios que actúa en la debilidad de los hombres, consagrados para la salvación del mundo, habéis sido elegidos, mis queridos hermanos, por Cristo mismo para ser, gracias a él, sal de la tierra y luz del mundo. Os deseo que, durante este retiro espiritual, experimentéis de modo profundo al Íntimo inenarrable (san Agustín, *Confesiones*, III, 6, 11) para estar perfectamente unidos a Cristo a fin de anunciar su amor a vuestro alrededor y de entregaros totalmente al servicio de la santificación de todos los miembros del pueblo de Dios. Encomendándoos a la Virgen María, Madre de Cristo y de los sacerdotes, os imparto a todos mi bendición apostólica.

VIAJES APOSTÓLICOS - VIAJE APOSTÓLICO A LA REPÚBLICA CHECA (26-28 DE SEPTIEMBRE DE 2009)

Encuentro del Papa, Benedicto XVI, con los periodistas durante el vuelo hacia la República Checa

Sábado, 26 de septiembre de 2009.

Primera pregunta: *Como usted dijo en el Ángelus del domingo pasado, la República Checa se encuentra, no sólo geográficamente, sino también históricamente en el corazón de Europa. ¿Quiere explicarnos mejor este “históricamente”, y decirnos cómo y por qué piensa que esta visita puede ser significativa para el con-*

tinente en su conjunto, en su camino cultural, espiritual y quizá también político, de construcción de la Unión Europea?

R. – En todos los siglos, la República Checa, el territorio de la República Checa, ha sido lugar de encuentro de culturas. Comencemos por el siglo IX: por una parte, en Moravia, tenemos la gran misión de los hermanos Cirilo y Metodio, que de Bizancio traen la cultura bizantina, pero crean una cultura eslava, con los caracteres cirílicos y con una liturgia en lengua eslava; por otra

parte, en Bohemia, las diócesis vecinas de Ratisbona y Passau llevan el Evangelio en latín, y gracias a los lazos con la cultura romano-latina, se encuentran así las dos culturas. Todo encuentro es difícil, pero también fecundo. Se podría mostrar fácilmente con este ejemplo. Doy un gran salto: en el siglo XIV Carlos IV crea aquí, en Praga, la primera universidad del centro de Europa. La universidad es de por sí un lugar de encuentro de culturas; en este caso, se convierte además en un lugar de encuentro entre la cultura eslava y la de lengua alemana. Al igual que en el siglo y en los tiempos de la Reforma, precisamente en este territorio, los encuentros y enfrentamientos se vuelven fuertes y duros, como todos sabemos.

Doy ahora un salto hasta nuestro presente: en el siglo pasado, la República Checa sufrió bajo una dictadura comunista particularmente rigurosa, pero también tuvo una resistencia, tanto católica como laica, muy notable. Pienso en los escritos de Václav Havel, del cardenal Vlk; en personalidades como el cardenal Tomášek, que realmente han transmitido a Europa un mensaje de lo que es la libertad y de cómo debemos vivir y trabajar en la libertad. Y pienso que de este encuentro de culturas a lo largo de los siglos, y precisamente de esta última fase de reflexión, y no sólo, sino también de sufrimiento por un concepto nuevo de libertad y de sociedad libre, proceden muchos mensajes importantes para nosotros, que pueden y deben ser fecun-

dos para la construcción de Europa. Debemos estar muy atentos al mensaje de este país.

P. – *Han pasado veinte años desde la caída de los regímenes comunistas en el este de Europa; Juan Pablo II, al visitar los diferentes países que salían del comunismo, los alentaba a utilizar con responsabilidad la libertad recobrada. ¿Cuál es hoy su mensaje para los pueblos de Europa oriental en esta nueva fase histórica?*

R. – Como decía, estos países sufrieron particularmente bajo la dictadura, pero en el sufrimiento también maduraron conceptos de libertad que son actuales y que ahora deben seguir siendo elaborados y realizados. Pienso, por ejemplo, en un texto de Václav Havel, que dice: “La dictadura se basa en la mentira y si se superara la mentira, si nadie mintiera ya y si saliera a la luz la verdad, también habría libertad”. De este modo elaboró este nexo entre verdad y libertad, en el que la libertad no es libertinaje, arbitrariedad, sino que está unida y condicionada por los grandes valores de la verdad, el amor, la solidaridad y el bien en general. Creo que estos conceptos, estas ideas maduras en el tiempo de la dictadura no deben perderse: ahora debemos volver a reflexionar sobre ellos. Ante la libertad, a menudo algo vacía y sin valores, hay que reconocer nuevamente que libertad y valores, libertad y bien, libertad y verdad, van juntos; de lo contrario, se destruye también la libertad. Me parece que este es el mensaje que viene de

estos países y que debe actualizarse en este momento.

P. – *Santidad, la República Checa es un país sumamente secularizado en el que la Iglesia católica es una minoría. En esta situación, ¿cómo puede contribuir eficazmente la Iglesia al bien común del país?*

R. – Yo diría que normalmente son las minorías creativas las que determinan el futuro y, en este sentido, la Iglesia católica debe comprenderse como minoría creativa que tiene una herencia de valores que no son algo del pasado, sino una realidad muy viva y actual. La Iglesia debe actualizar, estar presente en el debate público, en nuestra lucha por un auténtico concepto de libertad y de paz. Así puede contribuir en diferentes sectores. Yo diría que el primero es precisamente el diálogo intelectual entre agnósticos y creyentes. Ambos se necesitan mutuamente: el agnóstico no puede estar contento sin saber si Dios existe o no, debe estar en búsqueda y percibir la gran herencia de la fe; el católico no puede contentarse con tener fe, debe estar en búsqueda de Dios, más aún, en el diálogo con los demás debe volver a conocer a Dios de manera más profunda. Éste es el primer nivel: el gran diálogo intelectual, ético y humano. Luego, en el sector educativo, la Iglesia tiene mucho que hacer y que dar, en lo que se refiere a la formación. En Italia, hablamos del problema de la emergencia educativa. Es un problema común a todo Occi-

dente: aquí, de nuevo, la Iglesia tiene que actualizar, concretar, abrir su gran herencia al futuro. Un tercer sector es la *Cáritas*. La Iglesia siempre ha tenido como signo de su identidad salir en ayuda de los pobres, ser instrumento de la caridad. La *Cáritas* en la República Checa hace muchísimo en las diferentes comunidades, en las situaciones de necesidad, y ofrece mucho también a la humanidad que sufre en los distintos continentes, dando así un ejemplo de responsabilidad para los demás, de solidaridad internacional, que es también condición de la paz.

P. – *Santidad, su última encíclica “Caritas in veritate” ha tenido un amplio eco en el mundo. ¿Cómo evalúa este eco? ¿Ha quedado satisfecho? ¿Piensa que la crisis mundial reciente es efectivamente una oportunidad para que la humanidad esté más dispuesta a reflexionar sobre la importancia de los valores morales y espirituales, a afrontar los grandes problemas de su futuro? La Iglesia, ¿seguirá ofreciendo orientaciones en este sentido?*

R. – Estoy muy contento de este gran debate. Éste era precisamente el objetivo: incentivar y motivar un debate sobre estos problemas, no dejar que las cosas siguieran como estaban, sino encontrar nuevos modelos para una economía responsable, tanto en los diferentes países, como para toda la humanidad unificada. Me parece que hoy se puede constatar que la ética no es algo *exterior* a la economía, la cual como una técnica podría funcionar

por sí misma, sino que es un principio *interior* de la economía, la cual no funciona si no tiene en cuenta los valores humanos de la solidaridad, las responsabilidades recíprocas, y si no integra la ética en la construcción de la economía misma: es el gran desafío de este momento. Espero haber contribuido con la encíclica a afrontar este desafío. El debate actual me parece alentador. Ciertamente, queremos seguir respondiendo a los desafíos actuales y ayudando para que el sentido de responsabilidad sea más fuerte que la voluntad de lucro, que la responsabilidad respecto a los demás sea más fuerte que el egoísmo; en este sentido, queremos contribuir a una economía humana también en el futuro.

P. – *Y para concluir, una pregunta algo más personal: en verano, usted sufrió un pequeño accidente en la muñeca. ¿Lo ha superado totalmente? ¿Ha podido reanudar plenamente su actividad y ha podido trabajar también en la segunda parte de su libro sobre Jesús, como deseaba?*

R. – Todavía no está totalmente superado, pero, como podéis ver, uso la mano derecha y puedo hacer lo esencial: puedo comer y, sobre todo, puedo escribir. Mi pensamiento se desarrolla sobre todo escribiendo; por este motivo, para mí ha sido realmente un sufrimiento, una escuela de paciencia, no poder escribir durante seis semanas. De todos modos, he podido trabajar, leer y hacer otras cosas, y he podido

avanzar algo en el libro. Pero aún me queda mucho por hacer. Creo que, con la bibliografía y todo lo que queda podría terminarlo *-Deo adiuvante-* en la próxima primavera. ¡Pero se trata de una esperanza!

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la ceremonia de bienvenida

Aeropuerto internacional Stará Ruzyně – Praga. Sábado, 26 de septiembre de 2009.

Señor presidente; señores cardenales; queridos hermanos en el episcopado; excelencias; señoras y señores:

Es para mí una gran alegría estar hoy aquí, con vosotros, en la República Checa y estoy profundamente agradecido a todos por la cordialidad de vuestra bienvenida. Doy las gracias al presidente, Václav Klaus, por la invitación que me hizo para visitar el país y por sus cordiales palabras. Me honra la presencia de las autoridades civiles y políticas, a quienes extiendo mi saludo, junto a todo el pueblo checo. Al estar aquí, en primer lugar, para visitar a las comunidades católicas de Bohemia y Moravia, expreso un saludo cordial y fraterno al cardenal Vlk, arzobispo de Praga; a monseñor Graubner, arzobispo de Olomouc y presidente de la Conferencia episcopal checa, y a todos los obispos y fieles presentes. Me ha impresionado particularmente el ges-

to de la joven pareja que me ha traído dones típicos de la cultura de esta nación, junto a la ofrenda de un poco de vuestra tierra. Ello me recuerda cuán profundamente está impregnada del cristianismo la cultura checa, pues estos elementos del pan y de la sal tienen un significado especial entre las imágenes del Nuevo Testamento.

Si toda la cultura europea ha sido plasmada profundamente por la herencia cristiana, esto es verdad especialmente en las tierras checas, porque, gracias a la acción misionera de san Cirilo y san Metodio en el siglo IX, la antigua lengua eslava se puso por primera vez por escrito. Apóstoles de los pueblos eslavos y fundadores de su cultura, con razón se los venera como patronos de Europa. Y además es digno de mención el hecho de que estos dos grandes santos de la tradición bizantina encontraron aquí misioneros procedentes del Occidente latino.

En su historia, este territorio situado en el corazón del continente europeo, en la encrucijada de norte y sur, este y oeste, ha sido un punto de encuentro de pueblos, tradiciones y culturas diversos. No se puede negar que ello ha causado a veces fricciones; sin embargo, a largo plazo se ha revelado un encuentro fructífero. De aquí el significativo papel que las tierras checas han desempeñado en la historia intelectual, cultural y religiosa de Europa, a veces como un campo de batalla, con mayor frecuencia como un puente.

En los próximos meses, se recordará el vigésimo aniversario de la “Revolución de terciopelo”, que felizmente puso fin, de manera pacífica, a una época particularmente dura para este país, una época en la que la circulación de ideas y de movimientos culturales estaba severamente controlada. Me uno a vosotros y a vuestros vecinos en la acción de gracias por vuestra liberación de aquellos regímenes opresivos. Si la caída del muro de Berlín marcó una divisoria en la historia mundial, esto es aún más cierto para los países de Europa central y oriental, a los que permitió asumir el lugar que les corresponde en el concierto de las naciones, en calidad de actores soberanos.

Sin embargo, no se debe subestimar el coste de cuarenta años de represión política. Una tragedia particular para esta tierra fue el intento despiadado por parte del Gobierno de aquel tiempo de silenciar la voz de la Iglesia. En el curso de vuestra historia, desde el tiempo de san Wenceslao, santa Ludmila y san Adalberto, hasta el de san Juan Nepomuceno, ha habido mártires valientes cuya fidelidad a Cristo se hizo oír con voz más clara y elocuente que la de sus asesinos. Este año se recuerda el cuadragésimo aniversario de la muerte del siervo de Dios, cardenal Josef Beran, arzobispo de Praga. Deseo rendirle homenaje a él y a su sucesor, el cardenal Frantisek Tomásek, a quien tuve el privilegio de conocer personalmente, por su indómito testimonio cristiano ante la persecución. Ellos, y otros innume-

rables y valientes sacerdotes, religiosos y laicos, hombres y mujeres, mantuvieron viva la llama de la fe en este país. Ahora que se ha recuperado la libertad religiosa hago un llamamiento a todos los ciudadanos de esta República, a fin de que redescubran las tradiciones cristianas que han plasmado su cultura y exhorto a la comunidad cristiana a seguir haciendo oír su voz mientras la nación afronta los desafíos del nuevo milenio. “Sin Dios, el hombre no sabe adónde ir ni tampoco logra entender quién es” (*Caritas in veritate*, 78). La verdad del Evangelio es indispensable para una sociedad próspera, porque nos abre a la esperanza y nos permite descubrir nuestra inalienable dignidad de hijos de Dios.

Señor presidente, conozco su deseo de que se reconozca a la religión un papel mayor en los asuntos del país. La bandera presidencial que ondea en el castillo de Praga tiene como lema “La Verdad vence” (“Pravda Vítezi”): tengo la firme esperanza de que la luz de la verdad seguirá guiando a esta nación, tan bendecida a lo largo de su historia con el testimonio de grandes santos y mártires. En esta edad de la ciencia es significativo recordar el ejemplo de Juan Gregorio Mendel, el abad agustino de Moravia cuyas pioneras investigaciones pusieron los cimientos de la genética moderna. Ciertamente a él, no se le habría dirigido el reproche de su patrono, san Agustín, quien lamentaba que muchos “se inclinan más a admirar los hechos que a buscar sus causas”

(*Epistula* 120, 5; cf. Juan Pablo II, *Discurso en la conmemoración del abad Gregorio Mendel en el primer centenario de su muerte*, 10 de marzo de 1984, n. 2: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 19 de agosto de 1984, p. 6). Se sirve mejor al progreso auténtico de la humanidad precisamente desde esa convergencia entre sabiduría de la fe e intuición de la razón. Que el pueblo checo disfrute siempre de los beneficios de esta feliz síntesis.

Sólo me queda renovaros mi agradecimiento a todos y deciros cuánto he esperado pasar estos días en la República Checa, a la que vosotros llamáis con sano orgullo “Tierra checa, casa mía” (“zeme Ceská, domov muj”). ¡Gracias, de corazón!

Saludo del Papa, Benedicto XVI, durante la visita al “Niño Jesús de Praga”

Iglesia de Santa María de la Victoria de Praga. Sábado, 26 de septiembre de 2009.

Señores cardenales; señor alcalde y distinguidas autoridades; queridos hermanos y hermanas; queridos niños:

Dirijo a todos mi cordial saludo y manifiesto mi alegría por visitar esta iglesia, dedicada a santa María de la Victoria, donde se venera la imagen del Niño Jesús, conocida en todas partes

como el “Niño de Praga”. Agradezco a monseñor Jan Graubner, presidente de la Conferencia episcopal, sus palabras de bienvenida en nombre de todos los obispos. Dirijo un deferente saludo al alcalde y a las demás autoridades civiles y religiosas, que han querido estar presentes en este encuentro. Os saludo a vosotras, queridas familias, que habéis venido a mi encuentro tan numerosas.

La imagen del Niño Jesús lleva inmediatamente a pensar en el misterio de la Encarnación, en el Dios omnipotente que se hizo hombre y vivió treinta años en la humilde familia de Nazaret, confiado por la Providencia a la solícita custodia de María y de José. El pensamiento se dirige a vuestras familias y a todas las familias del mundo, a sus alegrías y a sus dificultades. A la reflexión unimos la oración, invocando del Niño Jesús el don de la unidad y de la concordia para todas las familias. Pensamos especialmente en las familias jóvenes, que deben esforzarse tanto para dar a sus hijos seguridad y un futuro digno. Oramos por las familias en dificultad, probadas por la enfermedad y el dolor, por las que están en crisis, desunidas o desgarradas por la discordia y la infidelidad. A todas las encomendamos al Santo Niño de Praga, sabiendo cuán importante es su estabilidad y su concordia para el verdadero progreso de la sociedad y para el futuro de la humanidad.

La imagen del Niño Jesús, con la ternura de su infancia, nos permite

además percibir la cercanía de Dios y su amor. Comprendemos lo preciosos que somos a sus ojos porque, precisamente gracias a él, nos hemos convertido a nuestra vez en hijos de Dios. Todo ser humano es hijo de Dios y por lo tanto hermano nuestro y, como tal, debe ser acogido y respetado. Que nuestra sociedad comprenda esta realidad. Entonces cada persona sería valorada no por lo que tiene, sino por lo que es, pues en el rostro de cada ser humano, sin distinción de raza ni de cultura, brilla la imagen de Dios.

Esto vale sobre todo para los niños. En el Santo Niño de Praga contemplamos la belleza de la infancia y la predilección que Jesucristo siempre manifestó hacia los pequeños, como leemos en el Evangelio (cf. *Mc* 10, 13-16). ¡Cuántos niños, en cambio, no son amados ni acogidos ni respetados! ¡Cuántos son víctimas de la violencia y de toda forma de explotación por parte de personas sin escrúpulos! Que se reserve a los menores el respeto y la atención que se les debe: los niños son el futuro y la esperanza de la humanidad.

Deseo ahora dirigiros unas palabras en particular a vosotros, queridos niños, y a vuestras familias. Habéis venido en gran número a encontraros conmigo y os lo agradezco de corazón. Vosotros, que sois los predilectos del corazón del Niño Jesús, corresponded a su amor y, siguiendo su ejemplo, sed obedientes, amables y caritativos. Aprended a ser,

como él, el consuelo de vuestros padres. Sed verdaderos amigos de Jesús y recurrid a él siempre con confianza. Rezadle por vosotros mismos, por vuestros padres, familiares, maestros y amigos, y rezadle también por mí. Gracias de nuevo por vuestra acogida y de corazón os bendigo, mientras invoco sobre todos la protección del Santo Niño Jesús, de su Madre Inmaculada y de san José.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
durante el encuentro con las
autoridades civiles y el cuerpo
diplomático***

Palacio presidencial de Praga - Sala Española. Sábado, 26 de septiembre de 2009.

Excelencias; señoras y señores:

Os agradezco la oportunidad que me habéis brindado de encontrarme, en este marco extraordinario, con las autoridades políticas y civiles de la República Checa y con los miembros del Cuerpo diplomático. Doy las gracias al señor presidente Klaus por las amables palabras de saludo que ha pronunciado en vuestro nombre. Asimismo, expreso mi aprecio a la Orquesta Filarmónica Checa por la ejecución musical con que se ha abierto nuestro encuentro, y que ha manifestado de modo elocuente tanto las raíces de la cultura checa como la importante contribución que ha dado esta nación a la cultura europea.

Mi visita pastoral a la República Checa coincide con el vigésimo aniversario de la caída de los regímenes totalitarios en el centro y el este de Europa, y de la “Revolución de terciopelo”, que restableció la democracia en esta nación. La euforia que siguió se manifestó en términos de libertad. A dos decenios de distancia de los profundos cambios políticos que transformaron este continente, el proceso de saneamiento y reconstrucción continúa, actualmente dentro del contexto más amplio de la unificación europea y de un mundo cada vez más globalizado.

Las aspiraciones de los ciudadanos y las expectativas puestas en los gobiernos exigían nuevos modelos en la vida pública y de solidaridad entre naciones y pueblos, sin los cuales el futuro de justicia, paz y prosperidad, durante largo tiempo esperado, habría quedado sin respuesta. Esos deseos siguen desarrollándose. Hoy, especialmente entre los jóvenes, se plantea de nuevo el interrogante sobre la naturaleza de la libertad conquistada. ¿Por cuál objetivo se vive en libertad? ¿Cuáles son sus auténticos rasgos distintivos?

Cada generación tiene la tarea de comprometerse desde el principio en la ardua búsqueda de cómo ordenar rectamente las realidades humanas, esforzándose por comprender el uso correcto de la libertad (cf. *Spe salvi*, 25). El deber de reforzar las “estructuras de libertad” es fundamental, pero nunca resulta suficiente: las aspiraciones hu-

manas se elevan más allá de las personas mismas, más allá de lo que cualquier autoridad política o económica puede ofrecer, hacia la esperanza luminosa (cf. *ib.*, 35) que tiene su origen más allá de nosotros mismos y, sin embargo, se manifiesta en nuestro interior como verdad, belleza y bondad.

La libertad busca un objetivo y por eso exige una convicción. La verdadera libertad presupone la búsqueda de la verdad -del verdadero bien- y, por lo tanto, encuentra su realización precisamente en conocer y hacer lo que es recto y justo. En otras palabras, la verdad es la norma-guía para la libertad, y la bondad es su perfección.

Aristóteles definió el bien como “aquello a lo que tienden todas las cosas”, y llegó a sugerir que “aunque sea digno conseguir el fin incluso sólo para un hombre, sin embargo es más bello y más divino conseguirlo para una nación o para una *polis*” (*Ética Nicomáquea*, 1; cf. *Caritas in veritate*, 2). En verdad, la alta responsabilidad de mantener despierta la sensibilidad ante la verdad y el bien recae sobre cualquiera que desempeñe el papel de guía: en el campo religioso, político o cultural, cada uno según su modo propio. Juntos debemos comprometernos en la lucha por la libertad y en la búsqueda de la verdad: ambas van juntas, mano a mano, o juntas perecen miserablemente (cf. *Fides et ratio*, 90).

Para los cristianos, la verdad tiene un nombre: Dios. Y el bien tiene un

rostro: Jesucristo. La fe cristiana, desde la época de san Cirilo y san Metodio y de los primeros misioneros, ha desempeñado en realidad un papel decisivo al plasmar la herencia espiritual y cultural de este país. Debe ser lo mismo en el presente y en el futuro. El rico patrimonio de valores espirituales y culturales, que se expresan los unos a través de los otros, no sólo ha dado forma a la identidad de esta nación, sino que también la ha dotado de la perspectiva necesaria para desempeñar un papel de cohesión en el corazón de Europa. Durante siglos esta tierra ha sido punto de encuentro entre pueblos, tradiciones y culturas diversas. Como bien sabemos, ha vivido capítulos dolorosos y lleva las cicatrices de los trágicos sucesos causados por la incomprensión, la guerra y las persecuciones. Con todo, también es verdad que sus raíces cristianas han favorecido el crecimiento de un considerable espíritu de perdón, reconciliación y colaboración, que ha permitido a la gente de estas tierras recuperar la libertad e inaugurar una nueva era, una nueva síntesis, una renovada esperanza. ¿No es precisamente este espíritu lo que necesita la Europa de hoy?

Europa es más que un continente. ¡Es una casa! Y la libertad encuentra su significado más profundo en ser una patria espiritual. En el pleno respeto de la distinción entre las esferas política y religiosa -distinción que garantiza la libertad de los ciudadanos de expresar su propio credo religioso y de vivir en sintonía con él- deseo destacar el pa-

pel insustituible del cristianismo para la formación de la conciencia de cada generación y para la promoción de un consenso ético de fondo, al servicio de toda persona que a este continente lo llama “casa”.

Con este espíritu, reconozco la voz de cuantos hoy, en este país y en Europa, tratan de aplicar su fe, de modo respetuoso pero decidido, en el ámbito público, esperando que las normas sociales y las líneas políticas se inspiren en el deseo de vivir según la verdad que hace libre a todo hombre y mujer (cf. *Caritas in veritate*, 9).

La fidelidad a los pueblos que servís y representáis requiere la fidelidad a la verdad, que es la única garantía de la libertad y del desarrollo humano integral (cf. *ib.*, 9). En efecto, la valentía de presentar claramente la verdad es un servicio a todos los miembros de la sociedad, pues ilumina el camino del progreso humano, indica sus fundamentos éticos y morales, y garantiza que las directrices políticas se inspiren en el tesoro de la sabiduría humana. La atención a la verdad universal no debería ser nunca eclipsada por intereses particulares, por muy importantes que sean, porque ello conduciría únicamente a nuevos casos de fragmentación social o discriminación, que precisamente esos grupos de interés o de presión declaran que quieren superar. En efecto, la búsqueda de la verdad, lejos de amenazar la tolerancia de las diferencias o el pluralismo cultural,

hace posible el consenso y permite al debate público mantenerse lógico, honrado y responsable, asegurando la unidad que las vagas nociones de integración sencillamente no son capaces de realizar.

Confío en que, a la luz de la tradición eclesial acerca de la dimensión material, intelectual y espiritual de las obras de caridad, los miembros de la comunidad católica, junto a los de las demás Iglesias, comunidades eclesiales y religiones, sigan persiguiendo, en esta nación y en otras partes, objetivos de desarrollo que posean un valor más humano y humanizador (cf. *ib.*, 9).

Queridos amigos, nuestra presencia en esta magnífica capital, con frecuencia llamada “el corazón de Europa”, nos impulsa a preguntarnos en qué consiste este “corazón”. Ciertamente, no es fácil responder a esa pregunta, pero no cabe duda de que las joyas arquitectónicas que adornan esta ciudad constituyen un indicio. La asombrosa belleza de sus iglesias, del castillo, de las plazas y de los puentes no pueden menos de orientar nuestras mentes hacia Dios. Su belleza manifiesta fe; son epifanías de Dios que justamente nos permiten considerar las grandes maravillas a las que nosotros, criaturas, podemos aspirar cuando damos expresión a la dimensión estética y cognoscitiva de nuestro ser más profundo. Sería trágico que se admiraran tales ejemplos de belleza, pero ignorando el misterio trascendente que indican.

El encuentro creativo de la tradición clásica con el Evangelio dio vida a una visión del hombre y de la sociedad sensible a la presencia de Dios entre nosotros. Esa visión, al plasmar el patrimonio cultural de este continente, ha puesto claramente de manifiesto que la razón no termina con lo que el ojo ve; más aún, es atraída por lo que está más allá, lo que nosotros profundamente anhelamos: el Espíritu -podríamos decir- de la Creación.

En el contexto de la actual encrucijada de la civilización, con frecuencia marcado por la alarmante escisión de la unidad de bondad, verdad y belleza, y por la consiguiente dificultad para encontrar un consenso sobre los valores comunes, todo esfuerzo por el progreso humano debe inspirarse en aquella herencia viva. Europa, fiel a sus raíces cristianas, tiene una vocación particular a sostener esta visión trascendente en sus iniciativas al servicio del bien común de personas, comunidades y naciones.

De particular importancia, es la tarea urgente de animar a los jóvenes europeos mediante una formación que respete y alimente la capacidad, que les dio Dios, de trascender los límites que a veces se supone que deben atraparlos. En los deportes, en las artes creativas y en la investigación académica, los jóvenes tienen la oportunidad de sobresalir. ¿No es igualmente verdad que, si se les presentan altos ideales, aspirarán también a la virtud moral y a una vida ba-

sada en el amor y en la bondad? Animo encarecidamente a los padres y responsables de las comunidades que esperan de las autoridades la promoción de los valores capaces de integrar la dimensión intelectual, humana y espiritual en una sólida formación, digna de las aspiraciones de nuestros jóvenes.

“*Veritas vincit*”. Este es el lema de la bandera del presidente de la República Checa: al final, realmente la verdad vence, no con la fuerza, sino gracias a la persuasión, al testimonio heroico de hombres y mujeres de sólidos principios, al diálogo sincero que sabe mirar, más allá de intereses personales, a la necesidad del bien común. La sed de verdad, bondad y belleza, impresa en todos los hombres y mujeres por el Creador, está orientada a impulsar a las personas a buscar juntas la justicia, la libertad y la paz. La historia ha demostrado ampliamente que se puede traicionar y manipular la verdad al servicio de falsas ideologías, de la opresión y de la injusticia.

Sin embargo, ¿los desafíos que debe afrontar la familia humana no nos impulsan a mirar más allá de esos peligros? Al final, ¿qué es más inhumano y destructivo que el cinismo, que quisiera negar la grandeza de nuestra búsqueda de la verdad, y que el relativismo, que corroe los valores mismos que sostienen la construcción de un mundo unido y fraterno? Nosotros, por el contrario, debemos recobrar la confianza en la nobleza y grandeza del

espíritu humano por su capacidad de alcanzar la verdad, y dejar que esa confianza nos guíe en el paciente trabajo de la política y la diplomacia.

Señoras y señores, con estos sentimientos os expreso, con mi oración, mis mejores deseos de que vuestro servicio sea inspirado y sostenido por la luz de aquella verdad que es el reflejo de la eterna Sabiduría de Dios Creador. Sobre vosotros y vuestras familias invoco de corazón la abundancia de las bendiciones divinas.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
durante la celebración de las
Vísperas con los sacerdotes,
religiosos, religiosas, seminaristas y
movimientos laicales***

*Catedral de San Vito, San Wenceslao
y San Adalberto – Praga. Sábado, 26 de
septiembre de 2009.*

Queridos hermanos y hermanas:

Os dirijo a todos el saludo de san Pablo que hemos escuchado en la lectura breve: “Gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre”. Lo dirijo en primer lugar al cardenal arzobispo, a quien doy las gracias por sus cordiales palabras. Extiendo mi saludo a los demás cardenales y prelados presentes, a los sacerdotes y a los diáconos, a los seminaristas, a los religiosos y a las religiosas, a los catequistas y a los agentes

pastorales, a los jóvenes y a las familias, a las asociaciones y a los movimientos eclesiales.

Nos encontramos reunidos esta tarde en un lugar muy querido por vosotros, que es signo visible de la fuerza de la gracia divina que actúa en el corazón de los creyentes. En efecto, la belleza de este templo milenario es testimonio vivo de la rica historia de fe y de tradición cristiana de vuestro pueblo; una historia iluminada, en particular, por la fidelidad de quienes han sellado su adhesión a Cristo y a la Iglesia con el martirio. Pienso en las figuras de los santos Wenceslao, Adalberto y Juan Nepomuceno, piedras miliare del camino de vuestra Iglesia, a los que se suman los ejemplos del joven san Vito, que prefirió el martirio antes que traicionar a Cristo, del monje san Procopio y de santa Ludmila. Pienso en la vicisitudes de dos arzobispos de esta Iglesia particular en el siglo pasado, los cardenales Josef Beran y Frantisek Tomásek, y de numerosos obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles, que resistieron con heroica firmeza a la persecución comunista, llegando incluso al sacrificio de su vida. ¿De dónde sacaron la fuerza estos valientes amigos de Cristo sino del Evangelio? Sí. Se dejaron conquistar por Jesús, que dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (*Mt 16, 24*). En la hora de la prueba oyeron resonar en el corazón esta otra afirmación suya: “Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros” (*Jn 15, 20*).

El heroísmo de los testigos de la fe recuerda que sólo el conocimiento personal y la unión profunda con Cristo proporcionan la energía espiritual para realizar plenamente la vocación cristiana. Sólo el amor de Cristo hace eficaz la acción apostólica, sobre todo en los momentos de dificultad y de prueba. El amor a Cristo y a los hermanos debe ser la característica de todo bautizado y de toda comunidad. En los *Hechos de los Apóstoles* leemos que “la multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma” (*Hch* 4, 32). Y Tertuliano, un autor de los primeros siglos, escribió que los paganos se maravillaban ante el amor que unía a los cristianos (cf. *Apologeticum*, XXXIX).

Queridos hermanos y hermanas, imitad al divino Maestro, que “no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos” (*Mc* 10, 45). Que el amor resplandezca en todas vuestras parroquias y comunidades, en las distintas asociaciones y movimientos. Que vuestra Iglesia, según la imagen de san Pablo, sea un cuerpo bien estructurado, que tenga a Cristo por Cabeza, y en el que cada miembro actúe en armonía con el todo. Alimentad el amor a Cristo con la oración y la escucha de su palabra; nutríos de él en la Eucaristía y sed, con su gracia, artífices de unidad y de paz en todos los ambientes.

Vuestras comunidades cristianas, tras el largo invierno de la dictadura comunista, volvieron a expresarse libremente hace veinte años cuando vuestro

pueblo, con los acontecimientos que comenzaron con la manifestación estudiantil del 17 de noviembre de 1989, recobró su libertad. Pero notáis que tampoco hoy es fácil vivir y testimoniar el Evangelio. La sociedad lleva todavía las heridas causadas por la ideología atea, y a menudo se siente fascinada por la mentalidad moderna del consumismo hedonista, con una peligrosa crisis de valores humanos y religiosos, y la deriva de un creciente relativismo ético y cultural. En este contexto, urge un compromiso renovado de todos los componentes eclesiales para reforzar los valores espirituales y morales en la vida de la sociedad actual.

Sé que vuestras comunidades ya están comprometidas en numerosos frentes, en particular en el ámbito caritativo con la *Cáritas*. Vuestra actividad pastoral ha de abrazar con particular celo el campo de la educación de las nuevas generaciones. Las escuelas católicas deben promover el respeto al hombre; es necesario prestar atención a la pastoral juvenil también fuera del ámbito escolar, sin descuidar los demás grupos de fieles. Cristo es para todos. Deseo de corazón un entendimiento cada vez mayor con las demás instituciones, tanto públicas como privadas. La Iglesia -siempre es útil repetirlo- no pide privilegios, sino sólo poder trabajar libremente al servicio de todos y con espíritu evangélico.

Queridos hermanos y hermanas, el Señor os conceda ser como la sal de la

que habla el Evangelio, la sal que da sabor a la vida, para ser obreros fieles en la viña del Señor. En primer lugar, os corresponde a vosotros, queridos obispos y sacerdotes, trabajar incansablemente por el bien de cuantos han sido confiados a vuestra solicitud. Inspiraos siempre en la imagen evangélica del buen Pastor, que conoce a sus ovejas, las llama por su nombre, las conduce a un lugar seguro y está dispuesto a dar su vida por ellas (cf. *Jn* 10, 1-19).

Queridas personas consagradas, con la profesión de los consejos evangélicos recordáis el primado que Dios debe tener en la vida de todo ser humano y, viviendo en fraternidad, testimoniáis cuán enriquecedora es la práctica del mandamiento del amor (cf. *Jn* 13, 34). Fieles a esta vocación, ayudaréis a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo a dejarse conquistar por Dios y por el Evangelio de su Hijo (cf. *Vita consecrata*, 104).

Y vosotros, queridos jóvenes, que estáis en los seminarios o en las casas de formación, esforzaos por adquirir una sólida preparación cultural, espiritual y pastoral. Que en este Año sacerdotal, que convoqué para conmemorar el 150° aniversario de la muerte del santo cura de Ars, os sirva de ejemplo la figura de este pastor totalmente entregado a Dios y a las almas, plenamente consciente de que precisamente su ministerio, animado por la oración, era su camino de santificación.

Queridos hermanos y hermanas, este año recordamos con espíritu agradecido al Señor varios aniversarios: el 280° de la canonización de san Juan Nepomuceno; el 80° de la consagración de esta catedral dedicada a san Vito; y el 20° de la canonización de santa Inés de Praga, acontecimiento que anunció la liberación de vuestro país de la opresión atea. Son muchos motivos para proseguir el camino eclesial con alegría y entusiasmo, contando con la intercesión materna de María, Madre de Dios, y de todos vuestros santos protectores. Amén.

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la Santa Misa

Aeropuerto Tuřany de Brno. Domingo, 27 de septiembre de 2009.

Queridos hermanos y hermanas:

“Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré” (*Mt* 11, 28). Jesús invita a todos sus discípulos a permanecer con él, a encontrar en él consuelo, apoyo y alivio. Dirige esa invitación en particular a nuestra asamblea litúrgica, en la que se halla reunida idealmente, con el Sucesor de Pedro, toda vuestra comunidad eclesial. A todos y a cada uno dirijo mi saludo: en primer lugar al obispo de Brno -a quien agradezco las cordiales palabras que me ha dirigido al inicio de la misa-, a los señores cardenales y a los

demás obispos presentes. Saludo a los sacerdotes, los diáconos, los seminaristas, los religiosos y las religiosas, los catequistas y los agentes pastorales, los jóvenes y las numerosas familias. Dirijo un saludo deferente a las autoridades civiles y militares, de manera especial al presidente de la República con su amable esposa, al alcalde de la ciudad de Brno y al presidente de la región de Moravia del sur, tierra rica en historia, actividades culturales, industrias y comercio. Deseo además saludar con afecto a los peregrinos procedentes de toda la región de Moravia y de las diócesis de Eslovaquia, Polonia, Austria y Alemania.

Queridos amigos, por el carácter que reviste la asamblea litúrgica de hoy, he compartido con gusto la elección, a la que ha aludido vuestro obispo, de armonizar las lecturas bíblicas de la santa misa con el tema de la esperanza: la he compartido pensando tanto en el pueblo de este querido país como en Europa y en toda la humanidad, que está sedienta de algo donde apoyar sólidamente su futuro. En mi segunda encíclica *-Spe salvi-*, subrayé que la única esperanza “cierta” y “fiable” (cf. n. 1) se funda en Dios. La experiencia de la historia muestra a qué absurdidades llega el hombre cuando excluye a Dios del horizontes de sus elecciones y de sus acciones, y cómo no es fácil construir una sociedad inspirada en los valores del bien, la justicia y la fraternidad, porque el ser humano es libre y su libertad permanece frágil.

Así pues, la libertad debe reconquistarse constantemente para el bien, y la no fácil búsqueda de los “rectos ordenamientos para las cosas humanas” es una tarea que pertenece a todas las generaciones (cf. *ib.*, 24-25). Precisamente por eso, queridos amigos, estamos aquí ante todo a la escucha, a la escucha de una palabra que nos indique el camino que lleva a la esperanza; más aún, estamos a la escucha de la única Palabra que puede darnos esperanza sólida, porque es Palabra de Dios.

En la primera lectura (*Is* 61, 1-3), el profeta se presenta investido de la misión de anunciar a todos los afligidos y los pobres la liberación, el consuelo y la alegría. Jesús retomó este texto y lo hizo propio en su predicación. Es más, dijo explícitamente que la promesa del profeta se había cumplido en él (cf. *Lc* 4,16-21). Se realizó completamente cuando, muriendo en la cruz y resucitando de la muerte, nos liberó de la esclavitud del egoísmo y del mal, del pecado y de la muerte. Y éste es el anuncio de salvación, antiguo y siempre nuevo, que la Iglesia proclama de generación en generación: Cristo crucificado y resucitado, esperanza de la humanidad.

Esta Palabra de salvación resuena con fuerza también hoy en nuestra asamblea litúrgica. Jesús se dirige con amor a vosotros, hijos e hijas de esta bendita tierra, en la que se esparció hace más de un milenio la semilla del Evangelio. Vuestro país, como otras

naciones, está viviendo una situación cultural que representa con frecuencia un desafío radical para la fe y, por lo tanto, también para la esperanza. En efecto, tanto la fe como la esperanza, en la época moderna, han sufrido una especie de “desplazamiento”, pues han sido relegadas al plano privado y ultramundano, mientras que en la vida concreta y pública se ha consolidado la confianza en el progreso científico y económico (cf. *Spe salvi*, 17).

Todos sabemos que este progreso es ambiguo: abre posibilidades de bien junto a perspectivas negativas. El desarrollo técnico y la mejora de las estructuras sociales son importantes y ciertamente necesarios, pero no bastan para garantizar el bienestar moral de la sociedad (cf. *ib.*, 24). El hombre necesita ser liberado de las opresiones materiales, pero debe ser salvado, y más profundamente, de los males que afligen el espíritu. ¿Y quién puede salvarlo sino Dios, que es Amor y ha revelado su rostro de Padre omnipotente y misericordioso en Jesucristo? Nuestra sólida esperanza es, por lo tanto, Cristo: en él Dios nos ha amado hasta el extremo y nos ha dado la vida en abundancia (cf. *Jn* 10, 10), la vida que cada persona, a veces incluso de forma inconsciente, anhela poseer.

“Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré”. Estas palabras de Jesús, escritas a grandes trazos sobre la puerta de vuestra catedral de Brno, las dirige él ahora a cada

uno de nosotros y añade: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso en vuestra vida” (*Mt* 11, 28-29). ¿Podemos permanecer indiferentes a su amor? Aquí, como en otros lugares, en los siglos pasados muchos sufrieron por mantenerse fieles al Evangelio y no perdieron la esperanza; muchos se sacrificaron para devolver dignidad al hombre y libertad a los pueblos, encontrando en la adhesión generosa a Cristo la fuerza para construir una nueva humanidad. Y también en la sociedad actual, donde muchas formas de pobreza nacen del aislamiento, de no ser amados, del rechazo de Dios y de una originaria y trágica cerrazón del hombre que piensa que puede bastarse a sí mismo, o que es sólo un hecho insignificante y pasajero; en este mundo nuestro que está alienado “cuando se entrega a proyectos exclusivamente humanos” (cf. *Caritas in veritate*, 53), sólo Cristo puede ser nuestra esperanza cierta. Este es el anuncio que los cristianos estamos llamados a difundir cada día con nuestro testimonio.

Anunciadlo vosotros, queridos sacerdotes, permaneciendo íntimamente unidos a Jesús y ejerciendo con entusiasmo vuestro ministerio, seguros de que nada puede faltar a quien se fía de él. Testimoniad a Cristo vosotros, queridos religiosos y religiosas, con la gozosa y coherente práctica de los consejos evangélicos, indicando cuál es nuestra verdadera patria: el cielo. Y vosotros, queridos fieles laicos, jóvenes

y adultos; vosotras, queridas familias, apoyad en la fe en Cristo vuestros proyectos familiares, de trabajo, de la escuela, y las actividades de todo ámbito de la sociedad. Jesús jamás abandona a sus amigos. Asegura su ayuda, porque no es posible hacer nada sin él, pero, a la vez, pide a cada uno que se comprometa personalmente para difundir su mensaje universal de amor y de paz.

Que os aliente el ejemplo de san Cirilo y san Metodio, patronos principales de Moravia, que evangelizaron a los pueblos eslavos, y de san Pedro y san Pablo, a quienes está dedicada vuestra catedral. Contemplad el luminoso testimonio de santa Zdislava, madre de familia, rica en obras de religión y de misericordia; de san Juan Sarkander, sacerdote y mártir; de san Clemente María Hofbauer, sacerdote y religioso, nacido en esta diócesis y canonizado hace cien años, y de la beata Restituta Kafkova, religiosa nacida en Brno y asesinada por los nazis en Viena. Que os acompañe y proteja la Virgen, Madre de Cristo, nuestra esperanza. Amén.

ÁNGELUS

Aeropuerto Tuřany de Brno. Domingo, 27 de septiembre de 2009.

Queridos hermanos y hermanas:

Hemos llegado al término de esta solemne celebración y la hora del medio-

día nos invita a la oración del Ángelus. Me alegra rezarla aquí, en el corazón de Moravia, región fraternamente unida a Bohemia, tierra marcada por muchos siglos de fe cristiana, que recuerda en su origen la valiente misión de san Cirilo y san Metodio.

Cuando hace veinte años Juan Pablo II decidió visitar Europa central y oriental tras la caída del totalitarismo comunista, quiso comenzar su viaje pastoral por Velehrad, centro de los famosos Congresos unionistas precursores del ecumenismo entre los pueblos eslavos, y conocido en todo el mundo cristiano. Recordáis además otra visita suya, la de 1995 a Svatý Kopecek, en Olomouc, con el inolvidable encuentro con los jóvenes. Quiero retomar idealmente la enseñanza de mi amado predecesor e invitaros a que os mantengáis fieles a vuestra vocación cristiana y al Evangelio para construir juntos un futuro de solidaridad y de paz.

Moravia es tierra rica en santuarios marianos, que multitudes de peregrinos visitan durante todo el año. En este momento, querría dirigirme en una peregrinación ideal a la montaña boscosa de Hostýn, donde veneráis a la Virgen como vuestra protectora. Que María mantenga despierta la fe de todos vosotros, la fe alimentada también por numerosas tradiciones populares que hunden sus raíces en el pasado, pero que justamente cuidáis de conservar para que no se pierda el calor de la convivencia familiar en los pueblos

y en las ciudades. A veces, se constata, con cierta nostalgia, que el ritmo de la vida moderna tiende a borrar algunas huellas de un pasado rico en fe. Es importante, sin embargo, no perder de vista el ideal que los usos tradicionales expresaban, y sobre todo hay que mantener el patrimonio espiritual heredado de vuestros antepasados, para custodiarlo e incluso hacer que responda a las exigencias de los tiempos actuales. Que os ayude a ello la Virgen María, a quien encomiendo de nuevo vuestra Iglesia y toda la nación checa.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante el encuentro ecuménico

Sala del Trono del Arzobispado de Praga. Domingo, 27 de septiembre de 2009.

Señores cardenales; excelencias; hermanas y hermanos en Cristo:

Doy gracias al Señor omnipotente por la oportunidad que me brinda de encontrarme con vosotros, los representantes de las distintas comunidades cristianas de este país. Agradezco al doctor Cerný, presidente del Consejo mundial de Iglesias en la República Checa, las amables palabras de bienvenida que me ha dirigido en vuestro nombre.

Queridos amigos, Europa sigue estando sometida a muchos cambios. Es

difícil creer que han pasado sólo dos decenios desde que la caída de los anteriores regímenes puso en marcha una difícil pero provechosa transición hacia estructuras políticas más participativas. En este período, los cristianos se han unido a otros hombres de buena voluntad para ayudar a reconstruir un orden político justo, y siguen comprometidos en el diálogo para abrir nuevos caminos hacia el entendimiento mutuo, la colaboración con vistas a la paz y el progreso del bien común.

A pesar de ello, están emergiendo, con formas nuevas, algunos intentos de marginar el influjo del cristianismo en la vida pública, a veces, bajo el pretexto de que sus enseñanzas son perjudiciales para el bienestar de la sociedad. Este fenómeno nos impulsa a detenernos a reflexionar. Como sugerí en mi encíclica sobre la esperanza cristiana, la separación artificial del Evangelio de la vida intelectual y pública debería impulsarnos a comprometernos en una recíproca “autocrítica de la edad moderna” y “autocrítica del cristianismo moderno”, especialmente por lo que atañe a la esperanza que pueden ofrecer a la humanidad (cf. *Spe salvi*, 22). Podemos preguntarnos: ¿qué tiene que decir hoy el Evangelio a la República Checa y, más en general, a toda Europa, en un tiempo marcado por la proliferación de distintas concepciones del mundo?

El cristianismo tiene mucho que ofrecer en el ámbito práctico y moral,

pues el Evangelio nunca deja de inspirar a hombres y mujeres a ponerse al servicio de sus hermanos y hermanas. Pocos podrían negarlo. Sin embargo, quienes fijan la mirada en Jesús de Nazaret con ojos de fe saben que Dios ofrece una realidad más profunda y, sin embargo, inseparable de la “economía” de la caridad operante en este mundo (cf. *Caritas in veritate*, 2): él ofrece *la salvación*.

El término “salvación” encierra muchos significados, pero expresa algo fundamental y universal del anhelo humano de felicidad y plenitud. Alude al deseo ardiente de reconciliación y comunión que brota espontáneamente en lo más profundo del espíritu humano. Es la verdad central del Evangelio y el objetivo hacia el que se dirige todo esfuerzo de evangelización y de solicitud pastoral. Y es el criterio según el cual se guían siempre los cristianos en su esfuerzo por sanar las heridas de las divisiones del pasado.

Con ese fin -como ha notado el doctor Cerný- la Santa Sede organizó en 1999 un Congreso internacional sobre Jan Hus para facilitar el debate sobre la compleja y turbulenta historia religiosa en este país y más en general en Europa (cf. Juan Pablo II, *Discurso al Congreso internacional sobre Jan Hus*, 1999: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 31 de diciembre de 1999, p. 6). Rezo a fin de que esas iniciativas ecuménicas den fruto no sólo para proseguir el camino de la unidad

de los cristianos, sino también para el bien de toda la sociedad europea.

Nos infunde confianza saber que el anuncio, por parte de la Iglesia, de la salvación en Jesucristo es siempre antiguo y siempre nuevo, impregnado de la sabiduría del pasado y lleno de esperanza para el futuro. Cuando Europa escucha la historia del cristianismo, escucha su propia historia. Sus nociones de justicia, libertad y responsabilidad social, juntamente con las instituciones culturales y jurídicas creadas para defender estas ideas y transmitir las a las futuras generaciones, están plasmadas por su herencia cristiana. En verdad, la memoria del pasado anima sus aspiraciones para el futuro.

De hecho, precisamente por eso, los cristianos acuden al ejemplo de figuras como san Adalberto y santa Inés de Bohemia. Su compromiso por difundir el Evangelio se fundaba en la convicción de que los cristianos no deben replegarse en sí mismos, temerosos del mundo, sino más bien compartir con confianza el tesoro de verdades que les ha sido confiado. Del mismo modo, los cristianos de hoy, abriéndose a la situación actual y reconociendo todo lo que hay de bueno en la sociedad, deben tener la valentía de invitar a hombres y mujeres a la conversión radical que deriva del encuentro con Cristo e introduce en una nueva vida de gracia.

Desde esta perspectiva, comprendemos más claramente por qué los cris-

tianos tienen el deber de unirse a otros para recordar a Europa sus raíces. No es porque estas raíces se hayan marchitado desde hace tiempo. Al contrario. Es porque siguen proporcionando al continente -de manera tenue pero, al mismo tiempo, fecunda- el apoyo espiritual y moral que permite entablar un diálogo significativo con personas de otras culturas y religiones. Precisamente porque el Evangelio no es una ideología, no pretende bloquear dentro de esquemas rígidos las realidades sociopolíticas que evolucionan. Más bien, trasciende las vicisitudes de este mundo y arroja nueva luz sobre la dignidad de la persona humana en cada época. Queridos amigos, pidamos al Señor que infunda en nosotros un espíritu de valentía para compartir las eternas verdades salvíficas que han plasmado, y seguirán plasmando, el progreso social y cultural de este continente.

La salvación llevada a cabo por Jesús con su pasión, muerte, resurrección y ascensión al cielo, no sólo nos transforma a los que creemos en él, sino que también nos impulsa a compartir esta buena nueva con otros. Que nuestra capacidad de conocer la verdad enseñada por Jesucristo, iluminada por los dones del Espíritu de conocimiento, sabiduría e inteligencia (cf. *Is* 11, 1-2; *Ex* 35, 31) nos impulse a trabajar incansablemente en favor de la unidad que él desea para todos sus hijos renacidos en el Bautismo, más aún, para todo el género humano.

Con estos sentimientos y con afecto fraterno hacia vosotros y hacia los miembros de vuestras respectivas comunidades, os expreso mi profundo agradecimiento y os encomiendo a Dios omnipotente, que es nuestra fortaleza, nuestro refugio y nuestra liberación (cf. *Sal* 144, 2). Amén.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante el encuentro con el mundo académico

Salón Vladislav del Castillo de Praga. Domingo, 27 de septiembre de 2009.

Señor presidente; ilustres rectores y profesores; queridos estudiantes y amigos:

El encuentro de esta tarde me brinda la grata oportunidad de manifestar mi estima por el papel indispensable que desempeñan en la sociedad las universidades y los institutos de estudios superiores. Doy las gracias al estudiante que me ha saludado amablemente en vuestro nombre, a los miembros del coro universitario por su óptima interpretación, y al ilustre rector de la Universidad *Carlos*, el profesor Václav Hampl, por sus profundas palabras. El mundo académico, sosteniendo los valores culturales y espirituales de la sociedad y, a la vez, dándoles su contribución, presta el valioso servicio de enriquecer el patrimonio intelectual de la nación y consolidar los cimientos de su desarrollo futuro. Los grandes cambios

que hace veinte años transformaron la sociedad checa se debieron, entre otras causas, a los movimientos de reforma que se originaron en la universidad y en los círculos estudiantiles. La búsqueda de libertad ha seguido impulsando el trabajo de los estudiosos, cuya *diakonía* de la verdad es indispensable para el bienestar de toda nación.

Quien os habla ha sido profesor, atento al derecho de la libertad académica y a la responsabilidad en el uso auténtico de la razón, y ahora es el Papa quien, en su papel de Pastor, es reconocido como voz autorizada para la reflexión ética de la humanidad. Si es verdad que algunos consideran que las cuestiones suscitadas por la religión, la fe y la ética no tienen lugar en el ámbito de la razón pública, esa visión de ninguna manera es evidente. La libertad que está en la base del ejercicio de la razón -tanto en una universidad como en la Iglesia- tiene un objetivo preciso: se dirige a la búsqueda de la verdad, y como tal expresa una dimensión propia del cristianismo, que de hecho llevó al nacimiento de la universidad.

En verdad, la sed de conocimiento del hombre impulsa a toda generación a ampliar el concepto de razón y a beber en las fuentes de la fe. Fue precisamente la rica herencia de la sabiduría clásica, asimilada y puesta al servicio del Evangelio, la que los primeros misioneros cristianos trajeron a estas tierras y establecieron como fundamento de una unidad espiritual y cultural que

dura hasta hoy. Esa misma convicción llevó a mi predecesor el, Papa Clemente VI, a instituir en el año 1347 esta famosa Universidad *Carlos*, que sigue dando una importante contribución al más amplio mundo académico, religioso y cultural europeo.

La autonomía propia de una universidad, más aún, de cualquier institución educativa, encuentra significado en la capacidad de ser responsable frente a la verdad. A pesar de ello, esa autonomía puede resultar vana de distintas maneras. La gran tradición formativa, abierta a lo trascendente, que está en el origen de las universidades en toda Europa, quedó sistemáticamente trastornada, aquí en esta tierra y en otros lugares, por la ideología reductiva del materialismo, por la represión de la religión y por la opresión del espíritu humano. Con todo, en 1989 el mundo fue testigo de modo dramático del derrumbe de una ideología totalitaria fracasada y del triunfo del espíritu humano.

El anhelo de libertad y de verdad forma parte inalienable de nuestra humanidad común. Nunca puede ser eliminado y, como ha demostrado la historia, sólo se lo puede negar poniendo en peligro la humanidad misma. A este anhelo, tratan de responder la fe religiosa, las distintas artes, la filosofía, la teología y las demás disciplinas científicas, cada una con su método propio, tanto en el plano de una atenta reflexión como en el de una buena praxis.

Ilustres rectores y profesores, juntamente con vuestra investigación, hay otro aspecto esencial de la misión de la universidad en la que estáis comprometidos, es decir, la responsabilidad de iluminar la mente y el corazón de los jóvenes de hoy. Ciertamente, esta grave tarea no es nueva. Ya desde la época de Platón, la instrucción no consiste en una mera acumulación de conocimientos o habilidades, sino en una *paideia*, una formación humana en las riquezas de una tradición intelectual orientada a una vida virtuosa. Si es verdad que las grandes universidades, que en la Edad Media nacían en toda Europa, tendían con confianza al ideal de la síntesis de todo saber, siempre estaban al servicio de una auténtica *humanitas*, o sea, de una perfección del individuo dentro de la unidad de una sociedad bien ordenada. Lo mismo sucede hoy: los jóvenes, cuando se despierta en ellos la comprensión de la plenitud y unidad de la verdad, experimentan el placer de descubrir que la cuestión sobre lo que pueden conocer les abre el horizonte de la gran aventura de cómo deben ser y qué deben hacer.

Es preciso retomar la idea de una formación integral, basada en la unidad del conocimiento enraizado en la verdad. Eso sirve para contrarrestar la tendencia, tan evidente en la sociedad contemporánea, hacia la fragmentación del saber. Con el crecimiento masivo de la información y de la tecnología surge la tentación de separar la razón de la búsqueda de la verdad. Sin embargo, la razón, una vez separada de la orientación

humana fundamental hacia la verdad, comienza a perder su dirección. Acaba por secarse, bajo la apariencia de modestia, cuando se contenta con lo meramente parcial o provisional, o bajo la apariencia de certeza, cuando impone la rendición ante las demandas de quienes de manera indiscriminada dan igual valor prácticamente a todo. El relativismo que deriva de ello genera un camuflaje, detrás del cual pueden ocultarse nuevas amenazas a la autonomía de las instituciones académicas.

Si, por una parte, ha pasado el período de injerencia derivada del totalitarismo político, ¿no es verdad, por otra, que con frecuencia hoy, en el mundo, el ejercicio de la razón y la investigación académica se ven obligados -de manera sutil y a veces no tan sutil- a ceder a las presiones de grupos de intereses ideológicos o al señuelo de objetivos utilitaristas a corto plazo o sólo pragmáticos? ¿Qué sucedería si nuestra cultura se tuviera que construir a sí misma sólo sobre temas de moda, con escasa referencia a una auténtica tradición intelectual histórica o sobre convicciones promovidas haciendo mucho ruido y que cuentan con una fuerte financiación? ¿Qué sucedería si, por el afán de mantener un laicismo radical, acabara por separarse de las raíces que le dan vida? Nuestras sociedades no serían más razonables, tolerantes o dúctiles, sino que serían más frágiles y menos inclusivas, y cada vez tendrían más dificultad para reconocer lo que es verdadero, noble y bueno.

Queridos amigos, deseo animaros en todo lo que hacéis por salir al encuentro del idealismo y la generosidad de los jóvenes de hoy, no sólo con programas de estudio que les ayuden a destacar, sino también mediante la experiencia de ideales compartidos y de ayuda mutua en la gran empresa de aprender. Las habilidades de análisis y las requeridas para formular una hipótesis científica, unidas al prudente arte del discernimiento, ofrecen un antídoto eficaz a las actitudes de ensimismamiento, de desinterés e incluso de alienación que a veces se encuentran en nuestras sociedades del bienestar y que pueden afectar sobre todo a los jóvenes.

En este contexto de una visión eminentemente humanística de la misión de la universidad, quiero aludir brevemente a la superación de la fractura entre ciencia y religión que fue una preocupación central de mi predecesor, el Papa Juan Pablo II. Como sabéis, promovió una comprensión más plena de la relación entre fe y razón, entendidas como las dos alas con las que el espíritu humano se eleva a la contemplación de la verdad (cf. *Fides et ratio*, Introducción). Una sostiene a la otra y cada una tiene su ámbito propio de acción (cf. *ib.*, 17), aunque algunos quisieran separarlas. Quienes defienden esta exclusión positivista de lo divino de la universalidad de la razón no sólo niegan una de las convicciones más profundas de los creyentes; además impiden el auténtico diálogo de las culturas que ellos mismos proponen. Una comprensión de la razón

sorda a lo divino, que relega las religiones al ámbito de subculturas, es incapaz de entrar en el diálogo de las culturas que nuestro mundo necesita con tanta urgencia. Al final, “la fidelidad al hombre exige la fidelidad a la verdad, que es la única garantía de libertad” (*Caritas in veritate*, 9). Esta confianza en la capacidad humana de buscar la verdad, de encontrar la verdad y de vivir según la verdad llevó a la fundación de las grandes universidades europeas. Ciertamente, hoy debemos reafirmar esto para dar al mundo intelectual la valentía necesaria para el desarrollo de un futuro de auténtico bienestar, un futuro verdaderamente digno del hombre.

Con estas reflexiones, queridos amigos, formulo mis mejores deseos y oro por vuestro arduo trabajo. Pido a Dios que todo ello se inspire y dirija siempre por una sabiduría humana que busque sinceramente la verdad que nos hace libres (cf. *Jn* 8, 28). Sobre vosotros y sobre vuestras familias, invoco las bendiciones divinas de alegría y paz.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la Santa Misa en la
festividad litúrgica de San
Wenceslao, Patrono de la Nación***

*Explanada Melnik en Stará Boleslav.
Lunes, 28 de septiembre de 2009.*

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio;

queridos hermanos y hermanas; queridos jóvenes:

Con gran alegría me encuentro con vosotros esta mañana, mientras se encamina a la conclusión mi viaje apostólico a la amada República Checa. Dirijo a todos mi cordial saludo, en particular al cardenal arzobispo, a quien le agradezco las palabras que me ha dedicado en vuestro nombre al inicio de la celebración eucarística. Mi saludo se extiende a los demás cardenales, a los obispos, a los sacerdotes y a las personas consagradas, a los representantes de los movimientos y de las asociaciones laicales y, especialmente, a los jóvenes. Saludo con deferencia al señor presidente de la República, a quien felicito cordialmente con ocasión de su onomástico; felicitación que me agrada dirigir a quienes llevan el nombre de Wenceslao y a todo el pueblo checo en el día de su fiesta nacional.

Nos reúne esta mañana en torno al altar el recuerdo glorioso del mártir san Wenceslao, cuya reliquia he podido venerar antes de la santa misa en la basílica a él dedicada. Derramó su sangre sobre vuestra tierra y, como acaba de recordar vuestro cardenal arzobispo, su águila, que habéis elegido como escudo de la actual visita, constituye el emblema histórico de la noble nación checa. Este gran santo, a quien os complace llamar “eterno” príncipe de los checos, nos invita a seguir siempre y fielmente a Cristo, nos invita a ser santos. Él mismo es modelo de santidad

para todos, especialmente para cuantos guían el destino de las comunidades y de los pueblos. Pero nos preguntamos: ¿la santidad sigue siendo actual en nuestros días? ¿O no es más bien un tema poco atractivo e importante? ¿No se buscan hoy más el éxito y la gloria de los hombres? Pero, ¿cuánto dura y cuánto vale el éxito terreno?

El siglo pasado -y de ello ha sido testigo vuestra tierra- contempló la caída de no pocos poderosos, que parecían haber llegado a alturas casi inalcanzables. De repente se encontraron privados de su poder. Quien ha negado y sigue negando a Dios y, en consecuencia, no respeta al hombre, parece tener vida fácil y conseguir un éxito material. Pero basta raspar en la superficie para constatar que, en estas personas, hay tristeza e insatisfacción. Sólo quien conserva en el corazón el santo “temor de Dios” tiene confianza también en el hombre y gasta su existencia para construir un mundo más justo y fraterno. Hoy se necesitan personas que sean “creyentes” y “creíbles”, dispuestas a defender en todo ámbito de la sociedad los principios e ideales cristianos en los que se inspira su acción. Ésta es la santidad, vocación universal de todos los bautizados, que impulsa a cumplir el propio deber con fidelidad y valentía, mirando no al propio interés egoísta, sino al bien común, y buscando en cada momento la voluntad divina.

En la página evangélica hemos escuchado, al respecto, palabras muy claras:

“¿De qué le sirve al hombre -afirma Jesús- ganar el mundo entero si pierde la propia vida?” (Mt 16, 26). Así nos estimula a considerar que el valor auténtico de la existencia humana no se mide sólo según bienes terrenos e intereses pasajeros, porque no son las realidades materiales las que apagan la sed profunda de sentido y de felicidad que existe en el corazón de toda persona. Por eso, Jesús no duda en proponer a sus discípulos la senda “estrecha” de la santidad: “Quien pierda su propia vida por mi causa, la encontrará” (v. 25). Y con decisión, nos repite esta mañana: “Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y me siga” (v. 24). Ciertamente es un lenguaje duro, difícil de aceptar y poner en práctica, pero el testimonio de los santos y de las santas asegura que es posible para todos si hay confianza y entrega a Cristo. Su ejemplo alienta a quien se dice cristiano a ser creíble, o sea, coherente con los principios y la fe que profesa. No basta, en efecto, con parecer buenos y honrados; hay que serlo realmente. Y bueno y honrado es aquel que no cubre con su yo la luz de Dios, no se pone delante él mismo, sino que deja que se transparente Dios.

Ésta es la lección de vida de san Wenceslao, que tuvo el valor de anteponer el reino de los cielos a la fascinación del poder terreno. Su mirada jamás se separó de Jesucristo, quien padeció por nosotros, dejándonos un ejemplo, para que sigamos sus huellas, como escribe san Pedro en la segunda lectura que se

acaba de proclamar. Como dócil discípulo del Señor, el joven soberano Wenceslao se mantuvo fiel a las enseñanzas evangélicas que le había impartido su santa abuela, la mártir Ludmila. Siguiéndolas, antes aún de comprometerse en la edificación de una convivencia pacífica dentro de la patria y con los países limítrofes, se esforzó por propagar la fe cristiana, llamando a sacerdotes y construyendo iglesias.

En la primera “narración” paleoeslava se lee que “socorría a los ministros de Dios y embelleció también muchas iglesias” y que “beneficiaba a los pobres, vestía a los desnudos, daba de comer a los hambrientos, acogía a los peregrinos, precisamente como quiere el Evangelio. No toleraba que se cometiera injusticia a las viudas, amaba a todos los hombres, fueran pobres o ricos”. Aprendió del Señor a ser “misericordioso y piadoso” (*Salmo responsorial*) y animado por espíritu evangélico llegó a perdonar incluso a su hermano, que había atentado contra su vida. Por lo tanto, con razón lo invocáis como “heredero” de vuestra nación y, en un canto que os es bien conocido, le pedís que no permita que perezca.

Wenceslao murió mártir por Cristo. Es interesante observar que su hermano Boleslao, al matarlo, consiguió apoderarse del trono de Praga, pero la corona que a continuación se imponían en la cabeza sus sucesores no llevaba su nombre. Lleva, en cambio, el nombre de Wenceslao, como testimo-

nio de que “el trono del rey que juzga a los pobres en la verdad permanecerá eternamente” (cf. *Oficio de lectura* del día). Este hecho se considera como una maravillosa intervención de Dios, que jamás abandona a sus fieles: “El inocente vencido venció al cruel vencedor, como Cristo en la cruz” (cf. *La leyenda de san Wenceslao*), y la sangre del mártir no llamó al odio y la venganza, sino al perdón y la paz.

Queridos hermanos y hermanas, en esta Eucaristía demos gracias juntos al Señor por haber dado a vuestra patria y a la Iglesia este santo soberano. Oremos al mismo tiempo para que, como él, también nosotros caminemos con paso ágil hacia la santidad. Ciertamente es difícil, pues la fe siempre está expuesta a múltiples desafíos, pero cuando uno se deja atraer por Dios, que es la Verdad, el camino se hace decidido, porque se experimenta la fuerza de su amor. Que nos obtenga esta gracia la intercesión de san Wenceslao y de los demás santos protectores de las tierras checas. Que nos proteja y nos asista siempre María, Reina de la paz y Madre del Amor. Amén.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los jóvenes

Explanada de Melnik en Stará Boleslavo. Lunes, 28 de septiembre de 2009.

Queridos jóvenes:

Al final de esta celebración, me dirijo a vosotros y, ante todo, os saludo con afecto. Habéis venido en gran número de toda la nación y también de los países vecinos; habéis “acampado” aquí ayer por la tarde y habéis dormido en tiendas, viviendo juntos una experiencia de fe y de fraternidad. Gracias por vuestra presencia, que me hace sentir el entusiasmo y la generosidad propios de la juventud. Con vosotros, también el Papa se siente joven. Dirijo un agradecimiento especial a vuestro representante por sus palabras y por el maravilloso obsequio.

Queridos amigos, no es difícil constatar que en cada joven existe una aspiración a la felicidad, a veces, mezclada con un sentimiento de inquietud; una aspiración que, sin embargo, la actual sociedad de consumo explota frecuentemente de forma falsa y alienante. Es necesario, en cambio, valorar seriamente el anhelo de felicidad que exige una respuesta verdadera y exhaustiva. A vuestra edad, se hacen las primeras grandes elecciones, capaces de orientar la vida hacia el bien o hacia el mal. Desgraciadamente, no son pocos los coetáneos vuestros que se dejan atraer por espejismos ilusorios de paraísos artificiales para encontrarse después en una triste soledad. Pero hay también muchos chicos y chicas que, como ha dicho vuestro portavoz, quieren transformar la doctrina en acción para dar un sentido pleno a su vida. Os invito a todos a contemplar la experiencia de san Agustín, quien decía que el corazón de toda persona está

inquieto hasta que halla lo que verdaderamente busca; y él descubrió que sólo Jesucristo era la respuesta satisfactoria al deseo, suyo y de todo hombre, de una vida feliz, llena de significado y de valor (cf. *Confesiones* I, 1, 1).

Como hizo con él, el Señor sale al encuentro de cada uno de vosotros. Llama a la puerta de vuestra libertad y pide que lo acojáis como amigo. Desea haceros felices, llenaros de humanidad y de dignidad. La fe cristiana es esto: el encuentro con Cristo, Persona viva que da a la vida un nuevo horizonte y así la dirección decisiva. Y cuando el corazón de un joven se abre a sus proyectos divinos, no le cuesta demasiado reconocer y seguir su voz. De hecho, el Señor llama a cada uno por su nombre y a cada uno desea confiar una misión específica en la Iglesia y en la sociedad. Queridos jóvenes, tomad conciencia de que el Bautismo os ha hecho hijos de Dios y miembros de su Cuerpo, que es la Iglesia. Jesús os renueva constantemente la invitación a ser sus discípulos y sus testigos. A muchos de vosotros, llama al matrimonio y la preparación para este sacramento constituye un verdadero camino vocacional. Considerad entonces seriamente la llamada divina a formar una familia cristiana, y que vuestra juventud sea el tiempo de construir con sentido de responsabilidad vuestro futuro. La sociedad necesita familias cristianas, familias santas.

Si el Señor os llama a seguirlo en el sacerdocio ministerial o en la vida con-

sagrada, no dudéis en responder a su invitación. De modo especial en este Año sacerdotal, os invito a vosotros, jóvenes: estad atentos y disponibles a la llamada de Jesús a ofrecer la vida al servicio de Dios y de su pueblo. La Iglesia, también en este país, necesita numerosos y santos sacerdotes, así como personas totalmente consagradas al servicio de Cristo, esperanza del mundo.

¡La esperanza! Esta palabra, sobre la que vuelvo con frecuencia, se conjuga precisamente con la juventud. Vosotros, queridos jóvenes, sois la esperanza de la Iglesia. Ella espera que seáis mensajeros de la esperanza, como ocurrió el año pasado en Australia, en la Jornada mundial de la juventud, gran manifestación de fe juvenil, que pude vivir personalmente y en la que participasteis algunos de vosotros. Muchos más podéis ir a Madrid, en agosto de 2011. Os invito ya desde ahora a este gran encuentro de los jóvenes con Cristo en la Iglesia.

Queridos amigos, gracias de nuevo por vuestra presencia y gracias por vuestro obsequio: el libro con las fotos que cuentan la vida de los jóvenes en vuestras diócesis. Gracias también por el signo de vuestra solidaridad con los jóvenes de África, que me habéis entregado. El Papa os pide que viváis con alegría y entusiasmo vuestra fe; que crezcáis en la unidad entre vosotros y con Cristo; que oréis y seáis asiduos en la práctica de los sacramentos, en particular de la Eucaristía y de la Confesión;

que cuidéis vuestra formación cristiana permaneciendo siempre dóciles a las enseñanzas de vuestros pastores. Que os guíe en este camino san Wenceslao con su ejemplo y su intercesión, y os proteja siempre la Virgen María, Madre de Jesús y Madre nuestra. Os bendigo a todos con afecto.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la ceremonia de despedida

Aeropuerto internacional Stará Ruzyně de Praga. Lunes, 28 de septiembre de 2009.

Señor presidente; señores cardenales; queridos hermanos en el episcopado; excelencias; señores y señoras:

En el momento de despedirme, deseo daros las gracias por vuestra generosa hospitalidad durante mi breve permanencia en este espléndido país. Le estoy particularmente agradecido a usted, señor presidente, por sus palabras y por el tiempo transcurrido en su residencia. En esta fiesta de san Wenceslao, protector y patrono de su país, permítame una vez más dirigirle mi más cordial felicitación por su onomástico. Siendo también el onomástico de su excelencia monseñor Václav Malý, le dirijo también a él mi felicitación y quiero agradecerle el arduo trabajo realizado para coordinar la organización de mi visita pastoral a la República Checa.

Estoy profundamente agradecido al cardenal Vlk, a su excelencia monseñor Graubner y a todos los que se han prodigado para asegurar el desarrollo ordenado de los diversos encuentros y celebraciones. Naturalmente, incluyo en mis agradecimientos a las autoridades, a los medios de comunicación y a los numerosos voluntarios que han ayudado a regular la afluencia de la gente, así como a todos los fieles que han rezado para que esta visita produjera buenos frutos a la nación checa y a la Iglesia en esta región.

Conservaré el recuerdo de los momentos de oración que he podido vivir con los obispos, los sacerdotes y los fieles de este país. Ha sido especialmente conmovedor, esta mañana, celebrar la misa en Stará Boleslav, lugar del martirio del joven duque Wenceslao, y venerarlo ante su tumba el sábado por la tarde, dentro de la majestuosa catedral que domina el panorama de Praga. Ayer en Moravia, donde san Cirilo y san Metodio dieron comienzo a su misión apostólica, pude reflexionar, en orante acción de gracias, sobre los orígenes del cristianismo en esta región y, efectivamente, en todas las tierras eslavas. La Iglesia en este país ha sido verdaderamente bendecida con un extraordinario ejército de misioneros y de mártires, como también de santos contemplativos, entre los que quisiera recordar particularmente a santa Inés de Bohemia, cuya canonización, hace veinte años, fue mensajera de la liberación de este país de la opresión atea.

Mi encuentro de ayer con los representantes de las demás comunidades cristianas me ha confirmado la importancia del diálogo ecuménico en esta tierra que ha sufrido tanto por las consecuencias de la división religiosa en el tiempo de la guerra de los Treinta Años. Mucho se ha hecho ya para curar las heridas del pasado, y se han dado pasos decisivos en el camino de la reconciliación y de la verdadera unidad en Cristo. En la ulterior edificación de estos fundamentos sólidos, la comunidad académica desempeña un papel importante mediante una búsqueda de la verdad sin componendas. Ha sido un placer para mí tener la oportunidad de encontrarme ayer con los representantes de las universidades de este país y de expresar mi aprecio por la noble misión a la que han dedicado la vida.

He sido particularmente feliz de encontrarme con los jóvenes y animarlos a construir sobre las mejores tradicio-

nes del pasado de esta nación, de modo particular sobre la herencia cristiana. Según un dicho atribuido a Franz Kafka, “quien mantiene la capacidad de ver la belleza no envejece nunca” (Gustav Janouch, *Conversaciones con Kafka*). Si nuestros ojos permanecen abiertos a la belleza de la creación de Dios y nuestras mentes a la belleza de su verdad, entonces podremos verdaderamente esperar seguir siendo jóvenes y construir un mundo que refleje algo de la belleza divina, de modo que ofrezca inspiración a las futuras generaciones para hacer otro tanto.

Señor presidente, queridos amigos, una vez más os expreso mi agradecimiento, prometiendo recordaros en mis oraciones y llevaros en mi corazón. Que Dios bendiga a la República Checa. Que el Niño Jesús de Praga siga inspirándolo y guiándolo a usted y a todas las familias de la nación. Que Dios os bendiga a todos.

SANTA SEDE

SECRETARÍA DE ESTADO

Mensaje del Card. Secretario de Estado, Tarcisio Bertone, en nombre del Santo Padre, Benedicto XVI, con ocasión de la 30ª edición del Meeting para la amistad entre los pueblos*(Rimini, 23-29 de agosto de 2009)**A Su Excelencia Rvdma., Mons. Francesco Lambiasi, Obispo de Rimini*

17 de agosto de 2009

Excelencia reverendísima:

Con ocasión del *Meeting para la amistad entre los pueblos*, que este año celebra su trigésimo aniversario, me es particularmente grato transmitirle el saludo del Santo Padre a usted y a cuantos han promovido y organizado tal manifestación cultural, que en tres décadas, ha visto la participación de miles y miles de hombres y mujeres, sobre todo jóvenes, y la intervención de cientos de relatores en las tribunas preparadas en las salas de la Feria de Rimini. Ayudados por estudiosos de todas las disciplinas, por artistas, por autoridades religiosas, por exponentes del mundo de la política, de la economía, del deporte, ha sido posible confrontar las cuestiones y las instancias fundamentales de la existencia humana, así como profundizar en las razones de ser cristianos en nuestra época. Su Santidad desea que el *Meeting* siga dando cabida a los desafíos y a los interrogantes que los tiempos actuales plantean a la fe, y continúe dán-

doles respuesta, teniendo en cuenta la enseñanza del recordado monseñor Luigi Giussani, fundador del movimiento eclesial de *Comunión y Liberación*.

La temática del *Meeting 2009* versa sobre el *conocer*, que siempre es un *acontecimiento*. “*Acontecimiento*” es una palabra con la que don Giussani intentó volver a expresar la naturaleza misma del cristianismo, que para él es un “*encuentro*”, esto es, un dato experiencial de conocimiento y de comunión. Precisamente con el acercamiento entre las palabras “*acontecimiento*” y “*encuentro*” es posible percibir mejor el mensaje del *Meeting*. La reflexión gnoseológica y epistemológica contemporánea ha sacado a la luz el papel determinante del sujeto del conocimiento en el acto mismo de conocer. Contrariamente a los presupuestos del “*dogma*” positivista de la pura objetividad, el principio de indeterminación de *Heisenberg* ha hecho evidente que esto es cierto hasta en las ciencias naturales: también en estas disciplinas, cuyo “*objeto*” parece estar regulado por leyes invariables de la naturaleza, la perspectiva del observador es un factor que condiciona y determina el resultado del experimento científico y, por lo tanto, del conocimiento científico en cuanto

tal. Por eso, la pura objetividad resulta pura abstracción, expresión de una gnosología inadecuada e irreal.

Pero si esto es cierto para las ciencias naturales, lo es mucho más para aquellos “objetos” de conocimiento que, a su vez, están estructuralmente vinculados a la libertad de los hombres, a sus elecciones y a sus diferencias. Pensemos en las ciencias históricas, que se basan en testimonios en los que convergen, como factores influyentes de su modo de comunicar la realidad que transmiten, las visiones del mundo de quien las ha compuesto y sus convicciones, a su vez vinculadas a las de su tiempo, sus situaciones personales, las opciones con las que se pusieron en relación con la realidad que describen, su envergadura moral, sus capacidades y su ingenio, su cultura. El estudioso que se acerca a su objeto tendrá, por lo tanto, que discernir todo aquello, a fin de comprender y valorar el significado y el alcance del mensaje transmitido en un contexto de conjunto, actuando como si se encontrara frente a una persona que aún no conoce bien, pero que relata algo que considera en cualquier caso importante conocer. La consecuencia más relevante de tal situación es que el conocimiento no puede describirse como el registro de un espectador distante. Más aún, la implicación con el objeto conocido por parte del sujeto que lo conoce es *conditio sine qua non* del conocimiento mismo. Y por lo tanto, el ideal que se persigue no es la distancia ni la ausencia de implicación, por lo demás en vano, en la búsqueda de un conocimiento “ob-

jetivo”, sino una implicación adecuada con el objeto, una implicación apta para que llegue su mensaje específico a quien interroga el conocimiento.

Precisamente por eso, el conocimiento puede ser un “acontecimiento”. “Acontece” como un verdadero “encuentro” entre un sujeto y un objeto. El hecho de que tal encuentro sea necesario para que se pueda hablar de conocimiento nos hace entonces contemplar a sujeto y objeto no como dos dimensiones que se pueden mantener recíprocamente a distancia aséptica a fin de preservar su pureza; al contrario, son dos realidades vivas que se influyen con reciprocidad, precisamente, cuando entran en contacto. La honradez intelectual de quien conoce se halla en el arte sumo de “acoger el objeto” de manera que éste pueda revelarse a sí mismo como verdaderamente es, aunque no sea de manera integral y exhaustiva. Y la acogida del objeto, la disponibilidad a la escucha que caracteriza al sujeto que lo conoce como auténtico amante de la verdad, se puede describir como una especie de “simpatía” por el objeto. Aquí, como nos ha transmitido en gran parte el pensamiento medieval, hay una fuerza cognoscitiva especial propia del amor. “Amar” significa “querer conocer” y el deseo y la búsqueda del conocimiento constituyen un impulso interior del amor como tal. Bien mirado, por lo tanto, ello establece una relación insuprimible entre amor y verdad. El conocimiento presupone por su naturaleza una cierta “conformación” de sujeto y objeto: una intuición fundamental,

ya condensada en el antiguo axioma de Empédocles según el cual “lo semejante conoce lo semejante”. El evangelista san Juan lo recuerda implícitamente al escribir que cuando Dios “se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es” (1 Jn 3, 1).

Se podría preguntar si existe conocimiento más necesario para el hombre que el de su Creador; si hay conocimiento descrito de forma más adecuada por la palabra “encuentro” que la relación fundamental que existe, precisamente, entre el espíritu del hombre y el Espíritu de Dios. Se comprende entonces por qué los Padres de la Iglesia insistieron en la necesidad de purificar el ojo del alma para llegar a contemplar a Dios, remitiéndose a la bienaventuranza evangélica: “Bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios” (Mt 5, 8). La racionalidad del hombre puede ejercerse y por lo tanto alcanzar su finalidad propia, que es el conocimiento de la verdad y de Dios, sólo gracias a un corazón purificado y sinceramente amante de la verdad que busca. Purificado de este modo, el espíritu humano puede abrirse

a la revelación de la verdad. Existe, por lo tanto, un misterioso nexo entre la bienaventuranza evangélica y las palabras que Jesús dirige a Nicodemo, citadas por san Juan: “Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es Espíritu...; tenéis que renacer de lo alto” (Jn 3, 6-7).

El Santo, Padre Benedicto XVI, desea que estas palabras de Cristo resuenen en el corazón de los participantes en la 30ª edición del *Meeting* de Rímmini, como llamada a dirigirse con confianza a él, a acoger su misteriosa presencia, que para el hombre y para la sociedad es fuente de verdad y de amor. Con estos sentimientos, a la vez que desea pleno éxito a esta manifestación, imparte a vuestra excelencia, a los responsables y a todos los presentes una bendición apostólica especial.

Gustosamente uno mis mejores deseos y aprovecho la ocasión para confirmarme de vuestra excelencia reverendísima afectísimo en el Señor.

Cardenal Tarcisio Bertone.

Secretario de Estado

Entrevista concedida por el Card. Secretario de Estado, Tarcisio Bertone, a L'Osservatore Romano en vísperas del “Perdón Celestiniano”

Jueves 27 de agosto de 2009

celebración del Perdón de Celestino V?

¿Por qué el cardenal secretario de Estado ha decidido participar este año en la

El secretario de Estado es un obispo y, como primer colaborador del Papa, par-

ticipa en su misión pastoral con vistas al bien del pueblo de Dios. Después de celebrar el rito fúnebre por las víctimas del terremoto, me invitaron a presidir la inauguración del Año celestiniano y de la 60ª Semana litúrgica nacional, que debía de tener lugar en L'Aquila. Acepté de buen grado tanto por el vínculo afectivo y espiritual que me une a la tierra de Los Abruzos, como por el tema elegido: "El sacramento del perdón, fuerza que vence al mal". Luego, por motivos evidentes, la Semana litúrgica se trasladó a Barletta, en Puglia, mientras que la fiesta del Perdón no podía menos de celebrarse en L'Aquila, bajo el signo de la reconciliación que reconstruye la comunión con Dios y con los hermanos, y cura las heridas del cuerpo y del espíritu.

Además, mi participación se sitúa en continuidad con la cercanía del Papa a las poblaciones de Los Abruzos azotadas por el terremoto. Después de su conmovedora visita a L'Aquila, el Papa siguió la acción de la Iglesia, que se manifestó mediante las generosas aportaciones de muchas diócesis italianas y no italianas, y se mantuvo informado sobre la acción de las instituciones civiles, sobre las ayudas ya puestas en marcha y también sobre las promesas hechas a nivel internacional con ocasión del G8. Como todos nosotros, desea que nada pueda hacer pensar en lentitudes o desinterés en dar de nuevo a las personas la posibilidad de reanudar una vida familiar normal en sus casas, reconstruidas o hechas habitables, y en sus actividades económicas y sociales.

El Perdón fue una importante iniciativa de Celestino V para extender ampliamente las indulgencias espirituales, que de este modo se ponían también a disposición de los cristianos más humildes. ¿Cómo es la atención a los pobres de la Iglesia de Benedicto XVI?

Ya conocemos la fuerza impresionante del acto que realizó Celestino V: su don impulsó después a su sucesor, Bonifacio VIII, a promulgar el jubileo, con la indulgencia ya extendida a todo el mundo, en un impulso plenario de renovación, de perdón y también de condonación en ámbito económico y social, además de espiritual. Conviene recordar las iniciativas planetarias que surgieron del jubileo del año 2000. Con respecto a la actitud de Benedicto XVI hacia los pobres, quiero subrayar, ante todo, su atención particular a los pequeños y a los humildes. Incluso siendo un gran teólogo y maestro de doctrina, un intelectual y un estudioso importante, que se mide con los hombres y las mujeres de pensamiento de nuestro tiempo, el Papa Ratzinger se hace entender por todos y es cercano a la gente, porque en sus palabras también la gente sencilla percibe la verdad y capta el sentido de una fe y una sabiduría humana llena de paternidad.

Parfraseando una frase bíblica, podríamos decir, con palabras del Salmo 25, que "conduce en la justicia a los humildes y a los pobres enseña su sendero". Benedicto XVI está informado de numerosas situaciones de pobreza

de personas, familias y comunidades esparcidas por el mundo, sea directamente sea a través de la Secretaría papal o Secretaría de Estado, o a través de los organismos encargados de la caridad, como la Limosnería apostólica, el Consejo pontificio “Cor unum” y otros, y con ellos, distribuye no sólo los donativos que recibe de los fieles, de las diócesis, de las congregaciones religiosas y de las asociaciones benéficas, sino también sus derechos de autor, fruto de su trabajo personal. Se puede decir que en realidad, según la definición de san Ignacio de Antioquía, “preside en la caridad”, guiando con su ejemplo el vasto movimiento de caridad y solidaridad planetaria que la Iglesia realiza en sus componentes y ramificaciones capilares más articulados.

Por último, siguiendo las huellas de sus predecesores, con un acento peculiar, interviene, reclama la atención, estimula, solicita la acción de los Gobiernos y de las organizaciones internacionales para sanar las desigualdades y las discriminaciones más llamativas en el ámbito del subdesarrollo y la pobreza. Quiero recordar, entre los innumerables textos, llamamientos y mensajes, el número 27 de la encíclica *Caritas in veritate*, donde denuncia el acentuarse de una extrema inseguridad de vida y de crisis alimentarias provocadas tanto por causas naturales como por la irresponsabilidad política nacional e internacional: “Es importante destacar, además, que la senda solidaria hacia el desarrollo de los países pobres puede

ser un proyecto de solución de la crisis global actual, como lo han intuido en los últimos tiempos hombres políticos y responsables de instituciones internacionales”.

Usted conoce los consensos que existen respecto a Benedicto XVI, pero también algunas reservas, especialmente sobre la fidelidad al concilio Vaticano II y sobre la reforma de la Iglesia. ¿Le parecen temores fundados?

Para comprender las intenciones y la acción de gobierno de Benedicto XVI es preciso tener presente su historia personal -una experiencia muy variada, que le ha permitido atravesar la Iglesia conciliar como auténtico protagonista-, una vez elegido Papa, el discurso de inauguración de su pontificado, el que dirigió a la Curia romana el 22 de diciembre de 2005 y los actos precisos por él queridos y firmados (y a veces pacientemente explicados). Las otras elucubraciones y los rumores sobre presuntos documentos de marcha atrás son pura invención siguiendo un cliché estandarizado y obstinadamente repetido.

Quiero citar sólo algunas directrices del concilio Vaticano II promovidas por el Papa constantemente con inteligencia y profundidad de pensamiento: la relación más comprensiva entablada con las Iglesias ortodoxas y orientales, el diálogo con el judaísmo y con el islam, con una atracción recíproca, que han suscitado respuestas y profundizaciones que nunca antes se habían producido,

purificando la memoria y abriéndose a las riquezas del otro. Asimismo, me complace subrayar la relación directa y fraterna, además de paterna, con todos los miembros del colegio episcopal en las visitas *ad limina* y en las otras numerosas ocasiones de contacto.

Recordemos la praxis que él ha introducido de intervenciones libres en las asambleas del Sínodo de los obispos, con respuestas puntuales y reflexiones del Papa mismo. Y no olvidemos el contacto directo que ha instaurado con los superiores de los dicasterios de la Curia romana, con los cuales ha reanudado los encuentros periódicos de audiencia.

Por lo que atañe a la reforma de la Iglesia -que es sobre todo una cuestión de interioridad y de santidad- Benedicto XVI nos ha remitido a la fuente de la Palabra de Dios, a la ley evangélica y al corazón de la vida de la Iglesia: Jesús, el Señor conocido, amado, adorado e imitado como “aquél en el que Dios tuvo a bien hacer residir toda plenitud”, según la expresión de la *carta a los Colosenses*. Con el libro *Jesús de Nazaret* y con el segundo que está preparando, el Papa nos hace un gran regalo y confirma su clara voluntad de “hacer de Cristo el corazón del mundo”.

No olvidemos lo que escribió en la carta a los obispos católicos del pasado 10 de marzo sobre la remisión de la excomunión a los obispos consagrados por el arzobispo Lefebvre: “En nuestro tiempo, en el que, en amplias zonas de

la tierra, la fe está en peligro de apagarse como una llama que no encuentra ya alimento, la prioridad que está por encima de todas es hacer presente a Dios en este mundo y abrir a los hombres el acceso a Dios. No a un dios cualquiera, sino al Dios que habló en el Sinaí; al Dios cuyo rostro reconocemos en el amor llevado hasta el extremo (cf. *Jn* 13, 1), en Jesucristo crucificado y resucitado. El auténtico problema en el momento actual de la historia es que Dios desaparece del horizonte de los hombres y, al apagarse la luz que proviene de Dios, la humanidad se ve afectada por la falta de orientación, cuyos efectos destructivos se ponen cada vez más de manifiesto” (*L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 13 de marzo de 2009, p. 3).

¿Cuáles han sido las principales intervenciones de Benedicto XVI en la Curia romana y cuáles hay que esperar aún?

Benedicto XVI conoce a fondo la Curia romana, dentro de la cual ha desempeñado un papel muy destacado como prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe, un observatorio y un dicasterio central para la conexión de las articulaciones con todos los demás organismos de gobierno de la Iglesia. Así ha podido conocer perfectamente a personas y dinamismos, y seguir el itinerario de los nombramientos realizados durante el pontificado de Juan Pablo II, aun manteniéndose alejado de las maniobras y de los rumores que, a veces, surgen en ciertos

ambientes curiales, por desgracia, poco impregnados de auténtico amor a la Iglesia. Desde el inicio de su pontificado, todavía breve, son más de setenta los nombramientos de superiores de los distintos dicasterios, sin contar los de los nuevos nuncios apostólicos y de los nuevos obispos en todo el mundo. Los criterios que han guiado a Benedicto XVI al hacer los nombramientos han sido: la competencia, el auténtico espíritu pastoral y la internacionalidad. Pronto se producirán algunos nombramientos importantes y no faltarán las sorpresas, sobre todo, en relación con la representación de las nuevas Iglesias: África ya ha ofrecido y ofrecerá excelentes candidatos.

¿Es justo atribuir a la responsabilidad del Pontífice todo lo que acontece en la Iglesia?, ¿o es útil para una correcta información aplicar el principio de responsabilidad personal?

Se ha generalizado la costumbre de imputar al Papa -o, como se dice, sobre todo en Italia, al Vaticano- la responsabilidad de todo lo que acontece en la Iglesia o de lo que declara cualquier representante o miembro de Iglesias locales, de instituciones o de grupos eclesiales. Eso no es correcto. Benedicto XVI es un modelo de amor a Cristo y a la Iglesia, la personifica como Pastor universal, la guía por la senda de la verdad y la santidad, indicando a todos la alta medida de la fidelidad a Cristo y a la ley evangélica. Y, para informar correctamente, es justo atribuir a cada uno-

unicuique suum- su propia responsabilidad por hechos y palabras, sobre todo, cuando contradicen patentemente las enseñanzas y los ejemplos del Papa. La imputabilidad es personal, y este criterio vale para todos, también en la Iglesia.

Ahora bien, por desgracia, el modo de referir y de juzgar de los periodistas y de los medios de comunicación social depende de las buenas intenciones y del amor a la verdad. Hace poco leí un buen artículo de Javier Marías, que hace una amarga reflexión: “Dije (...) hace un par de semanas que a una gran parte de la población mundial la verdad ha dejado de importarle. Me temo que me quedé corto y que lo que ocurre es aún más grave: una gran parte de esa población es ya incapaz de distinguir la verdad de la mentira, o, más exactamente, la verdad de la ficción”. Por eso, sigue siendo aún más urgente y necesario enseñar la verdad, hacer conocer y amar la verdad, sobre sí mismos, sobre el mundo, sobre Dios, convencidos, según la palabra de Jesús, de que “la verdad os hará libres” (Jn 8, 32).

¿Puede explicar, tal vez también con algún ejemplo, cómo la libertad de pensamiento e investigación va unida, en la Iglesia de Benedicto XVI, a la responsabilidad de la fe?

En relación con este tema -que es muy importante y central en la Iglesia, y afecta a los otros binomios estrechamente unidos, como fe y razón, fe y cultura, ciencia y fe, obediencia y

libertad- es preciso volver al ejemplo de la vida y la experiencia de Joseph Ratzinger, pensador, teólogo y maestro de doctrina reconocido, como acabo de decir. Obviamente, su praxis y su estilo de gobierno no se pueden separar de las convicciones más profundas que han alimentado y marcado su comportamiento de estudioso e investigador. En su largo itinerario de intelectual, muy activo en las cátedras universitarias y en los medios de comunicación, se añadieron sucesivamente dos responsabilidades formidables: ante todo, la de prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe y luego la de Pastor supremo de la Iglesia católica. Es evidente que estas dos funciones han marcado las enseñanzas y los actos del cardenal y del Papa, orientándolos aún más eficazmente, si se puede decir así, a una interacción y a una sinergia entre la libertad fundamental de pensamiento y de investigación y la responsabilidad del acto de fe y de la adhesión de fe a Dios que se revela, que habla y llama a ser una “nueva criatura”. Por lo tanto, no una contraposición o una “secesión”, sino una armonía que es preciso buscar, construir con inteligencia de amor. Ésta es la actitud de Joseph Ratzinger cuando habla a organismos como la Comisión bíblica pontificia, la Comisión teológica internacional, la Academia pontificia de ciencias, la Academia pontificia para la vida, y así sucesivamente, o cuando dialoga individualmente con estudiosos y pensadores. Pide a los teólogos que no se desarraiguen de la fe de la Iglesia, para

ser verdaderos teólogos católicos, y ha elogiado -en Aosta, el pasado 24 de julio- “la gran visión que tuvo Teilhard de Chardin: la idea paulina de que, al final, tendremos una auténtica liturgia cósmica, en la que el cosmos se convierta en hostia viva” (cf. *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 31 de julio de 2009, p.4).

También quiero citar una hermosa página de la *Caritas in veritate* donde habla del “esfuerzo para que los diferentes ámbitos del saber humano sean interactivos, con vistas a la promoción de un verdadero desarrollo de los pueblos”. Después de explicar que el saber nunca es sólo obra de la inteligencia, y que es estéril sin amor, concluye: “Las exigencias del amor no contradicen las de la razón. El saber humano es insuficiente y las conclusiones de las ciencias no podrán indicar por sí solas el camino hacia el desarrollo integral del hombre. Siempre hay que lanzarse más allá: lo exige la caridad en la verdad. Pero ir más allá nunca significa prescindir de las conclusiones de la razón ni contradecir sus resultados. No existe la inteligencia y después el amor: existe el amor rico en inteligencia y la inteligencia llena de amor” (n. 30).

¿Considera fácil o difícil contar la acción y el pensamiento de Benedicto XVI, que ya ha llegado al quinto año de pontificado?

Sinceramente, creo que a los periodistas les resultaría muy fácil contar la acción y el pensamiento de Benedicto

XVI. Hojeando los volúmenes de sus *Enseñanzas* o los textos publicados en “*L’Osservatore Romano*” -que siempre transmite fielmente sus intervenciones, a veces también espontáneas y llenas de inmediatez y de actualidad- no sería difícil reconstruir su proyecto de Iglesia y de sociedad, coherentemente inspirado en el Evangelio y en la más auténtica tradición cristiana. Benedicto XVI tiene una visión muy clara y quisiera impulsar a personas y comunidades a una vida divina y humanamente armónica, con la teología del *et* y la espiritualidad del *con*, nunca con la del *contra*, salvo cuando se trata de las terribles ideologías que llevaron a Europa a los abismos del siglo pasado. Bastaría ser igualmente claros y fieles, refiriendo *sine glossa*, es decir, sin añadir interpretaciones torcidas, sus palabras genuinas y sus gestos de padre del pueblo de Dios.

Una última pregunta: ¿Cómo surgió la idea del Año sacerdotal?

Recuerdo que después del Sínodo de los obispos sobre la Palabra de Dios hubo una propuesta, ya presentada antes, para un año de oración, que de por sí estaba muy conectada con la reflexión sobre la Palabra de Dios. Sin embargo, la celebración del 150° aniversario de la muerte del cura de Ars y la emergencia de los problemas que han afectado a muchos sacerdotes, impulsaron a Benedicto XVI a promulgar el Año sacerdotal, demostrando así una atención especial a los sacerdotes, a las vocaciones sacerdotales, y promoviendo en todo

el pueblo de Dios un movimiento de creciente afecto y cercanía a los ministros ordenados. Ellos son, sin duda, la espina dorsal de las Iglesias locales y los primeros colaboradores del obispo en la misión del anuncio de la fe, de la santificación y de la guía del pueblo de Dios. El Papa siempre ha mostrado una gran cercanía y afabilidad respecto a los sacerdotes, sobre todo en los diálogos espontáneos, ricos en experiencia e indicaciones concretas sobre su vida, y con respuestas puntuales a sus preguntas.

El Año sacerdotal está suscitando gran entusiasmo en todas las Iglesias locales y un movimiento extraordinario de oración, de fraternidad hacia y entre los sacerdotes, y de promoción de la pastoral vocacional. Además, se está fortaleciendo el entramado del diálogo, a veces empañado, entre obispos y sacerdotes, y está aumentando la atención especial también a los sacerdotes reducidos a una condición marginal en la acción pastoral. También se desea reanudar el contacto, así como la ayuda fraterna, con los sacerdotes que por diversos motivos han abandonado el ejercicio del ministerio, y posiblemente su regreso. Se han puesto en marcha muchas iniciativas para reforzar la conciencia de la identidad y de la misión sacerdotal, que es esencialmente una misión ejemplar y educativa en la Iglesia y en la sociedad. Los santos sacerdotes que han enriquecido la historia de la Iglesia sin duda protegerán y sostendrán el camino de renovación propuesto por Benedicto XVI.



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANAOCTUBREº

- Día 1: Reunión del equipo de la Delegación del Clero.
Celebración del Envío de Catequistas en la iglesia de Santa María Madre.
- Día 2: Conferencia “*Actualidad de la misión ad gentes en España*” pronunciada por el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Francisco Pérez González, Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela y Director de OMP en España en el Centro de Desenvolve aza.
- Día 5: Apertura del Curso Académico 2008-2009 del Seminario Mayor y Menor y del Instituto Teológico “Divino Maestro”. Conferencia a cargo del Dr. D. Ramiro González Cougil, profesor de Liturgia en el Instituto Teológico Divino Maestro de Ourense.
- Día 7: Presentación de la Programación Diocesana de Pastoral en Xinzo para los Arciprestazgos de la zona: Xinzo, Cualedro y Rairiz de Veiga; y en Verín para los Arciprestazgos de la zona: Verín-Laza, Gudiña-Riós y Monterrey
- Días 9-11: Ejercicios espirituales para jóvenes en el Santuario de los Milagros.
- Día 13: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 14: Presentación de la Programación Diocesana de Pastoral en Carballiño para los Arciprestazgos de la zona: Maside, Cea y O Carballiño-Orcellón; y por la tarde en Ribadavia para los Arciprestazgos de la zona: Ribadavia, Castrelo de Miño, Cortegada y Avión-Leiro.
- Día 15: Oración por la Vocaciones en el Convento de las Esclavas del Santísimo Sacramento, organizada por la Delegación de Vocaciones.
- Día 17: Visita Pastoral a las parroquias de Santa María de A Rasela y San Mamed de Estevesiños en el Arciprestazgo de Verín-Laza.
Vigilia del DOMUND en la Parroquia de la Asunción de Nuestra Señora.
- Día 18: Visita Pastoral a las parroquias de San Pedro de Queizás y San Salvador de Cabreiroá en el Arciprestazgo de Verín-Laza.
Exequias por el E. D. de Sor María Novoa Bernárdez, Religiosa Hermanita de los Ancianos Desamparados, en iglesia del Asilo de O

Carballiño.

Inauguración del Curso de ENS (Equipos de Nuestra Señora) en el Seminario Mayor.

Día 20: Inauguración de la Escuela Diocesana de Liturgia en el Salón Padre Feijóo, del Obispado de Ourense.

Día 21: Presentación de la Programación Diocesana de Pastoral en los Miragros para los Arciprestazgos de la zona: Maceda, Castro Caldelas. Allariz y A Rabeda y por la tarde Santuario del Cristal para los Arciprestazgos de la zona: Celanova, Ramirás, Bande y A Merca.

Día 22: Apertura de Curso de la Escuela de Teología en el Salón Mundo Novo.

Día 23: Encuentro con los sacerdotes jóvenes en el Seminario Mayor.

Día 27: Reunión del Consejo Episcopal.



Beati misericordes